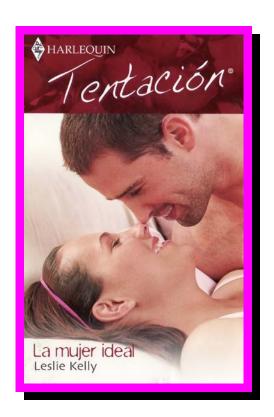
<u>La mujer ideal</u> Leslie Kelly



La mujer ideal (2007)

Título Original: Make me over (2004)

Editorial: Harlequin Ibérica Sello / Colección: Tentación 236

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Drew Bennett y Tori Lyons

Argumento:

Jamás habría pensado que descubriría a la mujer ideal

El profesor Drew Bennett estaba entusiasmado con la oportunidad de poder promocionar su último libro en televisión... aunque para ello tuviera que participar en un reality show. No sería tan duro; sólo tenía que convertir a cinco jóvenes pueblerinas en señoritas. Lo que Drew no sospechaba era que el premio era él...

Tori Lyons había accedido a hacer el ridículo delante de millones de personas sólo para cumplir una promesa, pero sería la primera en marcharse, de eso estaba segura... Hasta que se enamoró locamente del guapísimo profesor y se dio cuenta de que, si jugaba bien, el premio sería el corazón de Drew.

Prólogo

−Si crees que voy a volver a trabajar en un reality, estás loco.

Jacey Turner miró fijamente a su padre, que la observaba desde el otro lado del gran escritorio de su despacho en Hollywood. No podía creerse que acabara de pedirle que fuera la operadora de cámara principal en su último proyecto. Lo peor de todo era saber por qué se lo pedía.

Estaba casi arruinado. Burt Mueller, el rey de la televisión en los setenta, llevaba unos cuantos años de fracasos encadenados. Todo el mundo sabía eso, pero nunca pensó que iba a llegar a esos extremos.

- Hablo en serio, cariño. Te necesito.
- -Estás loco -repitió ella-. O a lo mejor has vuelto a probar esas pastillitas con las que experimentaste en los sesenta.

Su padre sonrió mientras se señalaba su propio rostro, que había recibido no hacía mucho otra sesión de Botox contra las arrugas. Parecía la cara de un hombre de cuarenta años, no de alguien dos décadas mayor.

−¿Crees que me envenenaría con drogas después de todo lo que me he gastado en cirugía plástica?

Ella miró con intención el cigarrillo que se consumía en el cenicero. Y eso que, como en el resto de Los Ángeles, en ese edificio también estaba prohibido fumar. Parecía no importarle.

-El tabaco al menos no me daña el exterior, que es más importante para mí ahora mismo que mis pulmones -repuso su padre encogiéndose de hombros.

No podía creerse cómo alguien podía decir algo tan superficial, pero la verdad era que, de su boca, sonaba sincero. No pudo evitar reírse.

- Ya verás cuando empiecen a salirte arrugas alrededor de la boca por culpa de tener siempre un cigarrillo encendido entre los labios...
 - −Te metes conmigo porque te importo.

Era verdad y él lo sabía. Pero no contestó, simplemente se acomodó más en la silla y puso los pies encima de su escritorio.

- -Muy bien, sé sincero, ¿de verdad estás tan mal? Con el éxito que tuviste con *Ven a cenar* y lo que te queda de eso, podrías vivir lujosamente hasta los noventa.
- —Estás pensando en los éxitos televisivos de ahora, no de los setenta. No me queda nada de entonces. ¿Por qué te crees que estrellas de series de éxito entonces como *Con ocho basta* o *M.A.S.H.* han tenido que aceptar después todo tipo de películas de serie B y telefilmes? Jacey esperó a que su padre concluyera sin dejar de mirarlo.
- —Lo han hecho para no tener que acabar trabajando de camareras o limpiando zapatos en la estación. Todos los beneficios se los llevaban entonces los estudios.

Eso ya lo había oído antes. Pero, aun así, no podía creerse que a su padre le fuera mal. Al fin y al cabo, él había creado seis de los diez programas más exitosos de los setenta, había sido el primero en usar risas pregrabadas para alentar a la audiencia y había revolucionado las series cómicas. Durante toda su carrera, había conseguido nada menos que diez premios Emmy.

 $-\xi Y$ de verdad crees que puedes rescatar tu carrera de treinta y tantos años en la televisión haciendo un programa reality? Ese género tenía que haber desaparecido ya. Me parece una idea estúpida.

Él no se ofendió, nunca lo hacía. Excepto cuando hablaban de él como algo del pasado. No iba a sermonearla como lo haría un padre, su relación no era así. Al fin y al cabo, él no había sabido que era su hija hasta que apareció un día en su casa, con diecisiete años y una desgastada mochila, y le dijo que él era su padre.

Otros profesionales de Hollywood le habrían dado la patada. Él no lo hizo. Burt Mueller le había dado la bienvenida, la convenció de que no había tenido ni idea de su existencia y le dio un trabajo.

Durante los últimos seis años, habían llegado a ser amigos. Y ella no estaba dispuesta a hacerlo todo por un amigo, desde luego no a trabajar de nuevo en un reality. Sobre todo después del último en el que había participado La vida en un pequeño pueblo, donde había trabajado como operadora principal. Acabaron despidiéndola.

Aunque si tenía que ser sincera consigo misma, lo cierto era que la experiencia no había sido del todo negativa. Y el programa había tenido bastante éxito, según los registros de audiencia de otoño.

También tenía que agradecerle un importante cambio en su vida privada. Ella, que era dura como una roca, había acabado enamorándose.

Echaba mucho de menos a Digg. Lo echaba muchísimo de menos. Pero no le había venido mal ir hasta California para responder a la llamada de socorro de su padre. Durante los últimos dos meses, habían intentado que su poco común relación funcionara en la vida real. La vida de él se dividía entre el camión de bomberos y su extensa familia de Nueva York, de raíces hispanas. Había sido duro, sobre todo porque se temía que todos los amigos y parientes de Digg la veían como una rata que se había pegado a él después de que éste ganara un millón de dólares al resultar campeón de *La vida en un pequeño pueblo*. No podía probarlo, pero habría apostado a que la madre de Digg se santiguaba cada vez que ella iba a visitarlos.

Llevaba semanas intentando que esas cosas no la afectaran. El hecho de que no pudiera encontrar trabajo en ningún estudio de Nueva York no había hecho más que complicar más las cosas.

- —Te vendrá bien un cambio de aires —le dijo Burt—. Recuerda que se trata de una mansión de lujo en Nueva Inglaterra durante el invierno. Habrá nieve, posibilidades de esquiar y chocolate caliente...
 - −Eso me da igual. No me muero por esquiar, precisamente.
 - -Entonces hazlo porque necesitas dinero -repuso él riendo.

Ella levantó una ceja, pero no le preguntó por qué lo sabía. Él siempre lo sabía todo.

− Bueno y ¿de qué va el programa, si puede saberse?

Él sabía que había dado en el clavo y no pudo evitar sonreír mientras se lo explicaba. Cuando terminó, ella suspiró.

—Suena bastante aburrido. Un programa de cambio en el nivel social de la gente. Chicas pobres intentando conseguir algo de clase a golpe de talonario.

Él levantó las cejas.

-La idea es perfecta, como ese musical antiguo. Ése donde sale Audrey Hepburn...

Jacey odiaba las películas musicales. No podía soportar lo imbécil que resultaba un tipo poniéndose de repente a cantar y bailar en medio de la calle o mientras dos bandas rivales se peleaban. Si pasara en la vida real, se llevarían al hombre a un hospital y con camisa de fuerza. Por comparación, los musicales hacían que los programas reality pareciesen realistas.

—Ya sabes de cuál te hablo. Él hace que se transforme de arriba abajo y ella canta eso de que la lluvia en Sevilla es una maravilla...

Eso hizo que se riera. Odiaba los musicales en general, pero tenía debilidad por uno, *Myfair lady*, por lo mismo por lo que le había gustado también la película de *Pretty woman*. Disfrutaba viendo cómo la chica de los bajos fondos conseguía transformarse en alguien perteneciente a la clase alta y conseguía engatusar a todos los burgueses.

Pero no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

- Aun así, no le veo el interés. No es... No es original.

Burt odiaba que le dijeran que sus programas no eran originales. Frunció el ceño, pero no porque estuviera disgustado con ella, sino consigo mismo. Hasta él reconocía que la idea sonaba un poco aburrida. Se trataba de meter a un montón de chicas sin cultura en una casa y enseñarles cosas.

— Bueno, esto ha conseguido el suficiente interés como para acabar en la lista de libros más vendidos — le dijo pasándole un libro que tenía sobre la mesa.

Jacey lo miró. Había pensado que el volumen de tapas duras estaba allí sólo para decorar, pero lo cierto era que parecía haber sido usado, al menos una vez.

Lo tomó de las manos de su padre y leyó el título. Educación o genética en la sociedad actual.

- −Parece un muermo −repuso ella.
- −Pues no lo es −le dijo su padre.

Le dio la vuelta al libro para que viera al autor del mismo, que tenía una foto en la contraportada.

-¡Guapísimo!

- Así es. Nos ha permitido hacer un reality basado en las teorías que demuestra en su libro, siempre y cuando donemos una importante cantidad de dinero a algunas fundaciones y organizaciones no gubernamentales de su elección. Jacey apenas escuchaba, estaba demasiado ocupada leyendo la breve biografía del escritor, el doctor Andrew Bennett. No daba muchos datos de su vida, pero sí el más importante.
 - -Está soltero.

Burt ladeó la cabeza.

−¿Estás interesada? −le preguntó su padre.

Lo cieno era que se moría de ganas por saber qué pasaba con la vida sentimental de su hija. Ella también deseaba tener las cosas más claras.

Sacudió la cabeza. Se apoyó en el respaldo y dejó que la imaginación fluyera.

Pensó en una mansión de lujo, largos baños entre burbujas, una copa de vino tinto frente a la chimenea, un montón de preciosidades intentando educarse y un doctor tan inteligente como atractivo.

—Tengo una idea —dijo ella por fin—. Creo que se me acaba de ocurrir cómo conseguir que este aburrido programa se convierta en un éxito de audiencia.

Burt se incorporó un poco, interesado de inmediato.

- −¿Cómo?
- —Bueno, la idea es bastante simple —comenzó Jacey —. Las chicas no competirán por conseguir dinero o un título de Gran Duquesa.

Su padre resopló decepcionado.

Jacey se apoyó en el escritorio, se cercó más a su padre y lo miró directamente a los ojos hasta cerciorarse de que tenía toda su atención. Golpeó con su dedo la contraportada del libro.

- Tendrán que competir por él.

Capítulo 1

Le parecía haber entrado en una convención de prostitutas.

El doctor Andrew Bennett no pudo evitar pensar que quizás se había equivocado al acceder a participar en ese proyecto. Y se sintió así en cuanto entró en la lujosa propiedad de Vermont a la que le habían pedido que fuera. Las mujeres que estaban acomodándose y charlando en la elegante biblioteca de la mansión parecían haber sido recogidas de la calle. Se comportaban de manera completamente salvaje.

Dos morenas y una pelirroja estaba sentadas sobre la barra del bar bebiendo chupitos. Tres rubias bailaban sugerentemente alrededor de un desventurado camarero que servía aperitivos. Una de las más altas estaba tumbada en el suelo intentando engullir un litro de cerveza. Otra más bajita bailaba con la base de una lámpara de pie como si fuera el poste de un club de alterne. En definitiva, todas las mujeres de la sala parecían estridentes, groseras y escandalosas.

Les había pedido que encontraran a mujeres que no hubieran accedido a una educación importante, pero lo que le habían suministrado parecía un equipo de lucha sobre barro o algo similar.

A Andrew le habría gustado sentirse contento de tener un material tan salvaje como el que tenía a su disposición para trabajar.

Pero no lo estaba.

Le habría encantado sentirse entusiasmado por el abrumador reto al que se enfrentaba.

Pero no podía.

Debería haberse dado la vuelta y salido de allí en cuanto vio a dos mujeres escupiendo al fuego de la chimenea.

Pero no lo hizo.

Le habría gustado tener alguna razón legítima para participar en ese programa.

Pero no la había.

Le habría encantado poder cambiar de opinión.

Pero era demasiado tarde. Estaba atrapado. Metido en una casa con un montón de... De sujetos de estudio.

Pensó que podría soportarlas de una en una y mostrarle al mundo lo que había aprendido después de años de estudio y por experiencia propia. La genética no determinaba la capacidad de una persona para tener éxito, sino la educación recibida.

La educación, la resistencia y un mínimo de habilidad social eran características que podían mejorar cualquier condición impuesta por nacimiento. Su propia historia lo demostraba. Había sido un niño sin hogar y se había convertido en un profesor universitario. Sabía que si él, que se había dedicado a robar y hurtar billeteras en las

playas de Miami para poder comer y alimentar a su hermana, había conseguido el éxito en la Universidad de Georgetown, todo el mundo podía.

Un ruido hizo que se concentrara de nuevo en lo que estaba pasando en la sala.

- −¡Eh, chica! Vas a tener que pagar eso −dijo alguien mientras una pelirroja se reía después de haber tirado al suelo un jarrón.
- −O a lo mejor te piden algo a cambio −repuso insinuante la que bailaba con la lámpara.

Andrew resopló. Se sentía frustrado.

No tenía ni idea de por qué la idea de participar en ese reality le había parecido buena. En septiembre, cuando los productores hablaron con él por primera vez, él les dijo que no. Y no sólo porque la idea le pareciera tonta sino porque además no tenía tiempo para ese tipo de cosas. Ya había tenido que dejar de trabajar durante ese semestre para cumplir con todos los compromisos que acarreaba la promoción del libro. Había tenido que abandonar sus clases de Sociología y Antropología en Georgetown. Por otro lado, tenía pendiente un viaje a una universidad mexicana para participar con unos colegas en una expedición a una antigua civilización maya.

Pero supieron cómo convencerlo. Tenía un punto débil. Los productores le ofrecieron que donarían el diez por ciento de los beneficios del programa a la asociación «Un Libro, Un Sueño», que era su organización no gubernamental preferida. Andrew había sido uno de los fundadores. Se encargaban de enseñar a leer a niños de las clases más desfavorecidas. Le pareció increíble que le hubieran investigado hasta el punto de dar con su punto débil. Eso hizo que se diera cuenta de que iban muy en serio.

El principal impedimento llegó la semana anterior, cuando le dijeron que él iba a tener que estar físicamente en la casa, para controlar el proceso y calcular el progreso de las jóvenes. Se negó, pero ellos ofrecieron donar el quince por ciento y acabó accediendo. Intentó convencerse pensando que no podía ser tan difícil como temía. Creía que podría transformar a cualquiera que tuviese la inteligencia y el empuje básicos para tener éxito.

Era algo muy distinto tener que hacerlo con doce mujeres a la vez.

Sobre todo si se trataba de las doce mujeres que tenía delante en ese instante.

Suspiró y se preparó para salir de allí. Pero en ese momento algo atrajo su atención. Una de las mujeres estaba apartada de las otras. Daba la espalda al resto de sus compañeras y estaba abstraída mirando los cientos de libros que llenaban una gran librería que llegaba hasta el techo. Parecía completamente ajena a los ruidos que llenaban la habitación. Era distinta. Parecía ensimismada con los libros. Él la entendía perfectamente, le solía pasar a menudo.

Observó su figura, sólo veía la parte de atrás, que era muy sugerente. Era pequeña y delgada, seguramente la más menuda de todas. Unos vaqueros ajustados y gastados dibujaban sus delgadas piernas y suculento trasero. Las deliciosas curvas de sus caderas dejaban paso a una estrecha cintura. Llevaba una camisa de franela

roja que no dejaba adivinar nada más. Su cabello, castaño y ondulado caía sobre su espalda. Ese color le hizo adivinar que tendría los ojos marrones y piel oliva.

Sin saber por qué, sintió un cosquilleo en las palmas de las manos. Segundos después se dio cuenta de la causa de esa sensación. Se estaba imaginando cómo sería acariciar su pelo y enredar los dedos entre sus sedosos mechones.

Decidió que era, con diferencia, la mujer más sexy que había conocido en su vida. Y no fue su intelecto quien llegó a esa conclusión, sino más bien su instinto, situado por debajo de su ombligo.

«Date la vuelta», la ordenó con el pensamiento.

Ella no obedeció, dejándolo con la tremenda curiosidad de cómo sería la mujer que parecía tan distinta al resto de su grupo.

-¡Vaya! ¡Mirad quién está aquí, chicas! -aulló una de las jóvenes al verlo -. Será mejor que me sujetéis. Pero vosotras apartaos porque es todo mío.

Eso lo devolvió a la realidad. Dejó de mirar a la mujer, que seguía leyendo los títulos de los volúmenes mientras rozaba con su dedo los lomos de los libros. El resto de las chicas habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para prestarle toda su atención. Todos los ojos lo miraban con interés, algunos incluso con voracidad. Consiguió permanecer quieto, aguantando las miradas, aunque no pudo evitar sentirse como uno de esos bailarines que se quitan la ropa en los clubes nocturnos y despedidas de soltera.

-¡Únete a la fiesta, cariño! - le gritó la que estaba tumbada en el suelo.

Le caía cerveza por una mejilla. Se la limpió con el revés de la mano y lo sonrió.

- —Sí, no seas tímido —agregó la que había estado bailando sugerentemente con la lámpara.
 - −No me hagan caso, señoras −les dijo él −. Sólo estoy aquí para observar.

Todas protestaron, la mayoría mientras le dedicaban miradas lascivas. Parecían gestos más propios de un ritual de apareamiento que de una mansión de Nueva Inglaterra.

Se alejó un poco, pensando en que tenía que ir a hablar con Burt Mueller o quien estuviera al mando para dar la aventura por terminada. Pensó en que preferiría estar perdido en la selva boliviana, buscando restos de la antigua civilización de la tribu Bodomoqua que estar allí, aunque la primera opción significase tener que vérselas con la guerrilla local.

Pero antes de que pudiera salir, alguien le lanzó algo desde la barra del bar. Intentó agacharse, pero no le sirvió de nada, aquello acabó en su cabeza, cubriéndole parte de un ojo.

No tardó mucho en darse cuenta de que llevaba por sombrero un tanga de encaje negro y rojo.

Aunque llegara a los cien años, Tori Lyons estaba decidida a no volver a prometer nada en el lecho de muerte de una persona. Sobre todo no a alguien que,

después de todo, había podido recobrarse y levantarse de la cama. Le parecía que, al no haber muerto, no debería tener que cumplir su promesa. Por supuesto que estaba contenta de que su padre se hubiera recuperado del infarto sufrido en septiembre. Agradecía al Señor y a todos los ángeles por su salud, pero ahora, sólo tres meses después, volvía a ser el mismo cascarrabias de siempre.

Lo que no sabía era que él iba a hacerle cumplir su promesa, que consistía en conseguir educarse. Cuando accedió a hacerlo, pensó que él se refería a que tomara algunas clases en el instituto de formación profesional de su pueblo, Sheets Creek, Tennessee.

Había creído que no iba a tener que hacerlo. Mientras su tía Teeny lloraba y la novia de su padre gritaba que él no podía morirse antes de casarse con ella, Tori pensó que no iba a encontrar ningún colegio o academia que la aceptara. Al fin y al cabo, había dejado los estudios cuando estaba en el instituto. Dos años antes, había hecho el examen para conseguir el diploma de escolaridad, pero sólo para convencer a su hermano pequeño de que lo hiciera también.

Ella había aprobado, pero su hermano no. No entendía por qué.

Pero como había hecho una promesa, tenía que cumplirla. Pensó que iba a ser una pérdida de tiempo. Tori llevaba desde los cinco años metida en talleres mecánicos de medio país. Podía arreglar cualquier coche.

Le había jurado algo a su padre en el lecho de muerte y el viejo gruñón no había muerto después de todo. Aun así, él le recordó que tendría que cumplirlo porque, cuando de verdad lo llamara el Señor, quería irse con la tranquilidad deque sus hijos habían hecho lo que les había pedido.

Igual que habían hecho mientras estaba vivo.

Había decidido empezar clases de mecánica en enero, pero su padre tenía pensado que se dedicara a otro tipo de educación, algo de corte más elevado. Su mala suerte le había llevado a encontrarse en Kentucky con un tipo que estaba buscando chicas para un programa televisivo de transformaciones.

Así había acabado allí, en el estudio de un reality, cuando lo que de verdad quería era estar en casa, ayudando a su padre a sobreponerse y preparándose para pasar las navidades en Sheets Creek.

Nunca le había pedido a ninguno de sus mimados hermanos que hicieran algo así. Sólo pensar en su hermano Luther hizo que frunciera el ceño, le encantaría tenerlo delante para poder darle un buen puñetazo.

Él la había llamado la noche anterior al hotel donde habían pasado la noche, en Albany. Su conversación la dejó pensando toda la noche. El imbécil de Luther y sus apuestas habían vuelto a meterle en líos. Había estado compitiendo con algunos sujetos de mala muerte y esa vez tenía de verdad problemas. Le llamó para decirle que tenía que ganar el concurso, necesitaba urgentemente el dinero para pagar sus deudas.

Pero su hermano no estaba de suerte, porque en cuanto pudiera, iba a salir de ese programa, volver a casa para darle una bofetada e intentar conseguir que se

comportara con sentido común. Después intentaría juntar el dinero necesario. Porque el dinero que iba a obtener si se quedara hasta el final del programa no iba a ser, de todas formas, suficiente para pagar lo que su hermano debía a Joe-Bob Baker, el tipo más duro de Knoxville.

Lo que Luther no sabía era que el gran premio de «Transfórmame» era dinero en vales para ir de compras. Eso y la posibilidad de arreglarse y ponerse de punta en blanco para asistir a una de las más selectas fiestas de Navidad en Nueva York. Lo que menos le podía interesar en el mundo era ir a una de esas fiestas con unos cuantos estirados que nunca se dignarían ni a mirarla a la cara.

Tenía que salir de allí y tenía que hacerlo rápidamente. Después pensaría en cómo conseguir el dinero para su hermano además de sermonearle. Ese pensamiento hizo que se animara un poco.

- Buenas noches, señoras. Si ya han terminado con los cócteles, acompáñenme si hacen el favor hasta el comedor.

Levantó la vista y se encontró con un estirado mayordomo vestido como un pingüino. Le temblaba la nariz como si estuviera a punto de estornudar, aquello la puso nerviosa.

Sabía que ella no debería estar allí, no era su lugar. No le gustaban el remilgado mayordomo, ni las cámaras que los rodeaban, ni los caros muebles. Todo parecía muy delicado, como si fuera a romperse en cualquier momento. Tenía que salir de ese sitio.

- −¿Qué tengo que hacer para que me echen pronto del programa? −preguntó en un susurro.
- -Meterte el dedo en la nariz durante la cena -contestó otra de las participantes.

Se trataba de Sukie, una pelirroja con la que había establecido una rápida amistad desde que llegara a Vermont. Seguramente porque a las dos les divertía cómo el mayordomo iba a la biblioteca cada vez que una de ellas tiraba de una cuerda. Sukie y Tori lo habían llamado de esa forma unas veinte veces ese día. Hasta que don Almidón había parecido dispuesto a cortar la cuerda y acabar con la travesura.

- —Quiero ser la primera en irme, pero crecí viendo cómo mi padre se metía el dedo en la nariz durante las comidas y no creo que pueda hacerlo −le dijo Tori−. Tiene que haber otra manera.
 - −Ya se te ocurrirá algo −repuso Sukie haciendo un globo con su chicle.

Sukie era peluquera en Cleveland y, por ahora, era la favorita de Tori para ganar el gran premio final. Le parecía que cualquiera que pudiera andar con esos zapatos brillantes de diez centímetros de tacón tenía todos los ingredientes para convertirse en una dama de verdad.

—Y si no se te ocurre —agregó la peluquera—. Siempre puedes rascarte o empezar mañana una batalla de almohadas. Pero esta noche no cuenta.

Esa noche era simplemente una reunión social, la oportunidad de que se conocieran antes de que comenzara la grabación al día siguiente. Así que no iba a haber tensión ni competencia entre ellas ni preocupación por saber dónde estarían escondidas las cámaras. Pero Tori creía que lo mejor era empezar con ventaja. Pensó que nunca era lo bastante pronto como para comenzar a dar una mala impresión.

El problema era que pensaba que no podía hacer nada para destacar entre esas mujeres, ni siquiera metiéndose el dedo en la nariz. Había una camionera, una camarera, algunas dependientas, una asistenta y una chica. Ginny, con una delantera enorme que había estado enseñando gustosamente a todos los coches que pasaron en su viaje en autobús desde Albany.

- −No es cierto que quieras irte ya, ¿verdad? −le preguntó Sukie mientras seguían al resto de las mujeres hacia el comedor.
- —Claro que sí —le dijo Tori—. Tuve que venir porque se lo prometí a mi padre. Pero eso no quiere decir que tenga que quedarme. Si me echan, él nunca podrá decir que no lo intenté.
 - «Y tendré tiempo para pensar en cómo ayudar a Luther», pensó ella.

Después suspiró, no sabía muy bien cómo conseguir que la echaran. No sabía si lo mejor sería ser muy mala o quizás ser muy buena. Pensó que quizás el productor. Burt Mueller, estuviera buscando a las peores, que ellas conseguirían que el show fuera más divertido.

Pero como el objetivo del programa era conseguir sacar algo de clase de esas chicas, enseñándoles buenos modales para poder ir a una fiesta de la alta sociedad neoyorquina, quizás lo que quisieran era mantener a las mejores, las que tuvieran más posibilidades de conseguirlo.

Sus reflexiones no le aclararon nada. Seguía sin saber si sería mejor portarse bien o mal.

−No me importaría quedarme si me entero de quién era ese tío bueno al que Ginny lanzó sus bragas −comentó Sukie.

Tori levantó una ceja, sin saber muy bien de qué le hablaba.

- —Tú estabas concentrada en todos esos libros, completamente ajena a lo que pasaba —le dijo Sukie —. No sabes lo que te has perdido... Un macizo impresionante mirándonos desde la puerta. Alto y sexy como si acabaran de sacarlo de un anuncio de ropa interior.
 - –¿Estaba en ropa interior?
 - − No, sólo estaba dejando que mi imaginación volara.
 - −¿Y tenía unas bragas usadas en la cabeza?

Sukie asintió con la cabeza.

-Ginny se sacó un tanga del bolsillo y se lo tiró.

Tori no quería saber por qué alguien iría por ahí con ropa interior en el bolsillo. Pero como a Ginny no le había importado mostrar sus pechos a todos los conductores de la autopista, quizás no tuviera por costumbre llevar la ropa interior puesta. A lo mejor sólo la llevaba en el bolsillo en caso de emergencia.

Antes de que pudiera preguntar nada más, todas siguieron por los pasillos tras el mayordomo. Era un sitio enorme, había estado en hoteles más pequeños que esa mansión, y también más acogedores. Quedaba poco para Navidad, pero no había ni un adorno en toda la casa.

Las navidades eran su época favorita del año. Y estaba decidida a no tener que pasarlas en ese sitio, que era tan frío como un congelador. Otra razón más salir de allí cuanto antes.

Para su sorpresa, la cena fue muy placentera, mucho más divertida de lo que se había imaginado. Se lo pasaron genial riéndose de los desagradables platos que les servían. Ninguna probó los caracoles ni nada parecido. Después de un rato, les sirvieron filete con patatas, algo mucho más del gusto de las invitadas. No tenía nada que ver con la comida de su abuela, pero no estaba mal.

Se había imaginado que alguien que formara parte del programa iría esa noche a hablar con ellas, pero el mayordomo les dijo que tenían toda la velada para ellas, para hacer lo que quisieran. Al día siguiente, por la mañana, empezarían por fin las actividades. Casi todas fueron hasta la zona de ocio de la casa, donde había hasta un pequeño teatro. La película que ponían no era del agrado de Tori, así que se dedicó a deambular por la casa. Lo hizo casi de puntillas, no quería encontrarse con nadie. No iba a robar nada, todo lo que quería era estar sola. Quería disfrutar del único sitio de la casa que de verdad iba a echar de menos cuando saliera de allí al día siguiente.

La biblioteca.

La sala estaba llena de estanterías que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Nunca había visto tantos libros juntos en su vida. La única biblioteca que tenía Sheets Creek era uno de esos bibliobuses, que iba al pueblo de vez en cuando. La furgoneta, una donación, había sido anteriormente una heladería ambulante y aún olía a caramelo y chocolate, lo que atraía a todos los perros del lugar.

Ella siempre esperaba el bibliobús con ganas, era el único acceso que tenía a la lectura. No se le daba muy bien, pero le gustaba mucho. No solía llevar más que libros para niños y viejas revistas, pero no le importaba, se leía todo lo que pudiera encontrar. Pero nunca había visto un sitio como ése. No había más que filas y filas de libros, todos preciosos y sugerentes, bien cuidados y limpios, no como los que transportaba el bibliobús de su pueblo.

No encendió más que una tenue lamparita, por si acaso no era verdad que ese día no fueran a grabarlas. Fue hasta la estantería que había estado contemplando antes y sacó el libro que quería, una copia de *Tom Sawyer*. Se giró para sentarse acurrucada en uno de los sofás.

– Veo que hemos tenido la misma idea.

La voz la asustó tanto que casi se le cae el libro.

Lo siento, no quería asustarte.

Se encendió una de las lámparas de la mesa de centro y Tori vio al que le había hablado en medio de la oscuridad.

Era un hombre. Un hombre tan atractivo como un actor de Hollywood. La dejó sin aliento, lo que hizo que no pudiera respirar y mucho menos hablar.

Su pelo era oscuro, brillante y espeso. Un par de ojos marrones la observaban. Sus rasgos eran perfectos. Pómulos marcados, fuerte mandíbula y unos labios que eran del grosor perfecto para ser mordidos durante una larga y tórrida noche de pasión.

«Ojalá el resto sea igual de impresionante», se dijo antes de dejar que su mirada recorriera el resto de su cuerpo. Y sí que lo era. Alto y musculoso. No tanto como los chicos que conocía en el pueblo, que iban por ahí levantando troncos para comprobar quién era el más fuerte. Ése era el tipo de músculo que se convertía enseguida en grasa, en cuando esos chicos sentaban la cabeza.

Ese hombre no era así. Él era perfecto, muy atractivo y tan sexy que era casi un pecado.

Y la estaba mirando.

Lo hacía como la miraban los hombres desde que cumpliera catorce años. Cuando comenzó a tener algunas curvas. La miraba con hambre.

Lo único que cambiaba era que en esos momentos, por primera vez en sus veintitrés años de vida, ella lo miraba de la misma manera.

Capítulo 2

No podía dejar de mirar a la mujer que había entrado en la biblioteca. No la había oído hasta que tomó un libro de la repisa. Era la morena que tanto le había cautivado antes. Se dio cuenta por sus vaqueros y camisa roja. Por eso y por su larga y rizada melena que enmarcaba una de las caras más bellas que había visto en su vida.

Se había equivocado en una cosa, sus ojos no eran marrones sino azules. De un azul profundo y vivo y rodeados de espesas pestañas. Estaba absorto mirándolos cuando sintió algo moverse y pensó que quizás fuera la tierra bajo sus pies, al menos eso le pareció.

Ella lo miraba con cautela y sin decir nada, con los ojos muy abiertos y los labios separados. Se preguntó si estaría a punto de huir. Le pareció que estaba indecisa, como si esperase que sucediera algo.

—Supongo que los dos necesitábamos un poco de tranquilidad, ¿verdad? —le dijo él. Ella asintió.

Parecía no ser habladora, lo que no hizo sino confundirlo aún más. No sabía quién era. Le resultaba imposible creer que fuera una de las participantes. Era muy distinta a las demás y esa tarde se había mostrado distante con ellas, ni siquiera se había girado para mirarlo cuando todas gritaron al descubrir su presencia.

Ahora, al ver su preciosa barbilla y la inteligencia que sus ojos azules transmitían, le pareció que ya era perfecta, que no iba a necesitar ningún cambio ni mejora.

−¿Dónde están las demás?

Ella se encogió de hombros.

Él lo intentó de nuevo.

−¿Por qué libro te has decidido?

Ella lo sostuvo en alto y se acercó un poco, luego un poco más, hasta quedar muy cerca de él. Andrew pudo leer el título en la penumbra de la sala. Y, mejor aún, ahora podía observar mejor su rostro, cada peca y el brillo dorado de su pelo. Su aroma, fresco y floral, le llenaba la cabeza y no le dejaba pensar con claridad.

Se quedó mirándola, haciéndose un millón de preguntas. Quería saber quién era y de dónde había venido. Quería saber cuánto necesitaba saber ella de un hombre antes de llevárselo a la cama.

Pero pronto volvió a la realidad, no podía olvidar tampoco sus buenos modales, así que intentó concentrarse en el libro.

- Tom Sawyer - dijo aclarándose la garganta - . Buena elección.

Ella asintió.

Finalmente, se quedó mirándola con curiosidad.

−¿No puedes hablar?

Ella sacudió la cabeza.

- −¿Qué quiere decir eso? ¿Que no puedes hablar o todo lo contrario? − preguntó él riendo.
 - −Sí puedo −repuso ella en un susurro.
 - -Entonces, ¿por qué no lo haces?

Ella soltó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Porque pensé que si no decía nada tú también te callarías y volverías a mirarme como lo hacías hace un minuto.

Andrew la miró atónito. Ella lo miraba con tal intensidad, que no pudo concentrarse en sus palabras.

- −¿Perdona?
- -He dicho...
- −Ya, ya te he oído.
- -Entonces, ¿por qué te excusas? -repuso ella mordiéndose el labio -. ¿Es que has soltado un airecillo o algo así?

Andrew no pupo contener una carcajada mientras sacudía la cabeza.

- Lo siento, creo que deberíamos comenzar de nuevo esta conversación. ¿De acuerdo?
 - De acuerdo.
 - −Hola −dijo él extendiendo su mano −. Soy Andrew Bennett.

Ella se quedó mirando la mano y por fin la estrechó, con tal fuerza que Andrew pensó que iba a romperle los dedos.

- -Tori Lyons.
- Encantado de conocerte, Tori.
- -Igualmente.
- Ahora, ¿por qué querías que me callara?

Ella tragó saliva y luego se humedeció los labios con la lengua. Fue un gesto inocente, pero que consiguió remover algo muy instintivo dentro de Andrew.

- − Me estabas mirando fijamente − replicó ella con voz sugerente.
- –Sí

Ella dudó un momento antes de continuar.

- -Me gustaba.
- −¿Te gusta que te mire?
- —Sí, como lo hacías, muy fijo.

-Fijamente - murmuró él sin poder evitar corregirla - . ¿Por qué?

Ella levantó una ceja, como si lo retara a negar que la había estado mirando con intención y apreciación. Desde luego, no podía refutarlo, pero quería saber por qué a ella le había gustado.

− Me mirabas como si fueras un perro de caza y yo un jugoso filete.

Le divirtió que lo comparara con un perro de caza. Se imaginó que, con lo primitiva que había sido su primera reacción al verla, se merecía tal comparación.

- − A lo mejor fue así. Te pido disculpas.
- −¿Por qué? ¿Te has tirado otro airecillo?
- −No, me disculpaba por mirarte fijamente.
- —Ya te he dicho que me gustaba. Me pilló un poco por sorpresa, porque normalmente, cuando un hombre me mira así, lo que quiero hacer es ponerle un ojo morado.

Teniendo en cuenta que aquella chica le llegaba por la barbilla, pensó que lo más seguro era que no alcanzara a golpearlo en el ojo. Pero prefirió no preguntárselo, no quería tentar al destino.

 Bueno, tienes razón. Te estaba mirando. Te pido disculpas. Tu presencia aquí me sorprendió.

Pero vio que esa explicación no le satisfacía.

- Además, eres muy bonita.
- −Gracias − repuso ella con una tímida sonrisa − . También tú eres.
- -También lo eres tú -murmuró él.
- −¿También soy yo el qué?

Se dio cuenta de que había vuelto a corregirla y ni siquiera era consciente de ello. Llevaba un profesor dentro y no podía evitarlo. Teniendo en cuenta cómo hablaba, dedujo que ella era otra de las participantes en el concurso. Así que era, de alguna manera, su alumna.

No pudo evitar sentirse desilusionado al darse cuenta de ello, porque eso la dejaba fuera de su alcance, estaba orgulloso de tener un historial limpio en cuanto a relaciones con alumnas. Y no iba a cambiar ahora.

Ser consciente de ello pudo con él, porque todo su cuerpo estaba tenso y despierto ante la presencia física de esa mujer y su aroma. Le encantaban su rostro, con forma de corazón, y su maravilloso pelo.

Cambió rápidamente de tema.

- -Supongo que estás aquí por el programa.
- −Eso me temo − gruñó ella mientras se dejaba caer en el sofá de cuero.

Él también se sentó, pero no muy cerca, porque no se fiaba de él mismo. Su mente estaba en un completo estado de caos y todos sus sentidos estaban alterados por esa mujer.

Pensó que lo más inteligente sería salir de allí, teniendo en cuenta lo atraído que se había sentido por ella desde que la viera por primera vez. Iría a su habitación y pensaría en si Burt Mueller habría hablado en serio cuando lo amenazó con cancelar el programa si él no participaba en él.

Pero algo hizo que permaneciese en la biblioteca, en la penumbra de esa tranquila habitación, donde no podía oír más que el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea y la suave respiración de Tori.

- −No pareces muy contenta de estar aquí −le dijo él.
- −¿Te gustaría a ti ser una rata de laboratorio?

Le pareció interesante que no estuviera allí por decisión propia.

- -Entonces, ¿por qué viniste?
- −Fue una promesa hecha en el lecho de muerte.

Él la miró con tristeza.

- -Lo siento.
- −¿Por qué?
- -Porque alguien que conoces ha muerto. ¿Alguien muy cercano a ti?
- −No, no se murió después de todo. Bicho malo nunca muere. Pero me ha hecho cumplir mi promesa de todas formas. ¡No me lo puedo de creer!
 - −No me lo puedo creer.
- −¿Te das cuenta de que no paras de repetir todo lo que digo? −le preguntó ella mientras le daba una palmada en la rodilla.

El contacto fue inocente, pero hizo que una ola de calor recorriese el cuerpo de Andrew.

—Si tienes un problema de habla, no pasa nada. He conocido a gentes que repetían todo dos veces. Claro, que ellos eran viejos, como mi tía Millie, a la que una mula le dio un golpe en la cabeza — dijo ella con cara de concentración —. No, espera. Ella no repite lo que dicen los demás, sino ella misma. Tuvo muchos hijos y, como nenguno le hacía caso, tenía que repetir todo cienes de veces. Cuando la mula le dio en la cabeza fue cuando se cayó al suelo, se desmayó y comenzó a hablar en arameo.

Divertido con la historia y con cómo la expresaba, no pudo sino sonreír y seguir mirándola.

- —¿Quieres decir que alguien que conoces comenzó a hablar en una lengua extranjera después de una contusión en el cráneo?
- —Nada de lengua extranjera... Lo que hacía era jurar en arameo, eso lo puede hacer cualquiera —replicó ella riendo.

- Él intentó contener la risa, cada vez le gustaba más su humor sencillo y campechano.
- —Perdona por haber repetido tus palabras. Estaba intentando corregir tu gramática.
 - −¿Eres un maestro o algo así?

Él asintió.

- −¿En serio? Pensé que trabajabas en la televisión.
- No. Yo enseño Antropología y Sociología en la Universidad Georgetown de Washington.
 - -¿Sociología? repuso ella incrédula.

Él asintió de nuevo.

- -iJesús, María y José! En estos días, tienen clases para todo, oye. Como si alguien necesitara aprender a ser sociable. En Sheets Creek, todos somos sociables. Es necesario, muchas veces dependemos los unos de los otros.
 - −¿Sheets Creek? −le preguntó él.

Estaba más interesado en saber de dónde era que en explicarle los contenidos de las asignaturas que impartía.

- —Tennessee. Es un pequeño pueblo, a treinta kilómetros del supermercado más cercano. Hay una pequeña tienda en la gasolinera, pero sólo es para emergencias. Nunca sabes si lo que compras es fresco o lleva cinco años allí. Así que tienes que ser sociable con tus vecinos, nunca sabes cuando vas a tener que pedirles un huevo o algo de azúcar.
 - − Ya entiendo. Y, ¿te gusta vivir allí?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada, por primera vez desde que se sentaron.

- -Supongo. Puedo viajar bastante, así que no es como si no veía el resto del mundo.
 - − No es como si no viera el resto del mundo −la corrigió él.
- —¿Tú también viajas mucho? —repuso ella con sarcasmo mientras le lanzaba una mirada furibunda —. Deja de corregirme, ¿de acuerdo?
- Lo siento, Tori. No quería hacerlo, supongo que es instintivo −dijo él−. Por hábito −aclaró.
- —Sé lo que significa instintivo —replicó Tori—. No soy una ignorante. Es como lo que hace Bubba Freeman cada vez que una chica guapa entra en el taller. Mete la tripa y saca pecho. Pero no le sirve de mucho porque es tan feo como pegar a una madre.

Andrew supuso que el ejemplo valía.

-Entonces, ¿viajas por todo el mundo?

Ella se echó hacia atrás en el sofá, apoyando sus botas encima de la mesa de centro.

- —Bueno, sobre todo por el sur de Estados Unidos. He estado corriendo en los circuitos de esos estados con mi padre y hermanos durante nueve años, desde que murió mi madre.
 - Lo siento.

Esa vez, ella no le preguntó por qué. Simplemente asintió.

- —Papá ha conducido incluso en competiciones nacionales, así que he llegado a visitar sitios bastante lejanos, como San Diego, California.
 - −¿Tu padre es piloto de carreras?

Ella asintió.

- Y tú...
- − Yo dirijo su equipo de mecánicos. También soy conductora de repuesto.

Andrew abrió la boca estupefacto. La pequeña y delicada mujer que tenía delante era mecánico de coches y además los conducía.

−¿Hablas en serio?

Ella no pudo evitar reírse al ver su sorpresa.

- —¿Conduces esos pequeños coches en circuitos cerrados durante cientos de kilómetros?
 - −No, nosotros participamos en NHRA.

Él se quedó mirándola sin hablar, hasta que ella se explicó.

—Es el circuito de carreras de coches tuneados. Son sólo quinientos metros de carrera. Mi padre es uno de los mejores del país.

Así que conducía coches aún más pequeños y a más alta velocidad de lo que pensaba. Por algún motivo, eso le inquietó.

- $-\xi Y$ tu padre fue el que te insistió para que participaras en el programa?
- —Si me preguntas si fue él el que me hizo chantaje usando su infarto para que consiguiera una educación superior, sí fue él.

Educación superior. En el estudio de un programa de televisión. A Andrew le parecía una contradicción de proporciones increíbles.

Aunque no le preguntó, Tori vio su mirada de curiosidad y comenzó a explicarle ese deporte automovilista, con su historia, la importancia de la dirección del aire y la velocidad con la que empezaban.

Pero él sólo podía pensar en su pequeño cuerpo metido dentro de una lata y corriendo a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora.

-iTus hermanos también trabajan con tu padre?

—Si se puede llamar trabajo a lo que hacen... —replicó con media sonrisa —. Yo soy la mayor. El hermano que me sigue, Jimmy, era conductor de repuesto hasta que se casó el año pasado. Su mujer le dijo que no podía ir tanto de viaje, que tenía que estar con ella y sus tres hijos en casa.

Él ni siquiera se inmutó.

— Mi hermano pequeño, Sammy, trabaja en el equipo mecánico, pero aún está muy verde. Prefiere perseguir a las chicas que van a las carreras, que poner atención para aprender más sobre el deporte.

Andrew siguió sin decir nada. Simplemente sonrió por dentro. Le gustaba mucho oírla hablar, el sonido de su voz y su acento sureño. Le gustaba descubrir cosas sobre su vida, cuánto trabajaba y lo mucho que le agradaba su profesión.

- En cuanto a Luther... − comenzó ella poniéndose tensa de inmediato − . Él es completamente inútil.
 - Así que tú eres la heredera de tu padre, ¿no?

Ella lo miró a los ojos y asintió despacio.

-Supongo.

Había algo de vacilación en su voz.

- –¿Y qué te parece eso? ¿Es lo que elegirías para ti misma si tuvieras opción?
 Bajó la mirada un instante.
- -Claro.

Tenía claro que estaba mintiendo, pero no iba a ser maleducado y decírselo.

- − Así que eres la mayor y tienes tres hermanos, ¿ninguna hermana?
- —No. Jimmy es un año menor que yo, Luther un año más pequeño que él y Sammy otro año menos. Todos nacimos en octubre, porque como enero es tan frío... No es temporada de carreras y mi padre no tenía otra cosa que hacer que molestar a mi madre.

Andrew tardó un segundo en entender. Cuando lo hizo, estalló en una carcajada. Ella lo miraba sonriente. Su expresión le decía claramente lo que sentía por su familia.

-Los echas de menos.

Ella asintió.

—Pero no será por mucho tiempo. Tengo la intención de salir de aquí mañana mismo, pasado como muy tarde.

Él se tensó de pronto y pensó en decirle que no lo hiciera.

- Pero no puedes, el programa...
- Empiezan a echar a chicas mañana. Yo tengo que ser la primera.

No podía explicar la decepción que sus palabras le estaban causando. Hacía poco tiempo que la conocía, pero se había dado cuenta de algo muy importante. Ella

podía ser la elegida. Ella podía ser exactamente la mujer que Burt Mueller, y él mismo, estaba buscando.

Era encantadora y dulce, divertida e ingeniosa. Su falta de educación no disminuía su capacidad y la inteligencia que había atisbado tras sus preciosos ojos azules. Y su espíritu y tenacidad le decían que podría entregarse por completo a algo si eso se convertía en su objetivo.

No entendía por qué quería irse, pero estaba seguro de una cosa. Iba a intentar cualquier cosa para evitarlo.

Tori había estado charlando sobre su vida, su familia y los coches durante más de una hora. Aun así, no había dejado de fijarse y pensar ni un minuto en la boca de ese hombre.

Quería besar a Andrew Bennett. Besarlo y no parar nunca. O quizás deteniéndose un momento para ver sus ojos y la mirada hambrienta que le dirigía, como cuando la vio por primera vez. No era el primer hombre que se la comía con los ojos, pero nunca había sentido la calidez que él la hacía sentir.

No sólo era guapo, también era muy simpático y listo. Y olía de maravilla. Tenía un hoyuelo muy sexy, que le salía en la mejilla cuando se reía. Parecía muy bueno escuchando, había atendido con interés a todo lo que le había contado. Pero, a pesar de todo, sus oscuros ojos no la engañaban, mientras la escuchaba pensaba en otra cosa.

En lo mismo en lo que ella estaba pensando, en estar mucho más cerca de él. Él la deseaba y lo hacía con locura. Sólo había una razón por la que no había intentado besarla aún, una razón que no tenía nada que ver con ella.

Era por el programa, ese estúpido reality. Estaba claro que él estaba allí para actuar como una especie de profesor y eso hacía que se comportara como uno.

Tori pensó que si hubiera tenido un profesor de Lengua tan guapo como él, quizás habría llegado a terminar sus estudios en el instituto, en vez de dejarlos cuando la lectura se le atravesó en tercer curso.

−¿Sabes qué? Me temo que no te he dejado tiempo para leer, después de todo−le dijo él después ele una hora sentados en la penumbra.

Ella se encogió de hombros.

— Con lo lento que leo, no habría pasado aún de la segunda página.

Él ladeó la cabeza y le lanzó una intensa mirada que hizo que algo le diera vueltas en el estómago. Le daba la impresión de que él estaba intentando colarse dentro de su mente, para quedarse allí y descubrir todos sus secretos.

Pero ella no quería tener a nadie dentro de su cabeza. De lo que no estaba tan segura era de que no quisiera tener a ese hombre en particular dentro de su cuerpo...

- −¿Tienes problemas de lectura, Tori?
- −¿Qué? −tartamudeó ella.

Su mente estaba demasiado concentrada en otro tipo de imágenes como para entender sus palabras. No podía dejar de pensar en cómo sería que la besara, acariciar su sedoso pelo, sentir su torso... ¡Dios mío! Tenía un cuerpo increíble. Ya podía imaginárselo quitándole toda la ropa, hasta que quedara completamente desnuda.

-¡Espera! -dijo de pronto incorporándose-. ¿Tú eres el hombre de la ropa interior?

Él abrió la boca atónito.

—Perdona, no quería decir eso —repuso ella avergonzada—. Lo que pasa es que Sukie, una de las chicas, me dijo que entró un tío bueno antes en la biblioteca y que acabó con un par de bragas en la cabeza.

Andrew se puso como un tomate. Tori no pudo sino sonreír al verlo.

- -Pensé que me había colado en una convención para prostitutas murmuró.
- —Con unas bragas en la cabeza, no me extraña que lo pensaras.
- −Entonces, ¿no eran tuyas? −le preguntó con gran alivio.
- −No, ni siquiera sabía que estabas en la habitación.
- − No, estabas muy ocupada mirando los libros.

Se lamentó de no haberlo visto antes, su cena habría sido mucho más agradable de haber tenido en mente el rostro de ese hombre, en vez de tener que concentrarse en los asquerosos caracoles que le sirvieron. Él le parecía mucho más apetitoso que cualquier cosa que pudieran ponerle en el plato.

No tenía ni idea de cómo podía haber permanecido ajena a su presencia en la biblioteca. Se imaginó que los libros la habían dejado como víctima de un encantamiento. Después se acordó de lo que Ginny había hecho y pensó en cómo se sentiría ella si alguien le tirara unas bragas a la cabeza.

- −No habían sido usadas −le dijo ella para que se sintiera mejor −. Por si te lo estabas preguntando, ya sabes.
 - −¿Perdona?

Esa vez, ella entendió lo que quería decir, pero decidió tomarle el pelo de todos modos.

- −¿Otro airecillo?
- -Tori...
- -iSólo bromeaba! Lo que quería decir era que Ginny, la chica que te tiró el tanga, no lo llevaba puesto.
 - Bueno, menos mal.
- —Se lo sacó del bolsillo —explicó ella con una mueca—. He estado intentando pensar en por qué alguien llevaría una muda en el bolsillo.
 - A lo mejor tenía miedo de que alguien extraviara su maleta.

Lo dijo en tono serio, pero ella sabía que bromeaba.

—Quizás. Tengo una prima que se quita las suyas por debajo del vestido y se las tira a su novio cuando quiere decirle que se dé prisa y salgan del bar para ir a casa. Claro que eso sólo lo hace cuando está borracha. Es buena chica cuando no bebe. Trabaja de maquilladora de muertos en Funerarias y Exterminación Franklin.

Andrew sacudió confuso la cabeza.

- −¿Cómo? ¿Es una funeraria y un servicio de exterminación?
- —Sheets Creek es pequeño —explicó ella—. La funeraria no da para mucho, pero con la cantidad de bichos que hay...
- —¿Sabes qué? Creo que algún día de estos debería ir a visitar ese pueblo. Suena tan interesante corno muchas de las civilizaciones antiguas y sociedades que he estudiado.

A Tori, en cambio, le parecía que su pueblo era igual de aburrido que todos los pueblos del país. Pero entonces pensó en la palabra que había usado.

-¿Sociedades? -repitió ella pensando en lo que le había dicho antes-. ¿Tiene eso algo que ver con...? ¿Qué palabra fue la que usaste? ¿Sociología?

Tori se sentía tan avergonzada, que quería que el sofá se la tragara en ese mismo instante. Se imaginó que habría sonado como una imbécil al hablar de gente sociable. Debería haber sabido que él no iba a estudiar algo tan estúpido como cómo conocer a gente y que las personas se llevasen bien. Lo que enseñaba era más bien como historia o algo así, gente del pasado.

Pero Andrew la distrajo y se olvidó de por qué estaba avergonzada. Se acercó y rodeó su mano con la suya, hasta que ella no pudo pensar en otra cosa que no fuera la calidez de sus dedos y lo cerca que estaba de ella. Cerca, pero no lo suficiente.

Ella se acercó un poco más, hasta que sus piernas casi se tocaron.

− No te preocupes − le dijo él con suavidad − . Está claro que nunca habías oído hablar de lo que hago. Pero lo has adivinado muy rápidamente.

Le gustó que fuera tan amable, no se estaba riendo de ella.

- Andrew comenzó ella intentando reunir el valor para hablar . Como me voy mañana, ¿podría pedirte un favor?
 - −No te vayas mañana.
 - -Tengo que...
- −No, no tienes que hacerlo. Esto es perfecto para ti, Tori. Eres lista y rápida. Además, está claro que te aburre la vida que has estado llevando. Podrías mejorar tu nivel de lectura. Yo podrías ayudarte.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas, quería decirle que estaba loco. Pero no podía, porque sabía que tenía razón. La verdad era que le encantaría leer mejor. Y también era cierto que se aburría, sobre todo últimamente. Quería algo más, aunque no sabía qué era.

No lo supo hasta que llegó ese día a la biblioteca y vio todos esos libros esperándola.

No había sido capaz de admitir la verdad, ni siquiera para sí misma. Una parte de ella quería cumplir la promesa que le hiciera a su padre y conseguir más educación. Nada que ver con la mecánica ni tampoco con cómo ser una dama en un estúpido programa de televisión, sino educación de verdad. Llevaba unos años practicando para leer mejor, lo suficiente como para haber aprobado el diploma de escolaridad por los pelos. Pero se preguntaba cómo sería volver al colegio.

− Puedo ver tu apetito, tus ganas de aprender − le dijo él sin dejar de tocarle la mano.

Había comenzado a acariciarle el dorso con su pulgar y sus manos habían empezado a temblar. Se preguntó cuánto tardaría en hacer que todo su cuerpo temblara bajo sus caricias.

—Date la oportunidad de experimentar esto, Tori. Creo que te podría ocurrir algo muy especial en este sitio. Sólo se trata de unas cuantas semanas lejos de tu casa.

Él era muy convincente y razonable. Casi se le olvidó que le era imposible quedarse. Casi. Cerró los ojos y se estremeció al ver el rostro de su hermano Luther cubierto de moratones. Suspiró y sacudió la cabeza.

- -No puedo quedarme, tengo que volver a casa y resolver un problema que tengo.
- -Estoy seguro de que cualquier problema que tengas en Sheets Creek te esperará durante tres semanas. Sabes que tengo razón.
 - − Puede que la tengas − le dijo bajando la vista.
 - -Entonces, ¿pensarás al menos en ello?

No podía resistirse a la idea de aprender, y menos aún a que fuera él el que le enseñara.

—Lo pensaré —le prometió respirando profundamente —. Pero, por si me echan mañana de la casa, hay algo que tengo que hacer. Si no, siempre me arrepentiré de ello.

Él esperó, mirándola con curiosidad, parecía no saber de qué le hablaba. Lo que hizo que le resultara más fácil saltar a su regazo y besarlo.

No le dio la oportunidad de rechazarla. Quería besarlo. Quería recordar para siempre que, al menos una vez en su vida, había besado a un hombre inteligente, que leía algo más que los números de la lotería o algún versículo de la Biblia.

La primera reacción de Andrew fue de sorpresa, para después rodearla con sus fuertes brazos, sujetándola mientras sus labios se unían.

Tori no pudo evitar gemir un poco. Él sabía fenomenal. Sus labios eran suaves. Y cuando abrió la boca, no babeaba como los otros chicos a los que había besado. Su lengua la acarició con delicadeza, como si quisiera saborearla, no tragársela en un minuto.

Él se movió un poco, deslizando la mano hasta la cadera de Tori. Ella no pudo evitar fijarse en todos los bultos sobre los que estaba sentada. Que, si era sincera, tenía que reconocer que se trataba de grandes bultos.

Ese pensamiento hizo que se estremeciera.

−He deseado hacer esto desde que te vi por primera vez −le dijo él.

Ella pensó que se refería a besarla, pero él le demostró de lo que hablaba.

Le colocó la cara entre las manos y la besó de nuevo. A continuación, sus dedos resbalaron hasta el pelo de Tori, dejando que se enredaran en él y jugando con sus rizos.

Ella nunca se había sentido tan... Tan valiosa. Estaba tratando su pelo como si fuera algo especial y valioso.

Y la tesaba de la misma forma, compartiendo alientos, caricias y mordisqueos. Le gustaba tanto, que quería gritar. Sentía el calor recorrerla desde la cabeza a los dedos de los pies, pero sobre todo en su pelvis, donde no había dejado desde hacía mucho tiempo que ningún hombre la tocara. No desde que cometió el error de dejar que Billy Grayson se lo hiciera en el asiento de atrás de su coche cuando tenía veinte años.

Pero lo que estaba viviendo en ese instante no se parecía en nada a aquello. Billy no era más que un chaval, impaciente y muy rápido. Andrew, en cambio, era todo un hombre, un hombre que sabía exactamente qué hacer con una mujer. Porque sus besos y caricias estaba consiguiendo que perdiera la cabeza. Estaba segura de que él no tendría que disculparse por ser demasiado rápido en la ejecución.

Cuando dejó de besarla, apartándose de ella para dejar algo de distancia entre ellos, se sintió decepcionada. Quería que ese beso continuara y no acabara jamás.

Suspiró, aún temblorosa y abrió los ojos. Se encontró con su mirada y una sonrisa en la boca.

- -Gracias -susurró él.
- De nada −repuso ella levantándose de su regazo −. Ahora tengo que irme.
 Ha sido un beso de hola y adiós, un beso para mi caja de recuerdos.
 - −¿Tienes una caja donde guardas los besos?
- —Sí, aquí —dijo tocándose la cabeza con el dedo índice—. Donde mantengo guardados todos los buenos momentos.

Él asintió como si la entendiera perfectamente, como si él también tuviera ese sitio en la mente.

Antes de que pudiera decirle nada, Tori se levantó. Había llegado el momento de irse y tenía que hacerlo en ese instante, antes de que hiciera algo aún más estúpido, como quitarse la ropa allí mismo y pedirle que la besara por todas partes como había hecho con su boca.

– Adiós Andrew. Me ha encantado conocerte. Si alguna vez haces un estudio de esos por Tennessee, llámame, ¿de acuerdo?

https://www.facebook.com/novelasgratis
Y antes de que pudiera contestarle, se giró y salió de la biblioteca.

Capítulo 3

Andrew se despertó muy temprano a la mañana siguiente. Había tenido una noche horrible.

Tori. No había dejado de pensar en ella despierto y, una vez dormido, ella había llenado también sus sueños.

Había algo en ella que lo había atrapado. Y no sólo físicamente.

Era innegable que existía una cierta atracción sexual. Se había fijado en ella desde el principio y había estado actuando con ella de forma instintiva. Y esa atracción no había sino crecido desde que la besara.

Pero lo que más le atraía era su mente, su espontaneidad y su ingenio. Veía mucho potencial en ella. No había conocido a nadie como Tori Lyons, tan preparada para aprender, para ser una esponja de conocimientos. Tenía entusiasmo. Su vida tenía que cambiar y estaba claro que ella también lo deseaba, aunque fuese en secreto. Admiraba a cualquiera capaz de perseguir sus sueños.

Pensó en que debería pensárselo dos veces antes de verse involucrado en un relación con alguien que tenía un futuro incierto. Ya le había pasado una vez. Desagradables memorias le volvieron a la cabeza. Hacía mucho que no pensaba en Sarah. Y eso que durante mucho tiempo no pudo quitársela de la cabeza.

Pero Tori y Sarah no se parecían en nada, así que no entendía por qué estaba pensando en la que fuera su prometida. Claro que se imaginaba que nunca podría olvidarse por completo de la mujer con la que había estado a punto de casarse. Y no porque aún le importara sino porque había determinado la manera en la que veía a las mujeres desde entonces.

Pero no todas las mujeres eran como ella, de hecho casi ninguna lo era. Y menos aún Tori. Lo único en lo que se parecían era en que las dos se enfrentaban a un cambio radical en su vida, la oportunidad de tener algo más. Tori estaba a punto de alcanzar la educación que quería.

Sarah, en cambio, quería alcanzar más dinero. El de otra persona. Había acabado con un rico cirujano plástico cuando se fue a Hollywood para intentar triunfar como actriz, dejando su compromiso de lado.

−¡Olvídate de ella! −susurró.

La verdad era que casi lo había conseguido y, cuando supo que se había marchado, se dio cuenta de que era lo mejor. El había sido muy joven y lo único que quería era una familia, algo que había echado de menos siempre. Ahora que no paraba de viajar por su trabajo, no podía ni pensar en asentarse para casarse y tener hijos.

Pero eso no quería decir que fuese inmune a las mujeres. Sobre todo a Tori Lyons. Le habían atraído su energía y encanto. Y ella se había metido en la parte de Andrew que pocos conocían. Todos sabían quién era el profesor, el escritor, pero desconocían al chico medio salvaje que había sido, un chaval con gran entusiasmo en la vida, el mismo que ahora se apuntaba a expediciones por medio mundo.

Pensó que eso había lo que le había atraído tanto de ella desde el principio. Ella incitaba la parte de su vida que guardaba normalmente en secreto, el Andrew aventurero, el temerario y el viajero.

En realidad, se parecían, aunque ella nunca lo creería. Él no dejaba que nadie supiera que había sido un niño duro y rebelde. Ella no dejaba que nadie supiera que tenía ansia de conocimiento.

Quería ayudarla, alentarla para que llegara a ser la increíble mujer que él sabía se escondía tras el duro exterior. Aunque se había dado cuenta de que no era del todo duro...

Pero no quería ni pensar en eso, en lo suave y perfecta que la había sentido entre sus brazos.

Tori podía pensar que le había robado un beso, pero lo cierto era que ella sólo había hecho lo que él tenía pensado hacer. Le había sorprendido que tomara la iniciativa, le había sorprendido gratamente. Pero sabía que no habría vuelto a su habitación sin saber si sabía tan dulce como era.

Ella había superado todas sus expectativas. Tardó pocos segundos en darse cuenta de que había dado con algo muy especial y poco común. Pero, después, ella se fue y tuvo que mirar cómo salía de la biblioteca, cuando lo que quería era echarla en el sofá y dejar que sintiera lo que había hecho con él.

Su entrepierna se tensó. Otra vez. Y sólo con recordar ese beso.

Se levantó de la cama, enfadado consigo mismo y fue hasta el baño de su suite. Necesitaba una ducha fría. Una ducha fría o su cuerpo caliente.

Pero sabía que no podía pasar de nuevo. La noche anterior había sido lo bastante prudente como para dejarla ir, a pesar de que sabía que podían haber terminado desnudos sobre el sofá.

Sólo un pensamiento lo había detenido. A pesar de que Burt Mueller y su equipo le habían dicho que el programa no comenzaba oficialmente hasta ese día, temía que quizás tuvieran ya cámaras filmando todo lo que ocurría en la mansión.

Ya le parecía bastante mal que pudieran pillarle la primera noche besando a una de las mujeres a las que se suponía tenía que ayudar. Si se hubieran acostado, la habría humillado por completo. Y habría perdido la oportunidad de intentar convencerla para que se quedara y que lo hiciera por las razones adecuadas.

Tras la ducha, se vistió deprisa y salió de su dormitorio en busca del señor Mueller. Tenían que hablar. Estaba dispuesto a quedarse y llegar hasta el final con el programa, pero sólo con una condición, que su alumna número uno también se quedara.

Si Tori se iba, él también lo haría.

Y eso fue exactamente lo que le dijo a Burt Mueller cuando se lo encontró en el enorme comedor de la casa. El productor estaba hablando con el director, Niles

Monahan, a quien Andrew ya había conocido. Monahan era callado y nervioso, y apenas abría la boca cuando el productor estaba en la sala. Él no tenía poder sobre el programa.

Mueller no iba a quedarse más que un día o dos más, pero era el que movía los hilos, aunque tuviera que ser a distancia.

- −Tori Lyons... −repitió Mueller pensativo.
- − La piloto de carreras − murmuró alguien.

Andrew miró a Jacey Turner, la operadora de cámara principal. Era una morena de tez pálida y ojos marrones, vestida toda de negro. Parecía estar atenta a todo lo que pasaba a su alrededor. Sabía escuchar. Ella sería la que descubriera, durante las siguientes tres semanas, todo lo que iba a pasar en la casa.

- −La misma −repuso Andrew −. Tiene todo el potencial para que esto funcione −explicó intentando parecer imparcial.
- −¿Te has dado cuenta de eso sólo después de mirarla durante unos segundos ayer? − preguntó Mueller.

Andrew asintió.

- −¿O fue tras la conversación que tuviste con ella anoche en la biblioteca? − añadió Jacey.
 - -Hijos de perra... murmuró Andrew.
- −¡En! −repuso Mueller con una sonrisa inocente−. Ya sabías que había cámaras en la casa.
 - −Pero dijiste que no empezarían a grabar hasta hoy.
- El productor se encogió de hombros. La operadora de cámara lo miró compasivamente.
- —Todos los participantes en el programa han firmado un documento por el que reconocen que saben que pueden ser filmados en cualquier momento, desde la llegada a la casa. Tú también lo firmaste.
- —Ya veo. Así que es culpa mía por creer tus palabras. Se me olvidó con qué tipo de gente estoy tratando aquí. No volveré a cometer ese error −dijo con una sonrisa amarga.

Jacey y Burt se miraron, algo sorprendidos. Él reconoció la mirada, la gente solía dar por supuesto que, sólo porque era un educado profesor de universidad, podían pisotearlo. Pero tenían mucho que aprender. Mucho.

—Si no recuerdo mal, el contrato estipula que puedo ser grabado en cualquier zona común, pero no en mi dormitorio —comentó Andrew.

Mueller se sonrojó y apartó la vista.

— Volveré a mi habitación en una hora, si hay alguna cámara allí, lo consideraré una violación del contrato. Saldré de aquí de inmediato y llamaré a mi abogado.

Miró a Jacey, que lo miraba sin pestañear.

—Ya sé lo que está pensando, señorita Turner, que se le da bien esconder pequeños aparatos electrónicos. Pero si puedo encontrar cerámicas de hace tres mil años en las montañas de Sudamérica, le garantizo que podré hallar cualquier microcámara o micrófono que hayan escondido en mi cuarto.

Andrew no le comentó que, cuando era pequeño, había vivido durante semanas en los almacenes de un centro comercial. Allí aprendió a reconocer y desactivar todo tipo de cámaras y aparatos de seguridad. Pero eso no se lo dijo. De todas formas, no iban a creerlo.

−¿Estoy siendo lo suficientemente claro? −le preguntó a Mueller.

El productor asintió.

Andrew se dispuso a salir del comedor, pero antes se giró una última vez.

—Y, en cuanto a Tori Lyons, hablaba en serio, ella es la mejor oportunidad que tienen de que esto funcione, así que será mejor que la mantengan en el programa, sea como sea.

No esperó a que lo contestaran, pero antes de salir escuchó a Jacey hablando con su jefe.

- Creo que le hemos subestimado.

Salió por el pasillo hasta la puerta principal, se disponía a conducir por los alrededores durante una hora, para darles tiempo a quitar todo tipo de cámaras y micrófonos de su habitación.

Él también sabía que lo habían subestimado.

Pero no lo volverían a hacer.

Tori se despertó en cuanto amaneció. Había tenido suerte y le habían asignado a Sukie como compañera de cuarto. No podría soportar la idea de estar con Ginny o cualquiera de las otras locas.

Sukie estaba aún roncando, pero a ella no le gustaba gandulear en la cama, así que se levantó y tomó su ropa. No se fiaba de la gente de la televisión y pensaba que tendrían cámaras en todas partes, así que estaba decidida a cambiarse siempre en el baño, el único sitio privado de la mansión.

Si se quedaba en la casa, se dijo que no le importaría pasar bastante tiempo en el cuarto de baño, tenía una gran bañera y se imaginó leyendo tranquilamente en ella. Pero recordó al instante que no iba a quedarse.

Había hecho lo que le había prometido a Andrew, había estado pensando en la posibilidad de no irse durante toda la noche, pero tenía que solucionar lo de su hermano, a pesar de que se había dado cuenta de que sí le gustaría quedarse.

Cuando salió del baño, Sukie seguía dormida. Ella estaba lista para empezar su día, así que salió de la habitación, a la que esperaba volver pronto para hacer la maleta. Se dijo que eso sería lo mejor, tenía que ayudar a Luther. Pero le costaba decidirse. Una parte de ella se estremecía cuando pensaba en irse.

Su parte más caliente.

No podía dejar de pensar en pasar más tiempo con Andrew Bennett. Entre las sábanas, sobre el sofá, encima del piano o de la gran mesa de comedor.

Pero había algo más, le gustaba mucho. Se maldecía por haber tenido que conocer a un hombre que hacía que se estremeciera por dentro y que le llenara la cabeza de ideas. Como lo de mejorar su lectura y aprender acerca de sitios y sociedades... como él hacía.

No quería sólo aprender de él, quería hablar con él y escucharlo. Le gustó mucho el entusiasmo con el que intentó convencerla para que se quedara.

Él hacía que quisiese más. Quería hablar y pensar como él.

«Lo que quieres en realidad es desnudarte con él, de eso se trata», le dijo una voz en su cabeza. Necesitaba estar sola antes de bajar a desayunar. Fue hasta la puerta de entrada, sabía que no habrían podido llenar todo el jardín de cámaras, al menos eso esperaba.

Se puso el abrigo, que estaba en el armario del recibidor. Hacía mucho frío afuera, pero no era desagradable. Era un tipo de frío que se agradecía, que le despejaba la mente y hacía que se sintiera viva.

Se metió las manos en los bolsillos y lamentó no haberse comprado unos guantes en Albany. Pero se dijo que, de todas formas, regresaría a casa antes de que tuviera la oportunidad de usarlos.

Alguien había retirado la nieve del camino. Tuvo cuidado de no resbalar en el hielo. De pronto se dio cuenta de dónde quería ir. No tenía calzado adecuado para andar sobre la nieve, pero esperaba que sus botas fueran lo bastante resistentes al agua.

Se dirigió hacia el edifico que había visto el día anterior al llegar a la mansión. Era un tanto extraño, todo hecho de cristal. Lo había visto brillar esa mañana desde la ventana de su cuarto.

Cuando se acercó, se dio cuenta de que era un invernadero. Nunca había conocido a nadie que tuviera uno en su jardín, pero lo había reconocido por las imágenes de invernaderos que salían en los anuncios de plantas.

Ése era enorme. Todo de cristal, sus ventanas estaban cubiertas de vaho. Quería entrar a ver las plantas, quería ver algo vivo y floreciendo en medio de la nada cubierta de nieve que lo rodeaba.

Le gustaba mucho la jardinería. Recordaba haber ayudado a su madre a quitar malas hierbas del huerto. Le encantaba pasar horas en el jardín, arrodillada sobre la tierra y sacando guisantes o judías con sus manos. Hacía que se olvidara de todos los problemas.

− Me preguntó si tendrán malas hierbas en los invernaderos − se dijo.

Quería verlo por sí misma, tenía muchos problemas esa mañana de los que quería olvidarse.

Abrió la puerta y entró de espaldas al interior del invernadero. Quería darse la vuelta y ver todo el efecto de una sola vez. Cerró los ojos con fuerza y se giró. Su piel

reaccionó al momento ante el cambio de temperatura y el ambiente. El aire era denso y húmedo. Y cálido, muy cálido. Olía fenomenal, a tierra y flores. No pudo evitar quedarse allí en medio, respirando todos los aromas.

Cuando notó que casi empezaba a marearse, abrió los ojos.

Y se quedó paralizada.

−¡Virgen Santa! −murmuró.

Miró, con la boca abierta, todo lo que tenía a su alrededor.

Se sentía como un niño abriendo los regalos que Papá Noel había dejado en su casa en la mañana de Navidad. Había colores y vida por todas partes y mucha luz.

Nunca había visto nada más bonito que aquello. Había plantas y verdor llenando todo el interior del invernadero. Había plantas altas y estilizadas como palmeras, casi moviéndose al compás de la cálida brisa procedente de un gran ventilador instalado en el techo de cristal.

Y las flores...

-¡Madre mía!

Los brillantes colores de las flores la dejaron obnubilada. Los rojos, anaranjados y amarillos parecían tan puros y brillantes como si alguien los hubiera cubierto con la luz del sol.

No había flores comunes y conocidas como las margaritas y las rosas.

Las que llenaban el lugar eran de especies que ella nunca había visto. Parecían muy exóticas y eran extremadamente bellas.

- −¡Jesús! Es como si fuera el jardín de Dios.
- −Así es, ¿verdad?

Casi dio un salto al oír la voz. Miró detrás de una gran planta con flores naranjas y el corazón le dio un vuelco al ver quién le había hablado.

- -Eres tú.
- − Tenemos que dejar de encontrarnos así −le dijo él con una gran sonrisa.
- −A mí me gusta.

Él rió.

- − Veo que no soy el único que se ha levantado temprano.
- − No puedo quedarme en la cama cuando ya ha salido el sol.

Se preguntó si habría sido el destino el que la habría hecho ir hasta allí para encontrarse con él una vez más antes de irse.

Andrew salió de su escondite. Hacía tanto calor allí, que se había quitado la chaqueta y la llevaba colgada de un dedo sobre el hombro.

Un poco de agua brillaba en su garganta, probablemente sudor o la propia humedad del invernadero. Tori de repente sintió la urgencia de saborear su piel en ese lugar. Se le secó la boca y se preguntó a qué sabría. Seguramente a sal y a algo extremadamente dulce.

Por fin consiguió dejar de mirarle la piel y dar una vuelta sobre sí misma para mirar las plantas con más detenimiento.

−Nunca había visto juntas tantas plantas y tan bonitas todas −le dijo Tori.

Andrew miró a su alrededor y asintió.

- -Yo tampoco -le dijo mirándola-. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar preparándote para desayunar?
 - -Podría hacerte la misma pregunta.

Él se encogió de hombros.

- Yo no estaba invitado.
- Vaya, qué grosería.
- −No me importa. El director quiere hablar con todas vosotras. Yo no soy el protagonista del programa.

Hacía tanto calor, que Tori se quitó el abrigo y lo dejó sobre una mesa llena hasta arriba de macetas vacías.

- Entonces, ¿qué es exactamente lo que vas a hacer en el programa?

Andrew dejó el abrigo con el de ella.

Estaba vestido de una manera que seguramente era cómoda y deportiva para él. De donde ella venía, uno se ponía vaqueros para estar cómodo. Le habría gustado verlo con un par de ajustados vaqueros. Los pantalones que llevaba eran elegantes, pero bastante flojos donde a ella le hubiera gustado que fueran más estrechos.

- -No estoy completamente seguro. Se supone que tengo que observar lo que pasa y medir el progreso de cada participante.
 - −¿No eres como el invitado estrella o algo así?
- -No. claro que no -dijo él estremeciéndose-. La verdad era que, en principio, no quería haber participado, pero dejé que me convencieran. Odio tener cualquier parte de mi vida personal expuesta en la televisión para consumo de todo el público. Valoro mucho mi intimidad y pretendo estar tan lejos de las cámaras como pueda.

La miró con gran seriedad.

−Dime que te quedas −le pidió.

Ella se mordió el labio inferior, odiaba tener que decepcionarlo, a pesar de que apenas lo conocía.

−Lo siento −le dijo −. No puedo.

Él frunció el ceño.

– Dijiste que pensarías en ello.

−Y lo hice. Toda la noche −repuso ella.

Se le escapó un bostezo, que no hizo sino demostrar que no le estaba mintiendo.

Él le sonrió con dulzura.

- − Yo tampoco dormí muy bien.
- −¿Por culpa de los caracoles?

Andrew sacudió la cabeza y se acercó un poco más a ella.

- −No, por culpa del beso...
- −Bueno, eso... Fue una de esas cosas instintivas.
- -¿Ves a un hombre y lo besas?
- −No, veo a un hombre muy sexy, hablo con él y descubro que además de su aspecto tiene cerebro y una sonrisa que hace que me derrita, me imagino que no voy a volver a verlo de nuevo y que tengo que aprovechar la oportunidad. Entonces lo beso. Él asintió, parecía estar muy pensativo. Se acercó un poco más.
- −¡Qué curioso! −le dijo con suavidad −. Al decirme que te vas has provocado la misma reacción instintiva en mí.

Antes de que Tori pudiera entender sus palabras, él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

Entonces le demostró lo que había querido decir.

Andrew no había planeado besarla. Pero pudo con él la idea de que a lo mejor no volvía a verla, que se iba a ir. Sobre todo después de que ella le explicara por qué lo había besado la noche anterior. Ella parecía sentir que había algo especial entre ellos, algo que nunca iban a poder explorar hasta sus últimas consecuencias.

Él pensaba lo mismo. Ella era preciosa, divertida y lista. Y su sonrisa era completamente irresistible.

Pero se iba.

Eso fue lo que, más que nada, hizo que la tomara entre sus brazos para besarla con pasión y detenimiento. Ella abrió la boca casi de inmediato, lamiendo sus labios y jugando con su lengua. Se pegó a su cuerpo y gimió. O quizás fuera él el que gimiera, no estaba seguro.

Pero el beso no le parecía suficiente, quería sentir su suave piel bajo los dedos. No pudo resistirse y bajó sus manos hasta su cintura, deslizándolas entonces por debajo de su jersey y acariciando su piel desnuda.

Era tan suave y tersa como se había imaginado. No pudo evitar gemir y le encantó que ella lo abrazara entonces con más fuerza aún. No había ni una pizca de aire entre los dos y el ambiente, ya cálido, estaba subiendo de temperatura por momentos. Él no pensaba en otra cosa que no fuera en quitarle la ropa y hacerle el amor allí mismo, en medio del invernadero.

Pero, por fortuna, no perdió del todo la razón. Sabía que no podía hacer lo que estaba haciendo.

Despacio y de mala gana, dio por terminado el beso y se separó de ella. Después miró a su alrededor y se preguntó si Burt Mueller estaría tan desesperado como para arriesgar la integridad de su equipo colocando cámaras en un invernadero. No creía que fuera posible. Toda la habitación estaba empañada y no había ningún rincón donde esconder una cámara. Todas las paredes eran de cristal.

Así que pensó que ese beso, al menos, seguiría siendo parte de su intimidad.

-¡Vaya! Puedes despedirte de mí cuando quieras —le dijo ella susurrando.

Él se alejó aún más, intentando recobrar de nuevo sus sentidos, sobre todo el sentido común.

- − No quiero hacerlo. Dime por qué tienes que irte.
- Y, de repente, para gran sorpresa de Andrew, ella lo hizo, le explicó en gran detalle por qué no podía quedarse.

Él no podía creérselo, estaba furioso.

- −¿Me estás diciendo que tienes que renunciar a algo que sabes de sobra que quieres sólo porque tienes que ir a conseguir dinero para el golfo de tu hermano que se ha metido el solo en un lío del que debería aprender a salir por sí mismo? Ella lo miró sorprendida, pero no negó nada de lo que le había dicho.
 - Diciéndolo así, no parece lo más inteligente.
- −¿Por qué no dejas que sea tu padre, que también es el padre de Luther, el que lo ayude a salir de ese lío?

Vio cómo temblaba el labio de Tori y supo lo que le iba a decir, que ella se sentía como si fuera la madre de Luther, aunque sólo era dos años mayor.

—No pasa nada —le dijo—. Lo entiendo —añadió mientras se pasaba desesperado las manos por el pelo—. Tengo una hermana que es tres años menor que yo y me he sentido responsable de ella desde que aprendió a andar. Aún lo siento.

Podía haberle explicado la situación con más detalle. Ella podía haberle hecho un millar de preguntas, si había tenido o no padres, cómo había sido su infancia, por qué un niño pequeño debería sentirse responsable de su hermana...

Pero Tori no dijo nada, sólo lo miró como si lo entendiera perfectamente, con una mirada que le decía que ella había pasado por algo muy parecido.

—No te vayas, Tori —le dijo con intensidad —. No puedes volver a tu vida de antes y seguir haciendo lo que hacías, porque si no aprovechas ahora la oportunidad que se te brinda, nunca lo harás —añadió él —. Aunque esto te parezca un estúpido programa, al menos es un comienzo. Te ayudaré a mejorar tu lectura y tendrás otros profesores contigo día y noche. Puedes salir de aquí lista para enfrentarte a cualquier plan de futuro.

Ella lo miró fijamente, los ojos le brillaban mucho. Se preguntó si serían lágrimas o la humedad del aire. No estaba seguro. Alargó su mano y le acarició el pelo, apartándoselo de la cara hasta conseguir toda su atención.

−Si te vas, te arrepentirás toda tu vida.

Él estaba pensando en las decisiones parecidas que había tenido que tornar en su vida. Sobre todo en cuando sus tíos lo acogieron a él y a su hermana en casa y les dieron todo el amor del mundo con la única condición de que él cambiara.

Por fin, tras largos y angustiosos segundos de vacilación, ella le dedicó una sonrisa.

-Me quedaré.

El desayuno fue mucho más tranquilo que la cena del día anterior. Tori se imaginó que todas las chicas querrían comportarse lo mejor posible, ahora que las cámaras estaban en marcha y el director presente.

Había vuelto del invernadero justo cuando el resto de las jóvenes bajaban. Por fortuna, nadie parecía haberla echado de menos. Andrew no había regresado con ella, le pareció más inteligente que volviesen por separado. Ella no entendía por qué podía ser un problema, pero se imaginó que alguien podría acusarlo de dar a Tori más ayuda que a las demás.

Y él le había dado algo en el invernadero, pero eso no era de la incumbencia de nadie.

Les sirvieron primero algunos platos exquisitos, pero a Tori no le gustó la idea de probar el pescado ahumado ni nada parecido, así que se conformó con un poco de fruta y bollería. Mientras comía, miró a las otras quince chicas, preguntándose cuál de ellas se iría la primera.

−¿Decidiste no meterte el dedo en la nariz, después de todo? −le susurró alguien al oído.

Era Sukie, que la miraba sonriente mientras masticaba chicle.

- Creo que me quedaré a ver qué pasa.
- −Me alegro, porque no quiero tener a ninguna de las otras como compañera de habitación −le confesó−. Ginny ha dicho que Robin se ha pasado toda la noche roncando.

Tori no pudo evitar reírse.

 Lo que debería haber hecho Ginny es ponerse las bragas en la cabeza para taparse las orejas y bloquear el sonido —le susurró a su amiga.

Sukie rió ante la ocurrencia. Un par de chicas las miraron y Tori siguió comiendo su plátano como si nada, sintiéndose un poco culpable. No creía que nadie las hubiera oído.

No le gustaban las mujeres maliciosas y ella no pensaba que lo fuera. Le encantaba la posibilidad de poder hablar con otras mujeres, en su casa y en su trabajo estaba rodeada todo el tiempo por hombres. Ésa era la otra ventaja de quedarse, poder hacer amigas.

Decidió no volver a hacer ese tipo de comentarios nunca más. Miró hacia una de las operadoras de cámara, una chica morena, que estaba intentando contener la risa mientras la miraba. Se dio cuenta de lo que había pasado, la había escuchado.

«Malditos micrófonos», se dijo.

—Señoritas, ¿pueden atenderme unos minutos? El productor, el señor Mueller, golpeó su vaso con una cucharita para atraer su atención. Tori dejó el tenedor sobre la mesa y lo miró. Igual que el resto de las participantes.

Mueller tenía el aspecto que a Tori le parecía que debían tener todos los tipos en Hollywood. Llevaba un elegante traje ligeramente brillante. Su rostro, suave y sin arrugas, debía de haber pasado por el bisturí un par de veces. Sus dientes eran grandes y blanquísimos, brillaban casi tanto como su calva.

- —Como sabéis, estáis a punto de enfrentaros a un curso intensivo que consiga que florezcáis en sociedad. Os dividiremos en grupos más pequeños y pasaréis todo el día rotando y participando en distintas clases, tal y como os quedaría claro en la información que os enviamos hace semanas.
- Sí. Tori se acordaba de todo. Había clases para aprender a hablar bien, para saber qué tenedor usar con la cena e incluso para andar correctamente.

Esas cosas no le importaban en absoluto. Lo que si esperaba con ansiedad eran las clases de gramática y lectura. Estaba deseando aprender esas cosas, además sabía que lo más seguro era que Andrew fuera el profesor elegido para tal tarea.

—Lo que no sabéis es que tenemos otros planes, planes secretos para todas vosotras. Unos que podrían conseguir que una de vosotras se convirtiera en millonaria.

Las chicas se incorporaron para poner más atención a lo que se decía.

Mueller miró a la operadora de cámara que iba de negro y después las miró a ellas.

—Hemos decidido poner mucho más en juego en este concurso de transformación. Ahora, no sólo competís para conseguir asistir a una de las fiestas más exclusivas de la alta sociedad neoyorquina, además de obtener todo un vestuario y joyas para el viaje —les dijo—. Una de vosotras puede que salga de esta mansión a final de mes con un millón de dólares en el bolsillo.

Tori se quedó con la boca abierta. Sukie soltó un tacó y Ginny aulló. El resto comenzó a hacer preguntas y a reír con nerviosismo.

Mueller les dio unos segundos para que se hicieran a la idea antes de levantar la mano para atraer de nuevo su atención.

—Sé que todas os estaréis preguntando qué tenéis que hacer para conseguir ese dinero. Lo cierto es que es muy sencillo —señaló a una pantalla que colgaba de la pared justo detrás de él.

En ella no aparecía nada de momento, pero uno de los técnicos estaba preparando algo con un ordenador al lado de la misma.

Todas esperaban a ver lo que aparecía en la pantalla. Mueller las miró de una en una, intentaba mostrarse frío y calmado cuando lo cierto era que estaba entusiasmado con la idea de decirles lo que tendrían que hacer y observar su reacción.

—Todo lo que tenéis que hacer para conseguir ese millón de dólares —dijo con una sonrisa—. Todo lo que debéis hacer es conseguir que alguien se enamore de una de vosotras.

Las chicas comenzaron a susurrar de nuevo, mientras el tipo del ordenador seguía trabajando con la imagen. En pantalla apareció el fondo de escritorio de una pantalla de ordenador.

—Puede que os parezca imposible o muy complicado, pero cuando veáis de quién se trata, puede que os deis cuenta de que no será una tarea desagradable en absoluto —añadió Mueller señalando de nuevo la pantalla.

Todas se quedaron quietas viendo cómo una imagen comenzaba a surgir en la pantalla.

Tori sintió una especie de mariposa revoloteando en su estómago. Ella no tenía poderes paranormales ni dotes adivinatorias, pero una especie de presentimiento o intuición le dijo de antemano quién iba a ser el individuo en cuestión.

—Señoritas —las llamó Mueller—. Éste es su objetivo. Para ganar el dinero, tenéis que conseguir que el hombre de la foto le diga a una de vosotras que la quiere antes de que se anuncie a la ganadora el veintidós de diciembre.

Tori cerró los ojos, no quería verlo. A su alrededor, todas las chicas comenzaron a aullar y chillar.

Finalmente, y después de respirar con profundidad, abrió poco a poco los ojos. Y vio su cara. Vio su pelo oscuro como la noche y sus ojos brillantes. Se fijó también en el hoyuelo que la sonrisa había dibujado en su mejilla.

Quería llorar, porque durante las dos semanas y media que le quedaban de concurso, todas las mujeres de esa mansión iban a competir con ella por él.

Andrew Bennett.

Capítulo 4

Para decepción de Andrew, no vio mucho a Tori durante los primeros días de grabación. Se imaginó que la culpa la tenía su apretada agenda de clases, pero también se preguntaba si estaría evitándolo de alguna manera. Se preguntaba si la inesperada atracción que sentían el uno por el otro la habría asustado en vez de intrigarla, como le había pasado a él.

Pero al menos no se había ido del concurso, tal y como quería en un principio.

La primera noche, las participantes pasaron de ser dieciséis a doce. Las cuatro concursantes menos prometedoras habían sido eliminadas y sacadas ele la mansión antes de que pudieran hablar con nadie. Andrew no había formado parte de los profesionales que eligieron a esas cuatro y había pasado momentos de tensión pensando en si Tori habría sido una de ellas, pero no.

Esa misma noche, reflexionó sobre los nombres de las cuatro eliminadas y se preguntó si una de las razones para echarlas del programa habría sido que eran las menos atractivas. Quizás estaba prejuzgando la profesionalidad del jurado, pero no podía esperar más moralidad entre esa gente que al fin y al cabo procedía de Hollywood, donde sólo importaba el físico.

A la mañana siguiente, las doce restantes fueron divididas en cuatro grupos de tres y comenzaron el riguroso proceso de entrenamiento y formación. Andrew dio una clase dedicada a explicarles la actualidad del momento y diseñada para que esas mujeres tuvieran la posibilidad de participar en conversaciones con un mínimo de conocimiento sobre lo que pasaba en el mundo en esos días. Pero Tori no había aparecido con su grupo. Ni ese día ni el anterior. Se había excusado con el pretexto de que estaba enferma, pero él lo dudaba porque no había perdido ninguna de las otras clases.

Mueller había contratado a varios profesores, como un profesor de lengua jubilado, una estilista y maquilladora y el jefe de comedor de un lujoso restaurante. Participaba también la escritora de una columna que trataba temas de etiqueta y protocolo. Tori había estado en todas sus clases. La había visto varias veces al pasar por las salas donde se impartían las materias y parecía atender con aparente interés. Pero a él lo había dejado plantado y eso lo traía de cabeza.

Y lo peor no era que no quisiera verlo cuando estaba con las otras dos compañeras de su grupo, sino que tampoco intentaba encontrarse a solas con él. El resto de las mujeres, en cambio, no hacían otra cosa que perseguirlo.

−Venga, profesor, ¿no quiere ver con más detenimiento a su alumna? −le preguntó sugerentemente Teresa.

Teresa había sido la rubia que el primer día se entretuvo bailando con el soporte de la lámpara como si estuviera en un bar de striptease. Parecía más interesada en los últimos cotilleos de los famosos que en las noticias de la actualidad mundial.

-Gracias, pero no -murmuró Andrew.

No entendía cómo había conseguido atraparlo cuando estaba solo en la galería. Parecía que siempre había una de las mujeres detrás de él, dondequiera que estuviera en ese instante. No podía esconderse, siempre lo encontraban. Sabía que era normal que los técnicos lo supieran, de hecho sabían dónde estaba cada uno a cada momento gracias a las cámaras que tenían instaladas por todas partes, pero las concursantes parecían tener un radar que les decía también dónde encontrarlo.

Siempre había tenido éxito con las mujeres cuando buscaba su compañía. Y muchas veces también cuando no estaba interesado. Durante sus años como profesor, había recibido insinuaciones de todo tipo por parte de sus alumnas. Las mujeres de la casa, en cambio, actuaban como si acabara de haber un holocausto nuclear y él fuera el último hombre sobre la faz de la tierra.

Un planeta que tenía que ser repoblado rápidamente.

- —Sabes que quieres ver mis encantos —insistió Teresa mientras le acariciaba la mejilla.
 - −No, la verdad es que no.

Ella rió mientras le deslizaba la mano por el cuello. Él se echó hacia atrás y dejó que fuera el lenguaje corporal el que le dejara claro a la joven que no tenía ningún interés en conocerla más allá de lo profesional.

Pero ella no parecía percatarse.

-Mírame porque voy a mostrarte un espectáculo por el que la mayoría de los tipos pagan cien dólares.

Andrew frunció el ceño.

- -Estoy seguro de que tu instructor de baile estará encantado de revisar tu talento para la danza antes de enseñarte algunos bailes de salón.
 - -Mira repuso ella completamente ajena a lo que Andrew le decía.

Ella estaba entre él y la única puerta de la galería. Andrew no tenía escapatoria.

Teresa empezó a tararear una rítmica canción y a bailar como si fuera una loba en celo. Andrew se imaginó que la expresión de su rostro, ojos medios cerrados y boca abierta, debía representar una especie de orgasmo. Pero a él le parecía que estaba a punto de vomitar.

- —Teresa, de verdad, tengo que irme. Y tú también. Seguro que llegas tarde a alguna clase, ¿a qué sí?
- —Espera, ¡todavía no ha empezado lo mejor! —le dijo ella mientras se acercaba a una lámpara de pie.
 - «¡Hasta aquí liemos llegado!», se dijo él.
 - −¡Oh! ¡Sí, sí, cariño! − gemía Teresa frotándose contra el pie de la lámpara.

No podía creerse que los hombres pagaran dinero por ver algo así. Empezaba a sentirse mal por los propietarios de la mansión, que la habían alquilado durante un mes a la productora de televisión. Pensó que iban a tener que llevar a alguien que desinfectara todas las lámparas antes de volver a casa.

- —¡Oh! ¡Sabes que te gusta! —seguía jadeando ella mientras bailaba una danza seudoerótica con la lámpara.
 - -Muy bonito -murmuró él.

Era obvio que ella no entendía su sarcasmo.

 – Éste es sólo el comienzo – repuso ella mientras comenzaba a desabrocharse el vestido.

-¡Eh! -exclamó él.

Empezaba a preguntarse si Mueller estaría echando algún tipo de afrodisíaco a la comida de las jóvenes.

− Lo siento, pero no estoy interesado en tu... En tu baile −añadió.

Aprovechó que tenía las manos ocupadas para esquivarla e ir hasta la puerta.

−¡Eh, profesor, espera! − gritó Teresa − . Ahora es cuando viene lo bueno.

Oyó un estruendo tras él y lamentó la pérdida de una bella lámpara. Se imaginó que la pobre se habría suicidado para librarse del aprisionamiento de los muslos de Teresa.

Se alejó por el pasillo lo más rápidamente que pudo. En cuanto estuvo a salvo de Teresa y a cierta distancia, se paró para recuperar el aliento. La mansión era enorme, pero no lo suficientemente grande como para que pudiera tener privacidad en ningún sitio. Desde el día anterior por la mañana sólo había estado a solas en su dormitorio. Aun así, cuatro mujeres habían entrado en él. Iba a tener que empezar a cerrar las puertas con llave.

-Esto es una locura -murmuró.

Todo lo era. Se suponía que estaba allí para dar clases y controlar el progreso de las jóvenes, no para tener que esconderse de un montón de mujeres en celo que parecían deseosas de tener alguna experiencia extra-académica con su profesor.

Y su frustración se veía incrementada por el hecho de que la única persona que le importaba en ese manicomio era a la única a la que no conseguía ver.

Miró el reloj, eran casi las cuatro. Consultó el horario del día y vio que el grupo de Tori estaba en ese momento en la cocina, aprendiendo a mejorar sus modales en la mesa y sus gustos culinarios.

Esperaba que aprendieran algo y no volviera a haber una pelea de comida como la del mediodía. Andrew había estado comiendo con el grupo B y había cometido el error de alabar la manera en la que una de las concursantes, Robin, estaba usando los cubiertos.

Robin había terminado con la cara llena de sopa, gracias a Ginny. Entonces comenzaron a lanzarse cosas. Incluso después de ducharse, aún le olía el pelo a tarta de limón.

«Tarta. Cocina. Tori», recordó.

No dudó ni un segundo y se giró para dirigirse hacia la cocina. Quería verla y saber de una vez por todas por qué lo había estado evitando.

Pero otra de las concursantes tenía planes distintos para él.

-iEh, profesor! -ie dijo una chica de piel bronceada saliendo del umbral de una puerta cercana.

Casi parecía que hubiera estado allí acechando y a la espera de que pasara.

−¿No deberías estar en tu clase de pronunciación y comunicación? −le preguntó Andrew sin detenerse.

Pero ella se plantó con firmeza frente a él.

-Ya se me da bien hablar -repuso ella, lamiéndose los labios-. ¿Por qué no vienes y susurro algo muy especial en tus oídos?

Él prefería acercar su oreja a una llama que a ella. Le parecía menos peligroso.

- -Mira. Simone, hasta el viernes no tengo la primera evaluación. No hace falta que me demuestres tus... Tus habilidades. Parece que todas tenéis la impresión de que ganándoos mis favores vais a conseguir salir mejor paradas y que eso os va acabar ayudando de alguna manera.
- −No es eso detrás de lo que estoy −replicó ella, colocándole una mano en el torso y pestañeando con fruición.
 - −Soy tu profesor −repuso él.
 - ─ Yo también. Puedo enseñarte unas cuantas cosas.
 - –¡Maldita sea! −exclamó él indignado . ¿Es que os habéis vuelto todas locas?

Simone le puso morritos, sin darse cuenta de que había llevado demasiado lejos las cosas y de que él se estaba hartando.

- Relájate, cariño. Deja que yo saque toda esa frustración que llevas dentro.
- −Mira −dijo él intentando estar calmado−. Estás aquí para aprender, para mejorar algunas de tus cualidades, no para echar un polvo.
 - −¿Cómo lo sabes? − contraatacó ella.

Andrew apretó los dientes, la fulminó con la mirada y siguió su camino.

Le habría gustado poder hablar con Mueller y quejarse de lo que estaba pasando, pero era demasiado tarde. El productor se había ido ya, de camino hacia su próximo gran proyecto televisivo y había dejado al director, que no era más que una marioneta, al cuidado de todo lo que pasaba allí.

Y Niles Monahan tenía tantas posibilidades de conseguir que esas doce mujeres tan calientes se comportaran bien como tenía él de que le salieran alas y pudiera huir volando de esa casa de locos.

Sacudió la cabeza y respiró profundamente. Intentó calmarse y pensar de forma racional. Llevaba un par de días sintiéndose fuera de sí.

Sabía que lo mejor sería que fuera a su dormitorio o al coche, los únicos dos sitios en los que podía encerrarse por dentro, lejos de las cámaras y las mujeres.

Pero no lo hizo, fue directamente a la cocina.

Tori había estado intentando pensar en cómo sería la mejor manera de conducir la situación desde que Burt Mueller les soltara la bomba el domingo durante el desayuno. La noticia hizo que se enojara e incluso la había hecho llorar, pero no se le ocurrió como salir del callejón sin salida en el que se encontraba.

Andrew era la apuesta y había un millón de pavos en juego. Su primer instinto había sido salir de allí. Pensó en decirle al director que había cambiado de opinión y que tenía que volver a su casa. Porque la competencia tan tonta que había ahora entre las chicas había conseguido que se sintiera fatal.

Sabía que a Andrew Bennett no le gustaría ser una especie de presa a la que todas las participantes tenían que cazar.

Estaba segura de que él estallaría en cólera cuando saliera a la luz que él era el premio. Lo sabía porque le había dicho el otro día que quería permanecer tan lejos como pudiera de las cámaras, manteniendo su vida privada y su intimidad para él mismo.

Tenía la tentación de decirle la verdad ella misma, pero había firmado un contrato y no quería meterse en un lío legal. Recordaba que había muchos términos del mismo que no había entendido, casi todo menos una cosa, si revelaba lo que sabía tendría que devolver hasta el último céntimo de todo lo que se había invertido en ella hasta el momento, incluidos el billete de avión, la comida y las clases.

Su primera idea había sido romper la promesa que le hiciera a Andrew y conseguir que la echaran, porque ese tipo le gustaba demasiado como para quedarse allí contemplando a las otras chicas intentando ligárselo. Pero lo deseaba demasiado como para irse y dejar que esas calentorras se lo comieran.

No podía negarlo, quería que fuese todo para ella. Y no por el suculento premio económico, ya que, aunque sabía que ella le gustaba, estaba segura de que un profesor guapo y rico como él nunca se postraría ante ella para declararle su amor.

No, el dinero no era lo más importante. Sino él. Todo giraba alrededor de Andrew Bennett. Le gustaban su sonrisa, su risa y su cerebro. Y eso sin contar con cómo hacía que se sintiera desde la primera vez que lo había visto. Conseguía que se sintiera hambrienta, vacía y necesitada.

Pero también muy especial.

-Especial - se repitió en voz baja sin poder evitar estremecerse.

Eso era lo que había conseguido. Sus primeras palabras hacia ella, su primera mirada habían hecho que se viera como una persona diferente. No había hecho que se sintiera como la dura de Tori, la que estaba dispuesta a darle una paliza a cualquier hombre que la mirara mal. Él hacía que se viera como una chica guapa e inteligente, con una oportunidad real de llegar a ser algo más en su vida.

No entendía por qué tenía Mueller que arruinarlo todo, cambiando un programa de cambio y mejora personal de las concursantes por una especie de caza. Pensaba que, si no hubiera cambiado las reglas del juego, estaría incluso divirtiéndose. Aunque era muy duro, lo cierto era que estaba disfrutando aprendiendo un montón de cosas de su profesor de Lengua. Estaba incluso empezando a corregir la gramática de sus propios pensamientos y se estaba esforzando mucho.

−No sé por qué tenemos que seguir aprendiendo todas estas cosas, como si es mejor tomar vino tinto o blanco con la cena, ahora que sabemos cuál es el verdadero objetivo del concurso −dijo Tiffany. Se trataba de una joven californiana rubia que tenía más pelo que cerebro y llevaba tan poca ropa como Britney Spears.

Ton le podía haber dicho que Andrew Bennett nunca se enamoraría de una mujer que no estuviera interesada en mejorar los talentos que Dios le había dado, pero prefirió mantenerse callada y que fueran las propias lobas las que se dieran cuenta por sí mismas de qué era lo que de verdad le gustaba.

Quería mantenerse al margen, pero no podía. Su mente no podía soportar competir por ese hombre para conseguir dinero, pero su cuerpo lo deseaba y mucho.

Por eso se había mantenido tan alejada de él como había podido. Al menos hasta que descubriera qué debía hacer.

−Lo que no entiendo es por qué no puedes simplemente pedir vino rosado con lo que sea que estés comiendo y ya está −comentó Sukie mientras miraba a la hilera de copas que tenía sobre la encimera de la cocina.

Tori estaba de acuerdo con Sukie, le parecía lo más cómodo.

—Porque en algunos restaurantes si pides el vino equivocado, acabarás recibiendo un servicio terrible por parte de un camarero creído que piensa que es superior a ti y más listo —dijo una voz masculina tras ellas.

Tori y las otras se giraron en dirección a la puerta, desde donde las observaba un sonriente Andrew Bennett.

Estaba guapísimo. Su oscuro pelo brillaba y su sonrisa era tan sexy, que hizo que le temblara todo el cuerpo. Quería que el suelo la tragara.

—¡Oh! —exclamó Tiffany —. Nunca había pensado en eso. A lo mejor un día de estos podemos ir a uno de esos restaurantes tan elegantes y comer algo, aunque no esté en la carta —añadió de forma sugerente.

Tori puso los ojos en blanco. Creía que no había nada peor que una rubia descerebrada intentando ligarse al hombre de otra.

«Claro que él no es mío», se dijo.

No, no lo era, aunque creía que quizás lo quisiese. Él no era más que la presa de ese concurso, con todas las féminas acechando a su alrededor.

—Estoy seguro de que tendrá todas las oportunidades que quiera de practicar sus conocimientos aquí mismo, señorita Myers —le dijo a Tiffany con voz tranquila y fría.

Ella nunca lo había oído hablar así, se parecía en nada... O mejor dicho, no se parecía en nada a cómo hablaba cuando estaban solos.

- − Profesor − lo llamó Sukie intentando reclamar su atención.
- −¿Sí, señorita Green?
- Bueno, quería decirle que llevo toda la tarde pensando en ese problemilla en Oriente Medio sobre el que se supone que tenemos que hablar mañana en clase.

A Tori le chocó que lo llamara «problemilla». Si lo que pasaba allí era un problemilla, entonces la Segunda Guerra Mundial había sido una pequeña pelea entre países.

- -¡Ah! ¿Sí? —le preguntó Andrew interesándose por lo que Sukie tenía que decir.
- —Sí. Creo que la solución está en que cambien los dos bandos de religión y todos se hagan cienciólogos.
 - −¿Para qué quieres que investiguen? −le preguntó Tiffany.

Tori no podía creerse lo que estaba oyendo. Pensó que a Tiffany debía de haberse golpeado en la cabeza al nacer.

−¡Es una religión! −repuso Sukie, indignada −. Si todos fueran de la misma religión, no tendrían por qué pelearse. Además, así John Travolta, que también es de la Iglesia de la Cienciología, podría ir y enseñarles a bailar, porque la gente que baila junta normalmente no quiere luego matarse entre ellos. Sobre todo con un bailarín tan bueno como John Travolta al frente de las clases.

Tori bajó la cabeza para ocultar su sonrisa. Le gustaba mucho Sukie, pero a veces tenía ideas de bombero.

Andrew mantuvo la seriedad a duras penas.

-Es una idea interesante, la discutiremos mañana durante la clase.

Y entonces se aclaró la garganta.

Tori no levantó la cabeza, sabía que la estaba mirando, casi podía notar sus ojos quemándole la piel, pero no podía enfrentarse a él, sabía que no podría hacerlo sin sonrojarse y ponerse nerviosa. Eso haría que él, el resto de las concursantes y todo el país por televisión se dieran cuenta de lo que sentía.

−Tori −dijo él acercándose más a ella.

Podía ver sus zapatos marrones al lado del taburete en el que estaba sentada y sintió su cadera rozándola levemente.

- «Señor, dame fuerzas», rogó.
- −He oído que estabas enferma −comentó Andrew −. ¿Te encuentras ya mejor?
 Ella asintió.
- Estoy bien.

—Genial. Entonces quizás puedas concederme unos minutos para que pueda ponerte al día de mis clases.

Levantó la vista. Andrew ni siquiera le dio la oportunidad de responder, directamente miró a la mujer que les estaba enseñando modales en la cocina.

—Estoy seguro de que no te importará si Tori sale un poco antes de tu clase. Necesito resumirle lo que hemos estado haciendo en las clases que se ha perdido antes de que sea la hora de la cena.

Tori tragó saliva, sabía que todas las otras jóvenes la estaban mirando, incluso fulminando con la mirada. La operadora de cámara morena, Jacey, también la observaba. Esos días no paraba de seguirla fuera a donde fuera.

−No me importa...

No esperó a que la profesora terminara de hablar ni a que Tori pudiera protestar o negarse, la tomó del brazo y la sacó de la cocina deprisa.

Se notaba que estaba enfadado. Enfadado con ella.

−¿Por qué me has estado evitando?

A Andrew ya no le importaba que hubiera cámaras y micrófonos por todas partes y se lo preguntó en cuanto salieron al pasillo y fueron hacia las escaleras de entrada.

- − No sé a qué te refieres.
- -¡Por supuesto que lo sabes!

Andrew aminoró la marcha al ver que ella casi había tropezado.

- −¿Por qué?
- −No he estado evitándote.
- − No he − la corrigió él en cuanto llegaron a las escaleras y empezaron a bajar.
- –¿No has qué?
- No he estado evitándote.
- Yo no he dicho que lo hicieras.

Andrew casi le gruñó, pero luego vio el brillo en sus ojos y su media sonrisa y se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo. Se le pasó parte del enfado.

- −¿Adonde vamos?
- − A algún sitio donde podemos estar solos para... Para trabajar.

Trabajo, eso era lo que iba a hacer. Sólo trabajar. Nada de besos. Nada de tirarla sobre la superficie plana más cercana y torturarla de todas las maneras sexuales posibles hasta que admitiera que había estado evitándolo y por qué. Eso era lo que quería hacer, pero no iba a hacerlo.

Un ruido detrás de ellos hizo que se giraran. Se encontraron con Jacey, que los seguía con la cámara. Andrew la fulminó con la mirada, a ella y a la audiencia que

aún no existía, pero que vería todo eso dentro de algunos meses y ya se estaba metiendo en su vida.

Pensó en llevar Tori a su dormitorio. Era el único sitio de la casa donde sabía con certeza que no había cámaras ni micrófonos. Pero se lo pensó dos veces antes de hacerlo. Le gustara o no, estaban en un programa de televisión y cada movimiento que hiciera podía ser interpretado. Si la llevaba a su habitación, la gente que viera el programa unos meses después, podría intentar averiguar qué era lo que había pasado tras la puerta de su dormitorio.

No le podía hacer eso a Tori.

−Ven por aquí −le dijo yendo hacia la derecha al llegar al descansillo de la escalera.

Al final del pasillo, después de pasar las puertas de las habitaciones, el corredor se ensanchaba para formar una salita donde había algunos sofás. Era una zona bastante aislada, desde la que se veía el gran vestíbulo de la casa. Al otro lado, una gran ventana daba al jardín, al lado de ella había dos sillones.

La condujo hasta uno de ellos y él se sentó en el otro, acercándose a ella hasta que sus rodillas casi se tocaron. Jacey todavía no había llegado a donde estaban.

-Esto no es tan privado como el invernadero, pero es lo mejor que tenemos ahora mismo.

Ella se mordió el labio.

- -En cuanto al invernadero...
- -iSi?

Ella miró hacia el otro extremo del pasillo, allí estaba ya Jacey. No podía entrar en ese rincón con ellos, era demasiado pequeño, pero los grababa desde donde estaba.

- -Nada -murmuró Tori.
- −¡Eh! Has dicho «nada» en vez de «ná», como antes.
- –¿Perdona?
- −¿Un airecillo? −preguntó él. Ella no pudo evitar reír con ganas, al ver que él le tomaba el pelo. Su risa, limpia y dulce, lo llenó por completo y consiguió relajarse, por primera vez ese día.
 - -Eres malo -replicó ella.
 - − No somos tan distintos, sólo alguien como tú puede entenderte.

Y lo decía de verdad. Se parecían mucho. Lo había sentido desde el principio, aunque a ella le pareciera extraño.

-Por cierto, lo que hice fue felicitarte por empezar a decir «nada».

Ella hizo una mueca.

—El señor Halloway es el tipo de profesor que seguro que tenía una regla en su mesa para golpear a los alumnos hace cienes de años, cuando daba clase —dijo ella—. Quiero decir hace cien años.

No pudo evitar percatarse de cómo se corregía a sí misma, no le sorprendió que estuviera aprendiendo tan rápidamente como lo hacía.

-Pero tú lo llevas bien.

Ella asintió.

−¿Y las otras clases?

Tori se encogió de hombros, parecía aburrida.

- —Supongo que si alguna vez me invita la reina Isabel a su palacio, no la escandalizaré usando la cuchara de la sopa para dar vueltas al té —repuso ella con mordacidad.
 - Entonces, ¿cuál es la verdadera razón por la que no has ido a mis clases?

Ella bajó los ojos.

- A lo mejor no creo que sea aún lo suficientemente lista como para estudiar las noticias internacionales y todo eso.
- Ayer te perdiste una interesante conversación sobre los últimos romances y divorcios de Hollywood —le aseguró él —. Y hoy fue aún mejor, todo el mundo tuvo que traer una noticia que hubiera salido ayer en las noticias de la noche. El problema fue que todas habían visto un programa del corazón.

Ella volvió mirarlo a la cara.

- −¿No te están volviendo loco?
- −Pues sí. ¿Y a ti?
- No mucho. Pero aún no hemos empezado a hacer las cosas más difíciles.

Casi le dio miedo preguntarle.

- −¿A qué te refieres?
- −A llevar elegantes vestidos de fiesta y todo eso. Lo más seguro es que me rompa un tobillo si me hacen caminar con zapatos de tacón de aguja.
- Bueno, igual que estás aprendiendo a hablar puedes conseguir andar con esos zapatos si te lo propones.

Oyó un ruido y se giró, se encontró con Jacey grabando cada instante de su conversación. Tenía una sonrisa en la boca, pero era una sonrisa amable y no de cazadora implacable, como otras veces. Parecía claro que a la operadora de cámara le gustaba Tori tanto como a él.

Aquel gesto hizo que odiara un poco menos a la operadora.

−¿Estás lista para ponerte a trabajar? −le preguntó a Tori.

Tenía que concentrarse en la conversación y olvidar que los estaban grabando.

- $-\mbox{Pero}$ no vi anoche ningún programa del corazón $-\mbox{repuso}$ ella mordiéndose el labio inferior.
 - -iNo?

Supo inmediatamente lo que habría estado haciendo en vez de ver la televisión con sus compañeras.

-Muy bien, entonces vamos a hablar de Tom Sawyer.

Capítulo 5

Jacey Turner sabía lo suficiente como para reconocer atracción cuando la había. No le resultaba tan sencillo cuando le pasaba a ella. Su novio, Digg, tuvo que decirle que tenía claro que ella se sentía atraída por él, antes incluso de que ella misma se diera cuenta. Pero se le daba bien reconocer esos sentimientos en los demás.

Y tenía claro que había algo entre el profesor Andrew Bennett y la piloto de carreras Tori Lyons.

−En serio −le dijo al director Niles Monahan −. Tori Lyons es la ganadora.

La plantilla se reunió el domingo temprano para valorar la primera semana de grabación y el estado del concurso, en el que ya sólo quedaban nueve concursantes tras las últimas eliminaciones.

El director, un hombre pálido y quejica, puso lo ojos en blanco.

- − Debes de estar de broma. Esa chica tiene un acento espantoso.
- Pero está mejorando mucho.
- —Se dejó las botas de vaquera puestas debajo del vestido de noche que tuvieron que probarse esta semana.

Jacey no le reprochaba a Tori lo que había hecho, estaba de acuerdo con ella. Fulminó a Niles con la mirada, ignorando al resto de la plantilla, que simplemente observaba la discusión. Todos estaban ya acostumbrados.

-iTe has puesto alguna vez zapatos de tacón alto? -1e preguntó ella.

Él abrió los ojos como platos e hizo un gesto condescendiente.

—Son un auténtico martirio —continuó Jacey mientras le mostraba las botas de escalada que llevaba bajo su larga falda de punto—. Yo nos los llevo, así que tengo claro que no puedo criticar a nadie por no querer llevarlos tampoco.

Niles se quedó mirándola. Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos, hasta que él la apartó. Sabía lo que estaba pensando, se preguntaba por qué tenía que aguantar a una operadora de cámara que expresaba sin trabas su opinión sobre todo, pero a la que el productor había querido mantener en todas las reuniones importantes que se produjeran.

Niles no sabía que Jacey era la hija de Burt. Y así era como a padre e hija les gustaba que siguieran siendo las cosas.

−Pues la tal Ginny está cada día más guapa con el nuevo vestuario... − comentó Spike.

Era uno de los operadores de cámara del equipo de Jacey, uno con más testosterona que cerebro.

−¿Es que acaso te has fijado en su vestuario? −repuso Jacey−. Creí que siempre te la imaginabas desnuda.

—Para mí Robin es la que tiene más potencial —aportó Bernice—. Se pinta ella misma y lo hace muy bien, desde el primer día. Si fuera una de las profesoras no podría enseñarle nada que no supiera ya.

Era la maquilladora de la productora de televisión.

Jacey pensaba que Robin se ponía demasiado maquillaje. Llevaba una capa tan espesa de polvos y potingues que parecía una máscara. Pero no comentó nada, no quería ofender a Bernice, era la única otra mujer del equipo.

—Parece que tenemos varias posibilidades —dijo Niles—. De las nueve concursantes, creo incluso que Tori Lyons no está ni entre las cinco favoritas.

Jacey estaba perdiendo la paciencia.

−¿Es que os habéis olvidado de por qué estamos aquí?

Todos se quedaron en silencio y la miraron desde sus puestos alrededor de la gran mesa del comedor.

− No se trata de quién os gusta más, sino de quién le gusta al profesor Bennett.

Y Jacey estaba convencida de que se trataba de Tori Lyons, no tenía ninguna duda en ese aspecto.

- —Bueno, yo no estoy de acuerdo, pero ahora que se han eliminado a otras tres mujeres, será más fácil ver cómo interactúa con las otras concursantes —intervino Niles. Hablaba como si fuera superior a los demás, pero de hecho tenía razón en lo que acababa de decir.
- —He empezado a comentarle la necesidad de hacer que las chicas aprendan a desenvolverse en sociedad —comentó Jacey—. Anoche hable con mi pa... Con el señor Mueller y está de acuerdo. Cree que será la mejor manera de organizarle citas sin que él sepa que lo son.

Le parecía justo que las otras concursantes tuvieran la oportunidad de estar a solas con el atractivo profesor. Porque, hasta entonces, sólo Tori había tenido esa oportunidad. Jacey creía que ella era la única de la plantilla que sabía que el profesor Bennett se escabullía cada mañana para verse con su alumna preferida.

A Jacey le gustaba levantarse temprano y correr un rato en las máquinas del gimnasio. Durante los dos últimos días, había visto a Tori saliendo de la casa en cuanto amanecía. Pocos minutos después, salía Andrew. Ambas veces lo hizo con un libro en las manos.

Había estado reflexionando sobre lo que podían estar haciendo juntos en el invernadero. Había comprobado la paciencia y la ternura con la que él la había estado ayudando a mejorar su lectura, pero creía que lo que hacían en el invernadero era algo completamente diferente, por eso había decidido no chivarse de sus escapadas.

De todas maneras, aunque lo contara, no había mucho que pudiera hacer. Porque ellos se veían en el invernadero, un lugar ideal para esos encuentros pero horroroso para un cámara de televisión. Aunque ella o cualquiera de los otros cámaras preparara el equipo para enfrentarse con una gran humedad, sabía que Tori

y Andrew Bennett detendrían su lección de lectura o fuera lo que fuera que estaban haciendo en cuanto los vieran entrar.

Así que decidió dejarlos en paz. En parte porque se sentía un poco culpable al estar participando en ese programa y en el objetivo del mismo. Después de todo, había sido idea suya. Una parte de ella se sentía mal por meter al profesor, que era una buena persona, en la situación en la que estaba y de la que no tenía conocimiento alguno. La otra parte estaba encantada con el proyecto, sabía que sería un éxito de audiencia.

Dentro de ella, sentía algo más, algo inesperado. Algo que no pensaba que le iba a ocurrir cuando comenzó el proyecto. Pero era cierto. Había defendido a Tori a capa y espada porque veía algo en la relación de ella con el profesor Bennett que le recordaba a la que ella tenía con Digg.

Jacey se había sentido fuera de lugar con el guapo y estoico bombero. Había estado en la misma situación en la que estaba entonces Tori. Así que una parte de ella quería comprobar si la piloto de carreras y el profesor universitario podrían conseguir que lo suyo funcionara. Porque si ellos eran capaces, eso le daba oxígeno a su esperanza y a su propia historia, una relación que le parecía que estaba aún en el aire. La cual, a pesar de haber hablado con él tres veces esa semana, le parecía todavía poco sólida.

Así que, cuando terminó la reunión, no se le ocurrió mostrarle al director lo que se veía desde el gran ventanal del comedor. Incluso se colocó frente a él para bloquear intencionadamente la vista con su cuerpo. No quería que nadie más viera lo que ella acababa de ver.

Se trataba de Andrew y Tori entrando en el invernadero.

De todas las actividades que llenaban sus días, su momento preferido eran las tranquilas mañanas con Andrew. No tenían la intención de hacer nada secreto o escondido y entre sus intenciones no estaba la de pasar tiempo a solas con él para intentar conquistarlo. Al contrario del resto de las habitantes de la casa.

Él se había ofrecido a echarle una mano e intentar mejorar su lectura y a ella le había parecido bien. Eso era lo único que le importaba durante el rato que pasaban en el invernadero.

Ni ella misma se lo creía. Había mucho más que un simple profesor enseñando a leer a una alumna. Tenía que reconocerse a sí misma que, con cada día que pasaba, Andrew la atraía más y más.

Estaba cambiando. Y no sólo su manera de hablar, gracias a las duras clases con el estricto profesor Halloway. Había aprendido a enunciar y pronunciar mejor todas las palabras, sin comerse sílabas. También estaba esforzándose por suavizar su pronunciado acento. A veces ni siquiera reconocía su propia voz.

Esos cambios habían provocado algo más, un cambio en cómo veía a Andrew. Porque, cada vez que lo veía, cada vez que hablaba o le comentaba algo sobre lo que había aprendido esa semana, él estaba siempre escuchando y dispuesto a halagarla.

Tenía interés en su progreso. Era como si estuviera esperando ansioso a que sucediera algo. Le habría gustado saber qué era lo que tanto esperaba que ocurriera.

Sus clases habían sido muy agradables, pero con el paso de los días, se daba cuenta que la tensión crecía entre ellos. Era lógico que tuviera esos sentimientos, era difícil concentrarse en un sitio húmedo y cálido como aquel invernadero, lleno de los embriagadores y exóticos aromas de las flores. No podía pensar en otra cosa que no fuera sentir de nuevo sus labios en la boca. Pensaba en eso y en mucho más mientras estudiaban sentados sobre la suave manta que habían llevado de la casa y que escondían en el cobertizo del invernadero cuando se iban.

Se convenció de que la manta era tentadora sólo porque los aislaba del duro y sucio suelo y no por lo bien que se sentía tumbada sobre su estómago en ella mientras leía al lado de Andrew.

Sus cuerpos no estaban a más de unos centímetros de distancia. Él estaba sentado, apoyado en las puertas del cobertizo, con sus piernas estiradas al lado de ella. La cara de ella quedaba más o menos a la altura de las caderas de Andrew, lo que le había distraído en más de una ocasión. Se moría de ganas de volver a sentarse en su regazo, como había hecho el día que se conocieron.

Intentó dejar de pensar en su musculoso y esbelto cuerpo y concentrarse en la novela que tenía frente a ella en la manta. Apoyando la cabeza en los codos, siguió leyendo del que se está convirtiendo en su libro favorito.

- −¿De verdad hay un libro sobre Huckleberry Finn que puedo leer cuando termine éste? −le preguntó después de llegar al final de un capítulo.
- −Sí. Es un poco más oscuro y trata muchos temas importantes, como los prejuicios y el odio. Pero es muy bueno. Pronto estarás lista para leerlo.
- —Si me sigues enseñando más trucos como has hecho hasta ahora, puede que estés en lo cierto.

Él no pudo evitar reír.

- -Estoy seguro de que ya te enseñaron esos trucos en el colegio.
- − A lo mejor, pero no solía atender demasiado.
- −Eso sí que me lo creo.

Ella levantó una ceja.

−¿Qué estás insinuando? ¿Que soy problemática?

Él la miró con cara inocente.

-iNo! ¿Por qué iba nadie a pensar que has sido problemática? No hay más que ver lo que hiciste el viernes pasado, cuando lideraste una huelga general, junto con tus compañeras, para que os sirvieran pizza en lugar de ternera en salsa tártara.

Ella arrugó la nariz.

—Se supone que no sé cómo actuar en sociedad, pero tengo algo más de criterio del que piensan, ¡no estaba dispuesta a comerme esa carne medio cruda que nos sirvieron!

Él la miró a los ojos y se rieron juntos.

La risa fue desapareciendo poco a puco, pero él siguió mirándola con sus oscuros ojos llenos de interés. Era una mirada cálida. Quizás estuviera confundida por la temperatura del invernadero, pero no lo creía. Estaba convencida de que todo el calor que percibía procedía del apuesto hombre que tenía frente a ella.

El momento se interrumpió de repente cuando sonó un teléfono. Andrew se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil. Era un hombre con suerte. A ella le habían quitado el suyo en cuanto llegaron a la mansión.

−¿Te importa que conteste? −le preguntó después de mirar la pantalla −. Es mi hermana.

Ella se encogió de hombros y volvió a retomar la lectura del libro mientras él hablaba. Sólo podía oírlo a él hablando, pero estaba claro que tenía mucho cariño a su hermana. Andrew se mostró dulce y simpático con ella, igual que a Tori le pasaba con su hermano pequeño Sammy. Pero poco después se puso más serio y frunció el ceño.

No sabía qué pasaba, pero estaba claro que a Andrew no le gustaba lo que estaba escuchando.

-Está bien. Jill. Lo llamaré, no te puede suspender sólo por eso. Pero no lo hagas de nuevo.

Cuando terminó de hablar, desconectó el teléfono y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

−¿Va todo bien? −le preguntó Tori.

Él suspiró descorazonado.

— Por fin ha vuelto al instituto, pero no asiste a un montón de clases. Uno de los profesores la ha amenazado con suspenderla.

Tori asintió sin dejar de mirar el libro.

— Así que vas a sacarla de ese lío, ¿verdad? A mí me parece que si es una mujer adulta debería ser capaz de resolver sus propios problemas.

Los dos se quedaron un momento en silencio, hasta que Andrew rió.

- Muy bien, está claro que se aprovechan de nosotros dos. Tanto tu hermano como la mía. A lo mejor esta vez no llamo a su profesor para solucionarle el problema.
 - −Buena idea −repuso ella.

Le gustaba comprobar que se parecían más de lo que había pensado en un principio.

—Cambiando de tema. ¿Qué es lo que has oído sobre esas salidas programadas que se supone que vamos a tener? —le preguntó él, poniéndose más serio de repente.

Ella se tensó de inmediato. Lo que él llamaba salidas, el director lo había definido como citas, claro que no podían contárselo a Andrew.

Esa situación estaba acabando con ella. Odiaba que le recordaran qué era lo que en realidad hacía allí. Ya que, durante una hora más o menos cada mañana, podía olvidarse de todo en el invernadero. Prefería no recordar que en la casa había ocho mujeres dispuestas a hacer casi todo por conseguir la atención de Andrew. Casi todo menos salir desnudas de una tarta, aunque esa idea no parecía estar muy lejos de las actuaciones de ciertas concursantes, sobre todo de Ginny y Teresa.

−Ya me lo han comentado −repuso ella.

Odiaba tener que mantener el secreto y no poder hablar sinceramente con Andrew.

−¿Te apetece?

Preferiría que le sacaran una muela antes de tener que ver cómo Andrew Bennett salía de la casa con alguna de las otras chicas colgadas del brazo. Pensaba que si llegaba a besar a una de ellas, ella le... Le... Bueno, en realidad no tenía ni idea de qué haría. Lo más seguro era que rompiera algo o le diera un puñetazo a alguien.

- -iY a ti? iTe apetece?
- —Bueno, ya sabes que quiero salir en cámara el menor tiempo posible. No quiero que me relacionen con el programa *Transfórmame*. Me encantaría estar menos implicado en las actividades. Pero la verdad es que algunas de esas salidas me apetecen especialmente.

Tori no tenía experiencia haciéndose la tonta, así que le preguntó de forma directa.

- −¿Hablas de las salidas conmigo?
- −Así es.
- −¿Por qué?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

- -Porque me dará la oportunidad de estar contigo y fuera de este sitio.
- −Sí, con varias cámaras alrededor y millones de espectadores mirándonos.
- -Los ignoraremos.

Tori pensaba que iba a ser imposible.

− Me muero de ganas de bailar contigo − confesó Andrew.

Ella abrió la boca atónita.

- −¿Bailar?
- —Sí, una de las salidas es para asistir a un baile navideño en un importante y selecto club social.

Tori gimió disgustada y apretó los ojos.

- −No sé bailar.
- -Claro que sabes.

- −No −repuso ella abriendo finalmente los ojos−. El profesor de baile está harto de mí, cree que no tengo remedio.
- Pero puedes mover tus manos y pies mientras conduces un coche a velocidad de vértigo, tienes una perfecta coordinación. No eres patosa.
 - Bueno, es que eso es algo natural.
 - −Y también lo es bailar. Sobre todo si tienes el compañero adecuado.
 - −¿Hablas de ti?

Andrew asintió.

- −Te pisaré los pies.
- —Seguro que no pesas mucho —repuso él con una sonrisa juvenil que no hizo que Tori se sintiera mejor.
 - Pareceré estúpida.

Él alargó la mano y le apartó el cabello de la cara, dejando la mano unos segundos en su mejilla.

- Parecerás preciosa.

Tragando saliva, consiguió hablar de nuevo, esa vez en un susurro.

—No sabré qué hacer. Lo único que sé bailar es la típica danza folclórica del oeste. Eso o los lentos, que todos sabemos que no es más que una excusa para besarse. La chica rodea al chico con los brazos, él le agarra el trasero y se quedan de pie besándose y frotándose al ritmo de la música.

En vez de llevarle la contraria de nuevo, Andrew se puso de pie y le ofreció la mano. Tori la aceptó y dejó que él tirara de ella. No sabía si lo que quería era doblar la manta para irse o algo distinto. Pero entonces Andrew la atrajo entre sus brazos.

- −¿Qué estás...
- Baila conmigo susurró él abrazándola.

No pudo ni siquiera protestar. Estaba de nuevo cerca de Andrew, donde llevaba días soñando con estar. Era maravilloso. Era tan cálido el ambiente en el invernadero que los dos vestían esas mañanas de una manera más ligera. Tori llevaba puesto una estrecha camiseta y unos vaqueros. El llevaba un polo. Nunca había pensado que sus brazos pudieran ser zonas erógenas, pero al sentir la caricia de sus brazos contra los de Andrew, tuvo que replantearse esa creencia.

-Pero no hay música -repuso ella.

Aunque lo cierto era que no le importaba.

−Claro que sí −dijo él.

Entrelazaron sus dedos y Andrew colocó su otra mano en la parte baja de su espalda, atrayéndola aún más cerca. Ella no pudo reprimir un gemido.

Tori pensó que aquello era mejor que como bailaban las parejas en las zonas oscuras de los bares de su pueblo. Estaban igual de cerca pero la posición hacía que

pareciese todo más apropiado. Se sentía muy cerca de él y, a la vez, podría estar así en público con Andrew sin que pareciese nada inadecuado.

- -Andrew...
- -Calla. Cierra los ojos y déjate llevar.

Hizo lo que le decía y se concentró en la calidez de las manos de Andrew, la presión de su torso contra sus pezones, que se habían endurecido ante el contacto.

Tori, que no tenía mucho pecho, se había acostumbrado a no llevar sujetador y estaba siendo una dulce e insoportable tortura sentir tan cerca el torso de Andrew.

No pudo evitar suspirar y dejarse llevar entre sus brazos, bailando al ritmo de una música que no oía. Al menos no al principio, porque luego, poco a poco, creyó poder distinguir algunos compases. Era seguramente el sibilante sonido del ventilador sobre sus cabezas y las hojas de las palmeras moviéndose. Sus fuertes latidos formaban un rítmico sonido que se sumaba a la sensación melódica.

−Sí que hay música −le dijo ella después de un momento.

Bailaba con los ojos cerrados. Descansó su mejilla en el hombro de Andrew.

Sus piernas se rozaban de vez en cuando y su caderas se movían a la vez en el movimiento más íntimo que dos personas, completamente vestidas, podían tener. Pero ella no quería estar vestida. Le habría gustado estar como estaban en ese instante, pero tumbados sobre la manta y sin ropa que los separara.

Él dejo de moverse de repente. Tori abrió los ojos y se encontró con la cálida piel de su cuello muy cerca de ella. Tenía que probar esa piel. Se puso de puntillas y lo besó en un vulnerable punto justo bajo su oreja.

Él suspiró, pero no se apartó de ella, lo que hizo que se aventurara a seguir explorando con su boca. Continuó besándolo cuello abajo, hacia el hombro y después hacia la garganta.

- -Tori... gimió él.
- Bésame, por favor suplicó ella.

Y él así lo hizo. Le levantó la barbilla con los dedos y la besó con lentitud. Era un beso húmedo y hambriento. Ella no pudo sino gemir también cuando el comenzó a lamerle la lengua con una increíble precisión. Lo hacía de una manera tan lenta y deliberada, que ella se sintió valorada, como alguno de los preciados vinos que habían estado catando esa semana.

Entonces él comenzó a moverse de nuevo. A bailar de nuevo. Deslizó su firme cuerpo contra el de Tori mientras dirigía las manos a su cadera. Ella no protestó cuando dejó que subieran por debajo de su camiseta. Después tiró de ella y se la quitó del todo, tirándola al suelo. Tori ya no fue capaz de pensar cuando sintió cómo sus grandes y sensuales manos se deslizaban hasta el borde inferior de su pecho.

Él se separó finalmente, lo mínimo para poder mirarla, con sus ojos oscuros llenos de deseo.

-Eres preciosa.

Ella no contestó con palabras. Simplemente, agarró su camisa y se la quitó.

−Tú también −le dijo después.

Entonces sus bocas se encontraron de nuevo y volvieron a bailar. Pero entonces podían sentir su piel en contacto, hasta el punto de aumentar el deseo que Tori sentía hasta límites insospechados. El calor y la humedad humedecieron sus cuerpos, reduciendo la fricción y haciendo que fueran más conscientes del contacto.

- -¿Ves? Bailar no es tan complicado como creías -le dijo él.
- −¿No crees que alguien se daría cuenta si bailamos desnudos en la fiesta de la que me hablabas? –le preguntó ella suspirando.

Él no pudo evitar reír, pero sus manos estaban ocupadas, jugando y acariciando sus pechos, pellizcando sus pezones mientras seguían con su sensual baile. Tori contuvo el aliento mientras él se inclinaba para saborear su cuello, a la altura de sus clavículas.

Cuando él se puso de rodillas frente a ella, Tori no pudo evitar balancearse hacia él. Casi perdió el equilibrio, pero él la agarró con fuerza por los muslos. Le besó el estómago y siguió subiendo lentamente, hasta que ella no pudo esperar más. Ni ella ni sus pezones, que llenos de deseo, clamaban atención.

- Andrew - gimió ella inclinándose sobre él.

Prácticamente le suplicaba con su gesto que le diera lo que tanto ansiaba.

Por fin, él se apiadó de ella y no la hizo esperar más, cubriendo con sus labios los duros pezones y haciéndola gritar casi de inmediato. Tuvo que agarrarse a los hombros desnudos de Andrew para no caerse. Las piernas casi no la sujetaban. Sintió un millón de sensaciones recorriendo su cuerpo. Casi no reconocía lo que estaba pasando, nunca había sentido algo tan fuerte.

Se moría por él, no había otra palabra. Cada caricia de su lengua hacía que una corriente eléctrica la atravesara, concentrándose toda la intensidad entre sus piernas, hasta llegar a ser insoportable. Cuando él apartó la boca, ella cayó también de rodillas, casi inmediatamente. Quedó frente a él sobre la manta. Sus labios se unieron de nuevo, con más hambre que nunca y ella alargó las manos para desabrochar su cinturón.

Él dijo algo y se apartó. Ella tardó un segundo en darse cuenta de lo que había dicho.

- Tori, no...
- −Pero lo deseo −susurró ella mientras le besaba el cuello.
- -Yo también.

Ella fue de nuevo a por el cinturón.

−Pero ahora no −le dijo Andrew.

Tori se quedó helada.

No entiendo.

Él cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si estuviera intentando recuperar el sentido común.

- −¡Dios mío! Si supieras lo duro que es todo esto para mí.
- -Creo que me doy cuenta -insistió ella mientras lo miraba directamente a la entrepierna.

Él rió, pero fue una risa amarga.

−No estás lista para esto −le dijo finalmente.

Pero ella sabía que lo estaba.

—¿Quieres apostar? —repuso ella mientras le tomaba la mano y la colocaba sobre su propia entrepierna.

En un lugar de sus pantalones donde la tela estaba húmeda y caliente.

Él se estremeció y la agarró con fuerza, cerrando los ojos y sin poder evitar gemir. Tori también tembló y su cuerpo se arqueó sobre la mano de Andrew. Estaba desesperada por sentirla sobre su piel desnuda, aunque también estaba disfrutando con la anticipación y la fricción que le producían la tela de los vaqueros.

−¿Alguna pregunta más? − preguntó ella.

Sin esperar una respuesta, deslizó los dedos en el pelo de Andrew y lo atrajo hacia así para besarlo de nuevo. Sabía que no iba a poder utilizar como coartada que ella en realidad no lo deseaba cuando su cuerpo manifestaba lo contrario.

Pero él se apartó de nuevo y también retiró la mano, para desconsuelo de Tori.

- No podemos.
- −¡No! −gimió ella −. ¿Cómo podría estar más lista de lo que estoy?
- Muy bien, soy yo el que no está preparado.

Esa vez, ella dirigió su mano hacia la entrepierna de Andrew.

-Tengo noticias para ti. Lo que estoy tocando me dice que estás más que preparado -murmuró temblorosa.

Andrew apretó la mandíbula y se le aceleró el pulso, pero cuando ella se inclinó para besarlo sin dejar de acariciarlo con la mano, él apartó la cara.

− No, no podemos dejar que ocurra. Tori. Ahora no.

Ya lo había visto con esa mirada antes. La miraba con reserva y firmeza. Era muy distinto al Andrew que la acompañaba siempre. Se dio cuenta por fin de que hablaba en serio.

Se sintió decepcionada y se dejó caer para sentarse sobre sus piernas. Se sentía herida, incluso enfadada.

−¿Sabes qué? − preguntó ella −. Hay un nombre muy feo para las mujeres que hacen lo que tú acabas de hacer conmigo.

Él la miró sorprendido.

- –¿Me estás llamando calienta…?
- Así es.

Él también se sentó mientras se pasaba la mano por el pelo. Después miró hacia arriba, como buscando una respuesta. Cuando la miró de nuevo, su cara le dejó claro que no estaba ni mucho menos calmado.

—No pretendía hacerlo. Esto se ha nos ha ido de las manos —le dijo suspirando—. Si te sirve de consuelo, yo también estoy sufriendo. Te deseo tanto, que voy a tener que darme una ducha fría en cuanto salga de aquí. Todo para intentar recobrar el control.

Pero su confesión no la ayudó.

—Bueno, pues por si acaso no lo sabías, señor profesor, las duchas frías no nos ayudan a las mujeres —dijo mientras tomaba su camiseta para ponérsela—. Y no soy de las que me gusta valerme por mí misma en este tipo de situaciones. Aunque lo fuera, no podría hacerlo con cámaras por todas partes, ni siquiera tengo intimidad en mi dormitorio. Así que voy a pasarme las dos próximas semanas con ganas de satisfacer mi deseo y sin ser capaz de hacerlo —añadió sin pensar en lo que estaba diciendo.

Se paró de pronto. El corazón le latía con fuerza y se sentía acalorada. Se dio cuenta de lo que acababa de confesar y se quedó parada. Nunca había hablado así con nadie y menos con un hombre. Y casi nunca había hecho lo que había dicho, casi nunca se había tocado a sí misma.

Cerró los ojos, avergonzada, y esperó a que se le pasara.

Le habría gustado que él saliera de allí sin despedirse. Quería abrir los ojos y que ya no estuviera frente a ella.

Pero no oyó la puerta del invernadero. Sólo oía el repicar de su corazón y su respiración mientras intentaba calmarse.

- Bueno − dijo él finalmente − . No podemos dejar que eso ocurra, ¿verdad?

Andrew había deseado a Tori desde que la vio por primera vez. Después de esa primera impresión y si no hubiera estado rodeado de cámaras, tal vez se hubiera decidido a tener con ella algo simplemente físico. Pero ahora se sentía cada vez más atraído por Tori. Le interesaba más de lo que lo había hecho nadie en mucho tiempo. Esos sentimientos lo alarmaban, pero no podía evitarlo.

No podía evitar pensar en cuando estuvo comprometido y cómo ella había cambiado de ser una chica normal que quería simplemente casarse y formar una familia a querer convertirse en actriz de la noche a la mañana. Eso la había llevado hasta Hollywood, donde se había casado con el primer millonario que conoció.

No podía decir que ella le hubiera roto el corazón, pero sí que se lo había dañado. Y eso le recordaba lo que estaba pasando entonces con Tori, porque ahora se daba cuenta de que ella le importaba mucho, más de lo que nunca le había importado nadie.

Así que no podía dejarse llevar por su deseo. No hasta que ella descubriera qué era lo que quería hacer y adonde iba. No hasta que supiera qué era lo que esperaba de él. Tenía que esperar hasta que estuviera lista para él, en todos los sentidos.

A lo mejor ella ya estaba lista de una manera física. Eso se lo había dejado claro. Le bastaba recordar lo húmeda y caliente que la había sentido en su mano para que su cuerpo se estremeciera.

Pero en otros sentidos, aún no estaba lista.

Él no podía convertirse en su amante hasta que pudiera asumir todos los cambios que estaban ocurriendo en su vida. Tori aún no había aceptado todo lo que estaba ocurriendo en ese sitio. Tenía que darse cuenta de que estaba haciendo algo más que competir simplemente por un nuevo vestuario y unas caras joyas. Lo que podía llegar a conseguir era un nuevo futuro, nada más y nada menos.

Con cada nuevo conocimiento que iba asumiendo, gracias a su ansia de saber, caminaría hacia nuevas experiencias, hasta llegar a un punto de no retorno. Entonces entendería que no podía volver a su vicia de antes, no del todo. Y pensaba que no sólo no podría volver, sino que tampoco lo desearía.

No tenía ni idea de qué sería lo que querría después, quizás pudiera ser que soñase también con ir a Hollywood y casarse con un cirujano plástico.

Así que, de momento, creía que lo más prudente era mantener cierta distancia entre ellos. Al menos hasta que ella se diera cuenta de que quería tenerlo como amante y no sólo para tener con él una fugaz y rápida aventura sexual. Tenía que descubrir qué era lo que esperaba del mundo, algo distinto a lo que tenía en su pequeño pueblo, donde no podía ni leer un libro en paz.

Cuando ella llegara a ese punto, esperaba estar a su lado para ayudarla a decidir. Y entonces sí que se dejaría llevar por el deseo que lo había inundado desde que la viera por primera vez. Cuando ella estuviera lista, lista de verdad, le haría el amor sin descanso, hasta que los dos cayeran exhaustos y satisfechos.

Pero no podía tomarla en ese instante, no podía enterrarse en su cuerpo y no pensar en nada, tenía que esperar a que Tori descubriera qué quería hacer con su vida, algo que quizás cambiara en pocos días. Pero pensó que sí que podía, no obstante, darle algo de placer y alivio, aunque sólo fuera una medida temporal.

- Andrew... le dijo ella confusa.
- −Shh... −repuso él respirando profundamente y sin dejar de mirarla.

Tenía que calmarse antes de hacer nada. No podía tocarla hasta que se sintiera en control de la situación. Así que simplemente la miró y esperó.

Ella era preciosa. Su cuerpo estaba húmedo y brillante por el calor del ambiente y por la pasión que se había despertado entre ellos. Estaba sentada a sólo unos centímetros de él, llevando puestos los vaqueros y nada más. Parecía una diosa pagana, con su largo y ondulado cabello cubriendo sólo uno de sus pechos. El otro estaba completamente desnudo y notó cómo se le secaba la boca al recordar el sabor de su piel y los gemidos que habían salido de su boca cuando él empezó a mordisquearle los pezones.

Se recordó que a él le bastaría la ayuda de su propia mano y una ducha fría más adelante. Ahora era el momento de satisfacer a Tori. Se acercó más a ella.

− No voy a acostarme contigo ahora.

Ella abrió la boca para protestar, pero él la cubrió con su mano para hacerla callar. Le dedicó su más picara sonrisa antes de hablar.

-Pero puedo hacerte un montón de cosas para que puedas pensar en ellas hasta que llegue ese día.

Vio el brillo en los ojos de Tori, mientras se humedecía los labios. Andrew no necesitaba otra invitación que ese sensual gesto. La besó con hambre, con un apetito casi salvaje. Quería devorarla.

−Túmbate −le ordenó.

Ella lo hizo al instante.

Andrew la besó de nuevo, haciéndole el amor a su boca, introduciendo con fuerza su lengua mientras sus manos comenzaban a acariciarla. Tomó uno de sus pechos en la mano y jugueteó con el pezón hasta que ella comenzó a gemir.

−Por favor...

No tenía que pedírselo dos veces. Él comenzó a besar todo su cuerpo, deslizándose más y más abajo, hasta cubrir su pecho con la boca y chuparlo con frenesí. Mientras lo hacía, llevo su otra mano entre las piernas de Tori.

Ella presionó su cuerpo contra esa mano, gimiendo de nuevo.

−Tócame, tócame −empezó ella a murmurar −. Más cerca, por favor.

Él había pensado que siguieran con la ropa puesta, pero cambió de opinión. Sus propios pantalones sería lo único que hubiera entre los dos. No podía resistir la tentación.

Al ver que no reaccionaba, ella misma se desabrochó los pantalones, bajándoselos hasta media cadera.

Andrew siguió saboreando su piel y bajando por su anatomía. Besándola y mordisqueándola hasta que llegó al borde de sus pequeñas braguitas.

− Levanta − le dijo él para que elevara las caderas.

Ella lo hizo y Andrew tiró de sus vaqueros hasta quitárselos. Después la desnudó por completo con un único y diestro movimiento. Se paró un instante para contemplar la belleza de su más íntima feminidad.

Su cuerpo era esbelto y suave, su piel era perfecta y tersa. Tenía una pequeña marca de nacimiento en la cadera. Él la acarició. Quería saborear esa parte de su piel y el resto de su cuerpo.

Ella se arqueó hacia él, levantándose. Sabía lo que iba a ocurrir y lo deseaba.

Él, gimiendo inevitablemente, se echó sobre ella, saboreando su piel caliente y dejando que el dulce aroma de su cuerpo lo embriagara por completo. Estaba tan fuera de sí, que pronto no fue siquiera capaz de seguir escuchando sus gemidos. Tori

se sacudió, encontrando su propio ritmo, el que él siguió con su lengua. Y también con sus dedos que, sin poder resistir, hundió dentro de ella.

Lo inundaban cientos de sensaciones. Era maravilloso. Ella era absolutamente maravillosa. La sentía húmeda, suave y acogedora alrededor de sus dedos y bajo su boca.

Tuvo la tentación de bajarse los pantalones y penetrarla. Quería perderse dentro de ella. Estaba a punto de perder la cabeza. Y, mucho peor aún, a punto de perder el control.

Tori sí que estaba completamente perdida. Sus gemidos de placer atravesaron la neblina de lujuria que inundaba su cerebro, haciendo que recuperara la fuerza para seguir dándole placer sólo con su boca y las manos.

- −Sí, Andrew. ¡Sí! − gritó ella con voz temblorosa.
- —Déjate llevar, déjate llevar, Tori —la animó él mientras aumentaba el ritmo de las caricias. Quería llevarla más allá del abismo y hacerlo pronto, antes de que le venciera la tentación y quisiera acompañarla en su climax.

Segundos después, y de manera perfecta, ella lo consiguió.

Capítulo 6

Después de lo que había pasado en el invernadero esa mañana, Andrew decidió que no debía estar nunca más a solas con ella. No se fiaba de sí mismo. A no ser que hubiera una cámara cerca. Sabía que, si volvían a estar juntos sin testigos, nada podría detenerlo. No hasta que los dos alcanzaran la cima del placer, el mismo que él le había podido dar a Tori el domingo por la mañana. Había perdido por completo el poco control que le quedaba y que había impedido que le hiciera el amor ese día.

Así que había llegado el momento de dejar de tener lecciones conjuntas de lectura en el invernadero.

Tori pareció entenderlo sin que él tuviera que explicarle nada. Desde esa mañana, ella se había mostrado tranquila y callada con él. Era como si estuviera esperando a que él decidiera lo que quería. No tenía mucho que decidir. Tenía claro que la deseaba. La deseaba de cualquier manera que pudiera tenerla. A ser posible, de todas las maneras.

Pero se recordó que tenía que esperar. Aunque en ese momento no recordaba por qué su cerebro le había ganado la batalla a su cuerpo el domingo por la mañana, cuando había sido evidente que ella lo deseaba tanto.

Y entonces se acordó. Ella estaba cambiando, creciendo. Como la mariposa que emerge del gusano de seda.

Aún tenía acento, pero lo había suavizado mucho. Le seguían brillando los ojos, pero no era tan respondona como antes. Llevaba la misma ropa, pero lo hacía con más estilo, porque ahora andaba con la cabeza muy alta y la espalda derecha.

Parecía más segura de sí misma. Preciosa y completamente irresistible.

Le había fascinado también descubrir que tenía una gran memoria. Ahora debatía cada día con ella en su clase sobre noticias de la actualidad y ella siempre recordaba con precisión los nombres, fechas y detalles. Las otras mujeres del grupo simplemente observaban con la boca abierta mientras él y ella discutían sobre todos los temas propuestos.

Estaba claro que estaba transformándose poco a poco en la mujer que quería ser. Una nueva mujer a la que quizás ni siquiera le interesaba estar con él. Así que él siguió esperando, echando de menos el tiempo que solían pasar juntos y dándose cuenta de que no había suficientes duchas frías en el mundo para calmar su estado.

La tensión sexual estaba acabando con él. Bastaba con que ella entrara en la habitación con sus ajustados vaqueros para que él reaccionara al estímulo. Ahora siempre mantenía libros o un periódico sobre su regazo cuando sabía que iba a verla. Sólo esperaba que ninguna anciana conservadora se diera cuenta al ver las imágenes de televisión y presentara una queja por indecencia.

—Tengo que dejar de pensar con la entrepierna —se dijo en su habitación el jueves por la mañana —. La mente tiene que estar por encima del cuerpo.

Le estaba costando más que de costumbre seguir esa sencilla filosofía. Sus emociones estaban pudiendo con su cerebro. Tori era la razón por la que su libido estaba más activa que de costumbre, pero también era el único placer que tenía en esa casa de locos. La deseaba, pero también le gustaba de verdad. Le encantaba pasar tiempo con ella.

No habían dejado de tener juntos lecciones de lectura, pero ahora las hacían dentro de la casa. Cada día se sentaban durante una hora en el recibidor de arriba.

Las otras chicas habían descubierto pronto que le daba clases particulares a Tori. Por alguna razón que no entendía, eso les había molestado mucho. De repente, Ginny le pidió que la ayudara con la Geografía y Robin con Historia. Sabía que pronto llegaría Teresa para pedirle algo más. Estaba comenzando a cansarse de que lo persiguieran tanto. Le gustaban las mujeres, pero prefería elegirlas personalmente y no que lo siguieran a todas horas.

Se hacían las encontradizas. Tan pronto se tropezaba con una vestida con un breve camisón como otra intentaba convencerlo para que arreglara algo que se había roto en su cuarto. Pero estaba decidido a no dejar que ninguna lo engañara para estar a solas con ella.

Pasaba todo su tiempo libre encerrado en su habitación, como en ese instante. Pero alguien llamó a la puerta mientras contemplaba el jardín nevado desde la ventana.

−¿Andrew? Soy yo, Tori.

Su voz atrajo de inmediato su atención. Abrió la puerta y la miró de arriba abajo. Había empezado a vestirse de manera distinta, probablemente por influencia del programa. Le gustaba la blusa rosa que llevaba, realzaba sus curvas, igual que sus pantalones beige. Pero la picardía de sus ojos no había cambiado. Gracias a Dios seguía inalterable.

-Necesito tu ayuda, ¿puedo entrar?

Quería entrar en su dormitorio, donde no había cámaras, donde había una cama y donde estaba él con la misma erección que no le había abandonado durante los últimos cuatro días.

No, no debía entrar. Pero su cerebro perdió la batalla.

−Claro −le dijo echándose a un lado.

Tori podía haber pensado en mil excusas para ver a Andrew esa semana, pero no lo había hecho. Él le había dejado claro que necesitaba espacio, que necesitaba aclarar algunas cosas antes de ir más lejos. Ella tenía que respetar sus deseos, a pesar de que se moría de ganas de repetir algunas de las cosas que habían hecho el domingo. Pero ese día necesitaba de verdad su ayuda.

- —Estoy preocupada por Luther —le dijo al entrar mientras miraba la habitación con curiosidad.
 - −¿Tu hermano?

—No podemos hablar con nadie de afuera, pero después de que te viera usar el móvil el domingo, he pensado que tú no tienes por qué seguir esas mismas reglas.

Andrew se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta. Estaba de lo más sexy. Aún no se había afeitado y llevaba vaqueros. Le sentaban de maravilla, igual que la camiseta, que acentuaba los músculos de sus brazos y torso.

Pero fueron sus pies los que hicieron que comenzaran a temblarle las piernas, estaba descalzo. Desde su despeinado pelo hasta los pies era una tentación viviente.

- −¿Quieres que te deje el teléfono?
- -No, no quiero hacer trampas. Pero pensaba que a lo mejor tú puedes llamar por mí.
 - −¿Y qué quieres que diga?
- -No tienes que decir ná, nada. Llama y pregunta por Luther. Sólo quiero saber si está allí. Si te dicen que está en el hospital o en la funeraria, eso me dará la respuesta que necesito.

Intentaba parecer calmada, pero se notaba que estaba preocupada. Él le puso una mano en el hombro.

- -Estoy seguro de que está bien. Pensé que habíamos hecho un pacto y no íbamos a interferir en la vida de nuestros hermanos. Necesitan crecer y aprender por sí mismos.
 - − No estoy interfiriendo. Sólo tengo curiosidad, eso es todo.

Sentía su piel quemándola donde él la había tocado. Se imaginó que tendría allí una marca que toda la audiencia televisiva podría ver.

-Me sentiría mejor si pudiera saber que está bien. Pero no quiero hacer trampas - repitió ella nerviosa.

Andrew se quedó callado mirándola. Tori se mordía el labio frente a él.

- Crees que hay cámaras en este dormitorio, ¿verdad?
- −Claro −repuso ella, poniendo los ojos en blanco.
- —No hay nada. Fue parte del trato para quedarme. Por eso no hay cuadros en las paredes. Han quitado todas las cámaras. Aun así, siempre echo un vistazo alrededor cada vez que entro. Sé cómo descubrir cámaras ocultas.

Los dos miraron hacia la puerta. La puerta cerrada. La tensión en el dormitorio se elevó a límites insospechados. Tori inhaló con dificultad al darse cuenta de lo que eso implicaba. Tenían completa intimidad allí. Podría desnudarse en ese instante y nadie lo sabría.

- -Pero eso no quiere decir que... -dijo él como si pudiera adivinar su pensamiento.
- −Sí, sí. Lo sé −repuso ella−. Además, he venido aquí para saber de mi hermano. Pero, si no hay cámaras, entonces puedo usar yo misma el teléfono.

- −No. Pero si me das su número, llamaré para ver si se pone. ¿Conseguirá eso satisfacer tu preocupación?
- −¿Satisfacerme? −repitió ella mientras anotaba el número en un papel−. Tú deberías saber mejor que nadie que es lo que me satisface. Andrew cerró los ojos. Tori se imaginó que estaba contando hasta diez. Se arrepintió de haber flirteado con él.
- —Si eso es todo lo que se necesita, me lo voy a pasar muy bien satisfaciéndote una y otra vez, hasta que no recuerdes ni tu nombre.

Tori tragó saliva. No había esperado una respuesta como ésa.

- -Pero no será ahora añadió él con una sonrisa.
- −Ya. Vas a seguir sin terminar lo que empezaste el domingo por la mañana. La misma historia de siempre...
 - −¿Vuelves a llamarme calienta...?

Ella se encogió de hombros como respuesta.

-Porque, si no recuerdo mal, tú fuiste la única que saliste algo aliviada del invernadero.

Tori se sonrojó y lo maldijo por decirlo en voz alta. Ya era bastante vergonzoso que él la hubiera visto completamente desnuda sin haber conseguido verlo a él. Claro que eso tenía fácil remedio.

- − No, no − dijo él al ver cómo Tori se le acercaba.
- −¡Eh! A lo mejor sólo quería tu teléfono.
- −O a lo mejor querías desabrocharme el cinturón.
- − A lo mejor un hombre normal desearía que lo hiciera.

A Andrew le brillaron los ojos un instante y le sonrió con más intensidad aún. Sabía que estaba intentando controlarse y lo respetaba por eso. Era el primer hombre de su vida que conseguía mantener sus emociones a un lado.

-No dudes nunca de que soy un hombre normal, Tori -le advirtió él-. Te he imaginado desnuda y abierta a mí durante cada minuto de la última semana.

A Tori le dio un vuelco el estómago.

−Veo tu cara cuando cierro los ojos por la noche y sueño con penetrar en tu cuerpo, haciéndote el amor hasta que grites fuera de control −añadió, acercándose más a ella y levantándole la barbilla con un dedo para obtener toda su atención −. Quiero devorarte de nuevo.

A Tori le temblaban las rodillas.

-Nunca he probado nada tan dulce y húmedo como tu cuerpo y sigo con hambre -susurró-. Y quiero también sentir tu boca en mi cuerpo. Quiero hacer contigo todas las cosas que te puedas imaginar y alguna más.

Ella respiró temblorosa y giró su cabeza hasta poder besar la palma de su mano. Lo lamió ligeramente, sólo quería saborearlo. Él deslizó la mano hasta su pelo y tiró de su cabeza hacia atrás.

–Oh, Tori... −murmuró.

Parecía no tener control sobre sus acciones. La besó con una pasión y un deseo indescriptibles.

Cuando se separó, ella siguió un momento con los ojos cerrados, intentando recobrar la compostura y volver al mundo real. Finalmente, cuando pudo pensar de nuevo, consiguió hablar.

−¿Cuándo? −le preguntó.

Él vaciló un segundo, pero enseguida supo de lo que hablaba.

- —Cuando puedas decirme tú misma que entiendes por qué he querido esperar. Después se giró y salió de su habitación dejándola sola allí.
 - −¿Está listo, profesor?

Andrew esperaba frente a la puerta de entrada, preparado para acompañar a otra joven en una de esas excursiones y actividades que venían organizando desde hacía un tiempo.

Esa noche iba a llevar a Tiffany, Sukie y Robin a ver un ballet. De momento, no había tenido ningún encuentro a solas con ninguna chica. Y eso le agradaba. Al menos hasta el domingo por la noche, cuando se suponía que iba a llevar a Tori al baile de un conocido club social de la zona. Si las otras dos chicas se ponían enfermas de repente, no se quejaría si después de todo tenía que ir a solas con ella. Porque, a pesar de que lo pasaba mal controlándose cuando estaban a solas, le agradaba demasiado su compañía como para no querer pasar tiempo con ella. La echaba de menos.

El día anterior y ese día, Tori había faltado a sus clases particulares de lectura. No le había sorprendido, después de lo que pasó el jueves en su dormitorio. Sólo había hablado un momento a solas con ella desde entonces y había sido para hablarle de su llamada a Luther.

Tori había parecido aliviada cuando le dijo que su hermano no había parecido drogado, dolorido ni deprimido. Claro que tampoco había hablado con él mucho. Simplemente preguntó por él y después intentó convencerle para que se suscribiera a una revista femenina. Luther colgó tan rápidamente que apenas pudo hablar.

- −¿Profesor?
- —Sí, estoy listo —dijo mientras se volvía para observar cómo bajaban las tres mujeres.

Todas iban vestidas de forma apropiada, gracias a Evelyn, quien las instruía sobre vestuario, maquillaje y peluquería. Pero la ropa no hacía que pareciesen lo que no eran. Temía la velada que pasaría con esas chicas. Creía que lo mejor que podía pasar era que no acabaran en la cárcel.

− Así que el ballet que vamos a ver se llama *El Cascanueces, ¿*no? −le preguntó Tiffany.

Andrew asintió, temiendo lo que le esperaba. Odiaba esas salidas, pero no tenía otra opción. Al parecer, todos los profesores tenían que hacerlo, acompañarlas a algún sitio. Desde el día anterior, sólo quedaban seis chicas.

El resto de los profesores y él parecían estar de acuerdo en qué chicas estaban transformándose mejor y más rápidamente. Todas las chicas a las que Andrew había dado más puntuación habían pasado a la siguiente ronda. Ahora cada vez iban eliminándolas más deprisa. El lunes siguiente sólo quedarían cuatro y el miércoles anunciarían a las dos finalistas. Su comportamiento durante esas salidas y su conducta durante las clases diarias determinaban quién ganaría ese concurso.

Él no tenía ninguna duda sobre quién sería la ganadora. Tori estaba prosperando y desarrollándose de maravilla, llena de energía y entusiasmo. Hablaba ya muy bien y sus modales habían mejorado una barbaridad. Era la que más había cambiado en las últimas dos semanas.

Tenía que ser imparcial y reconocer que Robin también había mejorado mucho. Y Sukie se había esforzado bastante. Del resto no tenía mucho que decir.

Había tenido la mala suerte de que le tocara ir al ballet. Habría preferido llevarlas a un club social o a un baile, a un sitio donde ellas hubieran estado entretenidas con otros hombres, para variar. Porque estaba cansándose de toda la atención que recibía.

- −¿Andrew? La obra que vamos a ver se llama *El Cascanueces*, ¿no? −insistió Tiffany.
 - −Así es.
 - $-\lambda$ Y es una historia sobre la Navidad? —le preguntó Sukie.

Esa vez fue Robin la que contestó.

- −¿Es que nunca habíais oído hablar de *El Cascanueces*?
- −¿Es de acción? − preguntó Tiffany −. Porque me gustan mucho esas películas y creo que estarían bien en ballet.

Andrew, desesperado, cerró un instante los ojos.

- −No, Tiffany, no es de acción.
- —Entonces, ¿quién es ese Cascanueces? ¿Un superhéroe o algo así? ¿Un policía? ¿De verdad casca a la gente en el escenario o es sólo de pega?
 - −Os lo explicaré de camino al teatro −murmuró Andrew.

Estaba desesperado. Sólo esperaba que lo que Tori estuviera haciendo esa noche fuera más interesante que lo que le había tocado a él.

—Apaga la cámara y emborráchate conmigo. Tori vio cómo Jacey Turner sonreía. La mujer parecía más joven con una sonrisa en la cara. No parecía tan lúgubre y gótica como su imagen aparentaba, siempre de negro, en contraste con su pálida piel. Tori se dio cuenta de que era seguramente de su misma edad.

−No debería −repuso Jacey.

Parecía arrepentida.

−¡Vaya! −dijo ella yendo de la biblioteca al bar−. Tenemos todo el sitio para nosotras solas. No creo que tengas que grabar cada minuto de lo que hacemos. Cada vez que alguien le guiña un ojo o ataca descaradamente al profesor...

La verdad es que estaba hartándose de ver cómo todas se lanzaban a su cuello. Y Andrew, gracias a Dios, habían rehuido todos los ataques hasta el momento.

Excepto con ella. A ella sí que la había tocado. Y besado. Y saboreado. E introducido su lengua en...

Sacudió la cabeza para detener sus pensamientos, no podía seguir por ahí. Si pensaba en los momentos que habían pasado juntos, se echaba a temblar.

− La casa está vacía, ¿verdad? − le preguntó Jacey.

Y lo estaba. Sólo quedaban ellas dos. Andrew había llevado a tres mujeres al ballet. Tori, Teresa y Ginny iban a ir de compras con Evelyn, que les daba consejos sobre belleza y moda. Pero Tori había dicho que le dolía el estómago para no tener que ir. Pensó que a Evelyn no le iba a importar. Robin era, de todas formas, su alumna favorita. Seguramente porque sabía más sobre maquillaje que cualquiera de las otras concursantes.

- -No estás mal, ¿verdad?
- No −confesó Tori sacando la lengua . ¿Vas a chivarte?

Riendo, la operadora presionó un botón y la cámara hizo zoom sobre ella. Tori volvió a sacar de nuevo la lengua. Y no a Jacey, sino a toda la audiencia.

- Acabas de confesarlo frente a todo el país.
- -Bueno, siempre y cuando la señorita Evelyn no lo sepa hasta que yo esté de vuelta en Tennessee, no me importa en absoluto.

Tori sirvió un chupito de whisky y se lo ofreció a la operadora.

-iTe apuntas? Te mereces un descanso de vez en cuando, isabes?

Jacey asintió. Apagó la cámara y la dejó en el suelo.

—Así me gusta —repuso Tori sirviendo otro chupito—. Ya era hora de que dejaras de tapar tu preciosa cara con esa cámara.

Jacey rió elevando su chupito.

- −Por los dolores de estómago y las casas vacías −brindó Jacey.
- −Y por el fin de los programas reality −añadió Tori.

Las dos bebieron. Tori agradeció el calor del fuerte licor en su estómago.

- -¡Qué bueno!
- -Muy bueno -agregó Jacey.

- Me preguntó si el señor Mueller tendrá que pagarles esto a los dueños de la casa.
- -Se lo merece por largarse y dejarnos aquí solos a todos -repuso la operadora.

Tori sirvió otros dos chupitos.

- -Bueno, ¿te gusta tu trabajo? ¿Te gusta seguir continuamente a la gente esperando que metan la pata para conseguir más audiencia?
- −Me gusta lo que hago en general. Este tipo de programas son sólo una parte de mi trabajo.
 - −¿La parte mala?
- −Este está siendo bastante malo, pero el anterior... El anterior tuvo sus buenos momentos −dijo Jacey con una tímida sonrisa.

Tori rió al ver la cara de la otra mujer.

- Creo que ya me imagino qué tipo de momentos...

Jacey puso los pies sobre la mesa de centro.

- Asesinatos, caos, amor, sexo y otras cosas igual de divertidas.

Tori estaba atónita.

−¿Hablas en serio?

Pero enseguida supo de lo que hablaba.

−¿Trabajaste en *Vida en un pequeño pueblo*, el programa de misterio?

Jacey asintió.

-¡Vaya! Para variar, esa vez ganó quien tenía que ganar. ¿Está tan bueno Digg en persona como en la televisión?

Jacey no contestó de inmediato, antes se bebió lo que le quedaba en el vaso.

-Sí.

Tori sabía que había algo que no le estaba contando, pero no quiso fisgonear. Eso le hubiera dado a Jacey la oportunidad de hacerle también algunas preguntas que no quería contestar. Le caía bien, pero no podía olvidar cuál era el trabajo de la otra chica. Estaba segura de que querría sonsacarle información sobre Andrew y cualquier posible amante que tuviera. Claro que ellos no eran amantes, al menos no técnicamente. Aunque, después de lo que Andrew le había hecho, no podía considerarlo sólo un amigo.

−¿Lista? −le preguntó Jacey sujetando la botella.

Tori negó con la cabeza. Le habría gustado acompañar a Jacey en otro trago, pero el whisky no le sentaba bien. Así que se tomó un refresco y siguieron hablando durante otra hora, más o menos. Le gustaba Jacey de verdad. Era una mujer bastante cínica, pero también graciosa. Aunque parecían no tener nada en común, Tori pensó

que podían llegar a ser amigas. Jacey incluso la convenció para que bebiera un poco más. A esas alturas, a Tori ya se le había subido el licor a la cabeza.

- − Bueno, ¿qué te parece cómo va todo? −le preguntó Jacey después de contarse sus vidas.
 - −¿El qué?
- -El programa. ¿Cómo crees que se recordará en los anales de la historia de la televisión?
- -Eso es fácil. Como un festival de lujuria en el que toda la audiencia odia a las concursantes y están del lado del profesor. Seguro que querrán que mande a todos a paseo cuando se entere de la verdad.

Jacey la miró con la boca abierta.

- −¡Eh, chica, no te reprimas! −dijo bromeando −. Dime lo que piensas.
- −Te digo lo que veo.

Y estaba siendo sincera. No exageraba nada. Creía que, cuando Andrew se enterara de que lo habían estado utilizando, se iría de allí tan deprisa como había entrado, sin mirar atrás y sin querer saber nada de nadie.

Sintió un gran dolor en su interior, porque pensaba que de verdad sería eso lo que ocurriría. Tori se terminó el whisky sin querer si quiera pensar en que pudiera haber un futuro para los dos.

- −¿De verdad quieres que se vaya sin enamorarse antes?
- −No va a enamorarse de ninguna concursante −murmuró ella −. Es listo, ha vivido mucho y es guapísimo. ¿Qué iba a poder ofrecerle cualquier mujer de este programa?

Jacey la miró a los ojos y se puso seria.

−¿No crees que podría enamorarse de una mujer increíble que es graciosa, lista y valiente? ¿Una que consigue que se ría, que se excite y que tiene todo lo que se necesita para triunfar en la vida?

Tori tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba hablando de ella.

- -Imposible.
- −No es verdad −contraatacó Jacey.
- —Es tan probable que Andrew Bennett se enamore de mí como que yo sea elegida ganadora del concurso —repuso Tori sacudiendo la cabeza—. Además, aunque a él comenzara a importarle alguien. Ya sea yo, Ginny o al misma, en cuanto se entere de que lo han estado engañando y que aparecerá como un tonto frente a todo el país, se irá y esos sentimientos morirán al instante.

Jacey frunció el ceño.

—Puede que ésa sea su primera reacción. Pero los héroes siempre vuelven en sí cuando se trata de amor de verdad. Pareció costarle decir esas palabras. Sobre todo

las de «héroes» y «amor de verdad». Tori pensó que quizás hubiera bebido demasiado.

—Créeme, Andrew no es el Príncipe Azul y yo, desde luego, no soy una princesa de cuento. Y no quiero serlo. Odié a *Blancanieves* desde que vi la película cuando era pequeña. Imagínate lo estúpida que hay que ser para aceptar una manzana de una vieja con pinta de bruja. Esa chica no tenía ni una pizca de sentido común en su preciosa cabecita.

Jacey asintió, parecía comprenderla perfectamente.

—Yo quería que la *Bella Durmiente* les echara un sermón a sus padres por abandonarla en compañía de esas tres hadas madrinas en la cabaña del bosque. Eran los reyes del país, ¿no podían haberla enviado a un lujoso internado cerca del Mediterráneo?

Las dos mujeres rieron y siguieron destrozando todos los cuentos que se les iban ocurriendo. Tori se imaginó que Walt Disney debía de estar retorciéndose en la tumba, igual que los hermanos Grimm. Mientras hablaban, pensó de nuevo en cuánto tenían las dos en común. Por ejemplo el creer que los finales felices no tenían por qué darse sólo en los cuentos y ser sólo para las bellas y perfectas princesas.

Pensaban que, para variar, alguna fea hermanastra debía conseguir al príncipe.

—Si te digo la verdad, creo que ni siquiera me gustan los príncipes azules, con sus caballos blancos y perfectos modales —le dijo Tori intentando mirar a Jacey pero sin conseguir enfocar la vista—. Yo prefiero a un buen hombre que sea listo y tenga una lengua juguetona.

Las dos se echaron a reír de nuevo. Se preguntó si sería el alcohol o la compañía de Jacey lo que estaba consiguiendo que se sintiera tan bien y tan cómoda.

Pero de repente vio que Jacey abría mucho los ojos. Dejaron de reírse y Tori pudo oír a alguien carraspeando tras ellas.

Cerró los ojos de golpe. Después, despacio, se volvió hacia la puerta. El destino le acababa de jugar una mala pasada. Alguien estaba en el umbral de la puerta. Mirándolas, escuchando y obviamente oyendo todo lo que acababan de decir.

Su mala suerte había hecho que fuera nada menos que Andrew Bennett el que la contemplara desde la puerta.

Capítulo 7

Andrew se quedó parado, tan quieto como una estatua, en el umbral de la puerta de la biblioteca. Se había despedido de las tres estudiantes a las que había acompañado esa noche. La velada había sido tan horrorosa que había decidido ir a la biblioteca para estar solo y de paso tomarse una copa.

Pero la habitación había estado ocupada, por dos mujeres que no podían parar de reír y una de ellas acababa de halagar sus dotes para el sexo oral. Al menos, pensaba que hablaba de él.

Pero miró a Tori, estaba tan ruborizada y sorprendida de verlo que supo que había acertado. Habían estado hablando de él y de los eróticos momentos pasados en el invernadero el domingo anterior. Casi suspiró al recordar esos instantes.

− Buenas noches, señoritas − les dijo.

Tuvo que contener la risa al ver la mirada de pánico en la cara de Tori. Él también estaba algo avergonzado, pero le ayudó saber que no era posible que Jacey supiera de quién estaba hablando Tori.

—Si tú estás de vuelta, significa que todo el mundo está ya aquí, ¿no? — preguntó Jacey.

Él asintió, esperando que ella tomara su cámara, la encendiera y se quedara a espiarlos. Pero Jacey se puso de pie, tomó su equipo y fue hacia la puerta, no sin antes despedirse.

- −Es tarde y estoy agotada. No hagáis nada importante sin mí, ¿de acuerdo?
- —Como si pudiéramos olvidarnos de las cámaras que hay escondidas en esta habitación —repuso Andrew.
- —¡Vaya! Creo que yo sí que me olvidé de esas —repuso Tori ocultando la cara entre las manos.
- −No te preocupes −replicó Jacey −. Esas cintas van a perderse como por arte de magia mañana por la mañana. De todas formas, Monahan no iba a querer mostrar imágenes de una concursante hablando con gente del equipo.

Jacey miró directamente a Andrew.

- —Sé que no confías en mí, pero te doy mi palabra. Lo de esta noche queda entre nosotros. Supongo que te lo debo, después de que la primera noche fuera grabada aunque se suponía que no debía serlo —repuso ella saliendo de la biblioteca y dejándolos solos.
- −Bueno, supongo que tu secreto está a salvo de la audiencia −le dijo Andrew a Tori mientras cerraba la puerta.
 - −¿Mi secreto? −repitió ella mirándolo.
- —Sí. Tus criterios para saber quién es tu hombre perfecto —le dijo él sonriendo con picardía —. Si no recuerdo mal, tiene algo que ver con una juguetona lengua.

-iDios mío! -exclamó ella cubriéndose de nuevo la cara con las manos-. Así que es cierto, lo has oído todo.

Andrew se sirvió una copa.

- Así es. Pero quería preguntarte algo. ¿Cuándo desarrollaste ese punto de vista?
 - -Como si no lo supieras -repuso ella sin moverse.
- —Sólo quería asegurarme dijo él, encogiéndose de hombros —. No sabía si yo había asentado las bases de tus nuevos criterios o si simplemente los había cumplido, como otros antes que yo.

Tori se incorporó en su asiento.

— Bueno, tú eres el único hombre que me ha hecho eso, así que creo que has establecido un precedente muy difícil de superar...

Se detuvo de pronto y se quedó con la boca abierta.

- −¡Dios mío! ¿Crees que Jacey se va a deshacer de las cintas de toda la noche o sólo de la parte en la que sale ella?
 - Creo que se refería a toda la noche, de hecho estoy bastante seguro.
- Así que podría sentarme en tu regazo y morderte los labios, aunque sólo sea para que te olvides de lo que oíste al entrar.
- Me temo que no. Voy a necesitar los labios y no puedo dejar que me los muerdas − bromeó él − . No todo se basa en la lengua, ¿sabes?

Sus picaras palabras la sorprendieron.

- Eres muy malo, Andrew Bennett. Lo único que pasa es que lo escondes mejor que otras personas - le dijo ella.

Andrew se sentó en el sofá sin dejar de mirarla, preguntándose por qué se habría quedado allí con ella, poniéndose en una complicada situación, en vez de ir a su dormitorio. Pero entonces supo por qué. La noche había sido horrible y necesitaba pasar un tiempo con ella, aunque lo colocara en el precipicio sexual al que ella parecía siempre empujarlo.

- −¿Qué tal el ballet?
- Aburrido.

Ella asintió comprensiva.

- −¿Y qué tal las chicas?
- -Estridentes -admitió él suspirando -. Tiffany silbó a todos los bailarines de la compañía. Sukie quería saber por qué no vendían palomitas en el ballet.

Ella sonrió.

–¿No venden palomitas? – bromeó ella.

Estaba de bastante buen humor y disfrutando de las bromas. Se imaginaba que gracias al efecto del alcohol, porque también estaba un poco mareada.

- –¿Te lo has pasado bien con Jacey? − preguntó Andrew al ver los vasos vacíos.
 Ella asintió.
- − La verdad es que sí. Se parece mucho a mí, lo creas o no.
- -¿Es que tú también eres una vampira? Me gustaría saberlo.

Tori se quedó boquiabierta y él le señaló una pequeña cámara que grababa todo lo que decían y hacían desde el techo. Sabía que Jacey vería todo lo que había pasado en la biblioteca antes de destruir las cintas.

-Esto es bastante duro, ¿verdad? -le preguntó Tori.

Los ojos de ella le contaban todo lo que estaba sintiendo, le decían que sentía los centímetros que los separaban tanto como él. Parecía una distancia mucho mayor de lo que era en realidad, porque no podían permitirse el lujo de acercarse. De todos modos, hacía días que no estaban completamente a solas, sin ninguna de las chicas merodeando por los pasillos y riéndose y sin operadores de cámara siguiéndoles.

- -Es como lo que cuentan del gran hermano. Alguien siempre está siempre observando.
 - −Eso pertenece a un libro que se llama 1984 − repuso él.
 - -Pero no había programas reality en 1984, ¿verdad?
 - -No.
- Jacey estuvo trabajando en *Vida en un pequeño pueblo*. Ese no estaba del todo mal.
 - Tengo que confesar que nunca he seguido ningún programa reality.

Ella abrió la boca de nuevo.

−¿Nunca?

Él sacudió la cabeza.

−¿Ni siquiera Supervivientes u Operación Triunfo?

Él negó de nuevo con la cabeza.

- —He visto suficientes supervivientes en la vida real. No necesito ver lo que se inventan los productores de televisión para conseguir más audiencia.
 - −¿Ni El millonario?

Él hizo una mueca.

- −¿Ése en el que unas cuantas mujeres desesperadas intentan que un millonario se enamore de ellas? No, no lo he visto. Pero creo que ése era el peor.
- Lo dices como si te hubiera ofendido especialmente ése, casi de una manera personal –le contestó ella.
 - −Es una vieja historia.
 - -Tengo toda la noche para escuchar.

No pudo resistirse a la amabilidad en el tono de Tori.

- Tuve una relación seria con una mujer que quería más al dinero que a mí. No entiendo cómo alguien podría enamorarse de otra persona que está dispuesta a engañarlo y sólo por dinero, para disfrute de la audiencia de todo el país. Es algo que nunca entenderé.
 - −Ya −repuso ella bajando la vista.

Se quedó pensativa unos instantes antes de volver a hablar.

- —Háblame de los supervivientes que conoces. Da la impresión de que hablas por experiencia propia, ¿tienes muchas aventuras a tus espaldas?
 - Mejor no contártelo, te aburrirías.
 - −No es verdad.

Él miró un momento a la cámara.

- Bueno, pues ella se aburriría.

Pero Tori no se iba dejar convencer.

−Si se aburre que lo queme todo. Venga, cuéntame algo.

Y así lo hizo. No supo muy bien por qué, quizás porque notaba que ella estaba de verdad interesada y no dejaba de hacerle preguntas. Le resultó fácil compartir con ella algunas de sus experiencias. Su profesión no le llevaba a trabajar en expediciones que interesaran al gran público, como los arqueólogos que indagaban sobre el antiguo Egipcio y las pirámides o los paleontólogos que buscaban huesos de dinosaurios, pero aun así, le explicó a grandes rasgos cómo investigaba el día a día y las costumbres de antiguas civilizaciones.

— En el futuro, tu trabajo se va a quedar obsoleto, ¿no crees? Si alguien en el año 2952 está interesado en saber cómo vivíamos, sólo tendrá que ver alguna copia de los programas reality y ya está.

Andrew gruñó.

-iDios mío! ¿Crees que Ginny y Tiffany van a ser las representantes de la mujer del siglo XXI?

Ella se estremeció violentamente.

- —Pero mira la parte positiva. Todo el mundo pensará que los hombres de este año eran todos brillantes, inteligentes y tremendamente apuestos −dijo ella mirándolo con sensualidad −. Y con la fuerza de voluntad de un monje en lo que se refiere a actividad sexual.
 - −¡No soy ningún monje! −replicó él.

No entendía por qué ella pensaba que estaba reprimiéndose, cuando había aprovechado cada oportunidad que había tenido para besarla y tenerla entre sus brazos, muchas veces incluso en contra de su propia voluntad.

—Te lo probaré una docena de veces tan pronto como averigües qué es lo que quieres hacer con tu vida —añadió.

Lo soltó sin pensar, no iba a decírselo. Pero en presencia de Tori, sus instintos siempre le ganaban la partida a su cerebro.

Ella se quedó mirándolo durante largos segundos, tratando de descifrar sus palabras.

- —¡Dios mío! —susurró ella—. ¿Se trata de eso? Por eso has estado evitándome y manteniendo las distancias, ¿verdad?
- −Bueno, parece que no lo he hecho muy bien −repuso él con una sonrisa triste.
- -Crees que voy a convertirme en una persona completamente distinta cuando el programa termine, ¿verdad? Como si el hecho de que hable de una manera distinta o que vista diferente va a cambiar también lo que quiero.
 - -iY no ha cambiado?

Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarlo.

−No, no en lo que se refiere a ti.

Él la miró a los ojos, intentado encontrar respuestas a preguntas que ni siquiera había pronunciado.

—Sólo se trata de un programa de televisión, pero, aun así, es el principio de un importante cambio para ti que puede llegar a variar toda tu vida —le dijo él con suavidad —. No es el momento de que tengas que tomar decisiones complicadas.

Tori se acercó un poco y después un poco más, hasta que arrinconó a Andrew en un extremo del sofá.

—Esto no es una decisión difícil, Andrew. Quiero que seas mi amante. Ya sea durante sólo una noche o toda una semana. Sea como sea cuando esto termine, nunca me arrepentiré de haber aprovechado esta oportunidad, dure lo que dure. Se inclinó sobre él y lo besó con extrema suavidad. Era un beso que preguntaba, rogaba y ofrecía muchas cosas.

Y él no pudo resistirse por más tiempo.

Andrew hundió las manos en el pelo de Tori y lo agarró con fuerza para profundizar en el beso. Sus lenguas se encontraron en un baile sensual e íntimo.

−¿Tenía razón? −le preguntó ella cuando se separaron −. ¿He acertado con la razón por la que no has querido que las cosas fueran más lejos entre nosotros?

Él asintió lentamente con la cabeza.

- —¡Dios mío! —exclamó ella riendo—. Me siento como Dorothy, la protagonista de *El mago de Oz*, cuando la bruja buena le dice que tiene el poder para volver a casa, que lo único que ocurría era que tenía que aprenderlo por sí misma...
 - −¿Vas a golpear los tacones como ella?

Ella se pasó la lengua por los labios y lo miró con sensualidad.

—Sólo si puedo hacerlo mientras mis piernas te rodean las caderas...

Tori se dio cuenta, por la mirada de Andrew y el gruñido que no pudo contener, que estaba a punto de ceder a la tentación. Gracias sobre todo a las palabras de ella. Por algo las había dicho. Sabía que estaba imaginándose cómo sería tener las piernas desnudas de ella alrededor de sus caderas mientras se hundía en su interior y se perdía por completo en su cuerpo.

Tori lo deseaba con desesperación. Lo respetaba hasta límites insospechados, por haber esperado hasta que ella estuviera lista de verdad. No sólo de manera física, lo deseaba así desde que lo conoció, sino también emocionalmente.

Quizás él tuviera razón y ella ya era una persona diferente a la que había entrado en la casa dos semanas antes, procedente de su pequeño pueblo de Tennessee. Sabía que, una vez que se terminara el programa, iba a tener que enfrentarse a esos cambios. Él había sido muy perspicaz al darse cuenta de todo ello.

Sabía que la mayoría de los hombres no se lo habrían pensado dos veces y habrían tomado sin más lo que se les ofrecía. Pero Andrew Bennett no era como la mayoría. Él era distinto. Distinto de una manera maravillosa y perfecta. Era listo y sexy, amable y considerado. Todo sin dejar de ser divertido. Era todo con lo que siempre había soñado, un hombre perfecto que pensó que nunca podría encontrar.

Lo tenía todo y era suyo.

Al menos por esa noche.

Por primera vez, Tori se sintió algo preocupada. Porque no podía seguir engañándose a sí misma. Él no sólo le gustaba, no era el tipo de hombre por el que podía sentirse simplemente atraída. Él era de los que robaba corazones. A lo mejor incluso se hacía con el suyo.

−Tori −susurró él con voz ronca.

Estaba esperando, intentando averiguar qué era lo que iba a pasar después.

Ella no tenía ninguna duda. Pasara lo que pasara al día siguiente o durante esa semana, esa noche, Tori iba a conseguir a su hombre. No entendía cómo otra mujer podía haber elegido el dinero antes que él porque, para ella, era el hombre más deseable sobre la faz de la tierra.

Girando su cuerpo, le colocó una pierna encima y se sentó a horcajadas en su regazo. Esa vez, él no pareció sorprenderse.

−Es como la noche que nos conocimos, más o menos −le dijo ella mientras se acercaba a él hasta que sus narices se tocaron.

Después se inclinó un poco más y le lamió los labios, incitando a Andrew para que su lengua también participara en el sensual juego.

Él gruñó de nuevo y se movió lo suficiente como para que ella se percatara de hasta qué punto estaba excitado.

−Vaya... −susurró ella al notar la presión−. Siento que voy a morir si no puedo tenerte esta noche −agregó de manera sensual.

Casi no reconocía ni su propia voz.

- − Lo mismo te digo −repuso él mordiéndole los labios.
- Tu habitación está demasiado lejos.
- —Sí, pero no podemos quedarnos aquí. Aunque haya prometido destruir la cinta, creo que ninguno de los dos queremos que Jacey vea lo que va a pasar.
- Estoy segura de que no va a verlo todo. Lo más probable es que no vaya más allá de nuestra conversación sobre ballet.
- −A lo mejor no −murmuró él mientras le besaba la mandíbula −. Pero, ¿de verdad quieres correr ese riesgo? Suspirando, ella echó su cabeza hacia atrás, quería que él le besara el cuello.
 - Creo que arriesgaría cualquier cosa si eso significa que por fin puedo tenerte.

Sus palabras parecieron hacerle perder el control porque, de repente, no hubo más besos dulces ni juegos. Él la agarró con fuerza por el pelo y la devoró sin piedad, haciendo que ella se deshiciera.

−Venga −le dijo ella separándose −. Tenemos que irnos de aquí antes de que mande a Jacey y todo a paseo y te quite sin más la ropa.

Ella se levantó y lo tomó de la mano. Estaba desesperada por irse con él a un lugar más tranquilo. Mucho más tranquilo y privado.

El se levantó, pero sacudiendo la cabeza. Parecía no estar conforme.

—Confío en que Jacey se deshaga de esta cinta, pero en cuanto salgamos de esta habitación estamos a expensas de todas las otras cámaras de la casa.

Ella se mordió el labio, eran malas noticias.

—No hay manera de que entres en mi habitación sin ser vista y no puedo hacerte eso, no cuando esas imágenes las verá todo el país. Ya fue bastante malo que estuvieras allí el jueves, pero al menos fue sólo durante unos minutos.

Le gustaba que se preocupara por ella, pero al mismo tiempo le desesperaba darse cuenta de que no podían ir a su habitación.

-Esto es injusto - se quejó ella - . No puedo pasar ni una noche más sin ti.

Para probárselo, lo rodeó con sus brazos y le besó, pegando su cuerpo al de Andrew. Él respondió al beso con más pasión aún. Después, se separó y la tomó de la mano.

- −Ven −le dijo yendo hacia las puertas que daban al jardín.
- Pero hace mucho frío.

Él tomó una mantita que había sobre uno de los sofás, la rodeó con ella y la condujo hacia el jardín, que estaba cubierto de nieve.

Tori se dio cuenta de repente de adonde la llevaba.

Perfecto – susurró ella.

Hacía frío y no pudo evitar titiritar. No sabía si era por el frío de la noche o por lo que iba a ocurrir después.

Andrew parecía no notar la temperatura exterior, pero sí vio que Tori se resbalaba un poco con el hielo del patio. Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, él la tomó entre sus brazos.

- -¡Dios mío! -exclamó ella sintiéndose como la princesa de un cuento de hadas-. Bájame.
 - −No −repuso él besándola de nuevo.

Parecía no poder esperar hasta que llegaran al invernadero. Caminó deprisa hacia allí.

Cuando llegaron, ella abrió la puerta. Andrew entró y le dio una patada a la puerta para cerrarla. No necesitaron encender la luz, los focos que iluminaban la casa les daban suficiente iluminación. En esa semioscuridad, Tori pudo distinguir el penetrante deseo en sus ojos.

-Esto es perfecto -susurró ella.

Hacía tanto frío afuera que agradeció estar dentro del invernadero, con su cálida temperatura ambiente. Andrew la dejó en el suelo, frente a él.

−Por fortuna, al dueño de la casa le gustan las flores tropicales.

No dijeron nada más, simplemente se abrazaron y comenzaron a besarse como si necesitaran de la boca del otro para respirar, como si les fuera la vida en ello. A Tori le encantaba cómo sabía Andrew y disfrutaba sintiendo su cuerpo pegado al de ella. Con manos temblorosas, le quitó la chaqueta y después fue a por su corbata. Sus dedos estaban aún helados y le costaba deshacer el nudo. Él la ayudó, quitándosela y desabrochando el primer botón de su camisa.

Tenía que saborear la piel que iba quedando al aire, no podía evitarlo. Besó su cuello, la clavícula y su fuerte hombro. Siguió bajando, acariciando con sus labios su fuerte y musculoso torso, donde su suave vello le acarició la barbilla. Le mordisqueó y lamió el pecho y el estómago, agachándose hasta quedar de rodillas frente a él. A sus pies estaba la manta que habían traído de la biblioteca, suavizando el contacto con el duro suelo.

 He estado soñando con saborearte desde la última vez que estuvimos aquí – le dijo ella con voz seductora.

Por fortuna, él no trató de pararla. Tori le quitó con rapidez y destreza los pantalones. Los zapatos se los quitó él mismo. Después, y con cuidado, le quitó muy despacio los calzoncillos. Cuando por fin lo vio, completamente desnudo frente a ella, perdió la cabeza y se dejó llevar por su apetito. Se pasó la lengua por los labios, tenía muy claro lo que quería hacer. Nunca había hecho algo así con ningún hombre, pero en ese instante lo deseaba más que nada en el mundo. Tenía que tenerlo en su boca.

-iDios mío! -exclamó él cuando ella rodeó su erecto miembro con los labios - . Tori, es... Es maravilloso. Estás tan caliente y suave...

Él también lo era. Pero tenía la boca demasiado ocupada como para decírselo. Así que, simplemente, le mostró cuánto le gustaba lo que estaba haciendo. Lo

introdujo más y más dentro de su boca, chupando y lamiendo sin parar. Era la primera vez, pero de alguna manera su instinto femenino le decía qué era lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. Empezó a moverse, deslizando sus labios sobre toda la superficie de su pene. El ambiente se caldeó aún más y el cuerpo de Andrew se volvió brillante por el sudor. Todos sus músculos estaban en tensión. De repente, la agarró por los hombros y la apartó.

Tori abrió la boca para protestar. Pero antes de que pudiera hacerlo, Andrew se puso frente a ella, de rodillas también sobre la manta.

- −No voy a correrme en tu boca, no la primera vez... −le dijo él con ferocidad antes de besarla de nuevo.
 - −Pero yo lo hice −contestó ella casi sin aliento.

Andrew rió, sin dejar de acariciar con desesperación el cuerpo de Tori. Parecía no tener suficientes manos para tocar todo lo que tenía delante.

− A lo mejor fue así, pero yo voy a correrme aquí −le dijo mientras deslizaba la mano entre las piernas de Tori.

Pudo sentir el calor de sus dedos a través de la ropa. Estuvo a punto de gritar, tanto era lo que estaba haciéndola sentir.

−Pues hazlo −le dijo ella mientras se quitaba el jersey.

Él estuvo presto a ayudarla, desabrochándole el sujetador antes incluso de que terminara de quitarse el jersey. Unos segundos más tarde estaba ya besándole el pecho, lamiendo y chupando todo lo que tenía entre las manos. Después comenzó a quitarle los pantalones y Tori sintió que le temblaban las rodillas y una ola de placer la inundaba. Se arqueó contra el cuerpo de Andrew, necesitaba más. Necesitaba más presión, más contacto, más intensidad. Y él pareció leerle el pensamiento, porque deslizó su mano en la abertura de sus pantalones y por debajo de sus braguitas. Cuando hundió los dedos dentro de ella, Tori se sacudió y tembló, dejándose llevar por un orgasmo casi de forma inmediata.

Estaba recuperándose de ese primer climax cuando Andrew comenzó a quitarle los pantalones, dejándolos en un montón con el resto de la ropa.

Le encantaba acariciarlo. Sus manos nunca habían tocado algo tan suave, duro y cálido como el cuerpo de Andrew. Era una tortura para los sentidos, una experiencia que no creía ser capaz de soportar. Los besos y las caricias la estaban matando, quería sentirlo cuanto antes dentro de ella, con fuerza y urgencia, como ella apretaba el pedal del coche al principio de las carreras.

-Te necesito -murmuró mientras levantaba una pierna.

Quería rodear con ella sus caderas y empujarlo para que cayera sobre ella en la manta. Lo necesitaba y lo necesitaba en ese instante. Pero él no se lo permitió. Se apartó, abrió el cobertizo donde guardaban la manta que usaban para sus clases.

-Buena idea -susurró ella.

Él se detuvo sólo lo suficiente como para extenderla en el suelo. Después volvió a besarla y la tumbó sobre ella. Andrew se colocó encima de Tori y siguió besando sus labios, su cuello, su cara. Hasta que ella comenzó a pedirle más.

−Por favor, por favor. Tengo que tenerte dentro... −le dijo casi rogando.

Separó las piernas, invitándolo, elevándose para encontrarse con las caderas de Andrew.

Él le sonrió. Era una sonrisa picara que le dejaba saber lo consciente que era de cuánto estaba haciéndole sufrir.

- -Espera un segundo.
- −¡No! ¡Ahora! −exclamó ella fuera de sí.

Pero él se apartó y tomó algo de sus pantalones.

—He llevado uno de estos en el bolsillo desde la noche que nos conocimos —le dijo mientras sacaba un preservativo del paquete.

Tori se sorprendió, sobre todo al darse cuenta de que ella se había dejado llevar tanto por el deseo, que no había ni considerado las posibles consecuencias de sus actos. Lo observó mientras se lo colocaba. Estaba tan excitada, que apenas podía controlarse.

Pero la verdad era que estaba disfrutando con esa dulce tortura.

- Me encanta cuando tengo que esperar por algo nuevo. Como en Navidad, solía pasarme la noche en vela soñando con qué me traería Papá Noel al día siguiente... Él rió y se echó sobre ella, lo suficiente como para que Tori sintiera su erección sobre su estómago.
- —¿Quieres decir que te gusta más la espera que conseguir después tus objetivos? preguntó él algo burlón.
 - -iNo!
 - −¿Estás segura?
- Hazlo ya, Andrew, o te juro que te abriré la cabeza con una de esas jardineras
 le gritó ella mientras se arqueaba hacia él.

Andrew esperó aún unos segundos más, disfrutando con la tortura.

- -Sólo espero que, después de obtener algo bueno, sigas queriendo tenerlo.
- −Así es...

Pero no pudo seguir hablando, porque él eligió ese instante para hundirse dentro de ella. Y lo hizo con fuerza e intensidad. Tori no pudo evitar gritar al sentirlo dentro, moviéndose con fuerza y acariciando con sensualidad todo su ser.

-Si - gimió.

Todo era tan perfecto, que casi tenía ganas de llorar.

Andrew rodó hasta quedarse tumbado en la manta, llevándosela consigo, parecía tener miedo de que su peso fuera demasiado para ella. Las sensaciones eran

tan fuertes que Tori apenas podía pensar. Era la primera vez que estaba en esa postura y le encantó, disfrutó sintiendo que estaba en control de la situación.

- —Estás tan... Tan dentro —murmuró ella cerrando los ojos y dejándose llevar por las fuertes sensaciones. Él le sujetaba las caderas con las manos, empujando con fuerza hasta conseguir que Tori volviera a gritar de nuevo.
- −Me imaginé que te gustaría estar en el asiento del conductor −le dijo él con una sonrisa traviesa.
- −Pues sí −repuso ella comenzando a moverse con un ritmo frenético−. Es cierto, me gusta estar en control de la palanca.

Él se adaptó pronto al ritmo que Tori marcaba. Los dos protagonizaron un baile primitivo que pareció durar una eternidad. Ella estuvo montada en esa ola hasta que le llevó al primero de varios orgasmos, que llegaron uno tras otro, haciendo que su cuerpo temblara de placer.

Apenas notaba las piernas y ya no podía respirar, sólo jadear. Completamente exhausta, se dejó caer sobre su pecho, una postura que le proporcionaba además una sensual fricción. Y, a pesar de estar destrozada, quería aún más. Gimiendo, se frotó contra el cuerpo de Andrew. No podía creerse la cantidad de posturas y juegos eróticos que estaba aprendiendo, todo en una noche. En un instante de lucidez, se preguntó si sería posible morir de sobredosis sexual. Pero ya nada le importaba.

−¿Estás bien? −le preguntó él antes de besarla con dulzura.

Ella asintió.

—Soy piloto de carreras cortas, ¿sabes? No sé si puedo conducir durante tanto tiempo, esto es una carrera de fondo. Nunca había probado las largas distancias...

Andrew rió y juntos rodaron de nuevo.

− Bueno, no te preocupes. Puedo tomar los mandos cuando quieras −le dijo él.

Y así lo hizo. Y de una manera sublime y perfecta. Hasta llegar al punto en el que ella, aunque pensaba que no podía llegar de nuevo, lo hizo. Y esa vez él también la acompañó, volando juntos hasta la cima.

Capítulo 8

A Tori no le hacía ninguna gracia tener que ir al baile en el club social ese domingo con Andrew, Ginny y Teresa. Le hacía tanta ilusión como ir al dentista para que le extrajeran una muela.

Ya era bastante penoso tener que ver cómo las otras chicas atacaban e intentaban acorralar a Andrew a todas horas para estar a solas con él. Llegó a oír cómo Teresa le confesaba a Tiffany que iba a subir por el balcón que daba a la habitación de Andrew a medianoche y colarse en su dormitorio mientras dormía.

Pensó en no decirle que lo más seguro era que Andrew no durmiera con la ventana abierta cuando estaban en pleno invierno y dejar que se congelara, pero al final, sus buenos sentimientos pudieron con ella y se lo comentó a la joven.

Lamentaba que Teresa no lo hubiera intentado de todas formas. Así a lo mejor estaría en cama con una pulmonía en vez de seguir flirteando con Andrew a todas horas. En el baile, él iba a tener que bailar con ella y con Ginny, darles atención e interactuar con ellas en un sitio público.

Ya había sido duro antes de que él su hubiera convertido en su amante, pero ahora sentía además un sentido de propiedad y territorialidad por Andrew Bennett.

Era de ella. Y lo de la noche anterior lo había probado, al menos en su mente. Estaba loca por él y se estaba enamorando sin remedio. Nunca habría sospechado que algo así le iba a ocurrir, pero había sucedido de todas formas. Fuera como fuera, lo cierto era que con él había tenido la relación más íntima de su vida. En muchos sentidos.

Y estaba a punto de salir con él, pero también con otras dos mujeres. Y eso la desesperaba. Ese programa estaba consiguiendo que se sintiera más frustrada e impotente cada día que pasaba.

Hasta llegó a convencerse de que lo mejor era que fingiera otro oportuno dolor de estómago. Pensó que no le costaría mucho, ya que ese baile había hecho que se sintiera ya mal toda la mañana. Pero entonces se enteró de algo.

—Hemos decidido cambiar un poco las cosas —les dijo el director a las seis mujeres que quedaban aún en el concurso—. Creemos que Andrew Bennett no va a poder enamorarse de una de vosotras si no pasa algo de tiempo con cada una, de forma individual —añadió mirando a Tori—. Así que esta noche será la primera de las citas personales.

Todas las mujeres parecían contentas con la idea. Jacey y Monahan se miraron un segundo.

Por un lado, estaba contenta y entusiasmada con la idea, pero por otro lado se sentía mal, porque sabía que habría sido idea de Jacey el cambiar la manera de hacer las cosas. Aunque había cumplido la promesa de borrar las cintas de anoche, así se lo había confirmado esa mañana en un susurro, estaba claro que no iba a perder la

oportunidad de grabar un suculento material televisivo con Andrew y Tori juntos en una cita.

Pero, en general, se alegraba de tener la oportunidad de estar con él a solas y de salir de allí, fuera por la razón que fuera. Había sido muy complicado contenerse esa mañana para no darle un beso de buenos días, sobre todo después de la maravillosa noche que habían compartido.

Le bastaba pensar en ello para que le temblaran las rodillas. Habían pasado horas en el invernadero, acurrucados en las mantas, besándose, susurrando y haciendo el amor de nuevo, ya de una manera más tranquila y lenta. Andrew había conseguido que se abriera con él y le contara cosas de su vida y de sí misma que no había contado a nadie.

Por ejemplo, le confesó que había querido de verdad ir al programa. Todo porque quería aprender. Aunque no sabía lo que el futuro le deparaba ni sabía lo que quería de él.

Le vino bien hablar de todo en ello en voz alta, para reconocer lo que sentía y para ordenar así sus pensamientos.

Después de despedirse, siguió pensando en todas esas cosas. Había estado tan excitada por haber conseguido que Andrew accediera a ir más lejos en su relación, que no había tenido tiempo para reflexionar sobre las verdaderas implicaciones de lo que ella había reconocido en voz alta. Era verdad, estaba cambiando y su futuro iba también a cambiar. Todo parecía diferente y muy confuso.

 Así que vas a tener al macizo del profesor para ti sola esta noche. Será divertido —le dijo alguien mientras Tori descansaba en la galería.

Levantó la vista, se trataba de Robin. Era una de las mujeres más calladas y la que mejor le caía después de Sukie.

−Sí, supongo −repuso Tori intentando fingir frialdad.

«Lo cierto es que anoche no paramos de hacer el amor como dos locos. Así que, sí, supongo que será divertido», pensó mientras miraba a su compañera.

−¿Quieres que te ayude a elegir algo que ponerte? −le preguntó Robin sentándose con gracia en el sofá −. O si quieres te puedo ayudar con el maquillaje.

Tori se fijó en su compañera, parecía mucho más educada y gentil, como si las clases de protocolo la hubieran cambiado, pero cuando se ofreció a maquillarla... Tori tragó saliva algo preocupada, porque Robin no había conseguido cambiar su estilo a pesar de las clases de la estilista, seguía pintándose exageradamente.

Pensó que a lo mejor tenía algún problema en la piel y por eso se la cubría tanto. Era una pena porque, aunque no fuera una belleza, era simpática y amable.

Se preguntó por qué habría decidido participar en ese programa porque no le parecía que necesitase cambiar demasiado. Vio que la otra mujer estaba esperando a que le respondiera y se decidió por fin a abrir la boca.

—Muchas gracias, Robin, pero tengo entendido que tiene que encargarse de todo Evelyn. Creo que no me van a dejar ni escoger mi propia ropa interior.

Robin asintió con comprensión.

-iQué pena! Pero bueno, seguro que escogen algo bonito -le dijo mientras se acercaba más a ella para que no escucharan las cámaras lo que tenía que agregar-. Pero asegúrate ele ponerte un poco más de color en los ojos cuando termine, porque ella los maquilla muy poco.

Tori tuvo que morderse la lengua para no reír al mirar los ojos de Robin, que estaban cubiertos de rímel, perfilador de ojos y sombra azul eléctrico.

- -Gracias por el consejo.
- —Sukie y yo estamos muy contentas por ti —le dijo Robin con una gran sonrisa—. Sabemos que eres la única que de verdad tiene alguna oportunidad con el profesor Bennett porque parece que estáis... Muy unidos.

Tori abrió la boca estupefacta.

−¿Qué?

Robin agitó la mano frente a su cara.

−No te hagas la sorprendida. Hemos visto cómo te mira y cómo lo miras tú a él. El dinero no te importa, ¿verdad?

Tori sacudió la cabeza y se quedó callada.

−Lo sabíamos. Es muy romántico −dijo ella riendo −. Claro que un millón de dólares os proporcionará una luna de miel fantástica.

Un millón de dólares. Era lo que podía ganar si conseguía que Andrew le dijera que la quería antes de que llegara el miércoles. Tori casi había conseguido olvidarse de ello. Había estado tan ocupada viendo cómo el resto de las mujeres intentaban conquistar a su hombre, que había olvidado por qué lo estaban haciendo.

- −El dinero no es importante.
- —Lo sé. Eso es lo que hace que sea tan extraño. Eres la única que tiene posibilidades y no te importa el premio. Las otras chicas, en cambio, están locas por el dinero, pero él no les daría ni la hora.
 - −¿Y tú? ¿Detrás de qué estás tú?
 - −No de él.
 - Bien, pero creo que eres la única.
 - —No pasa nada, cariño. Él nunca ha mirado a nadie como te mira a ti.
- -Gracias repuso Tori emocionada por el apoyo de la otra joven . Pero, ¿qué es lo que quieres ganar de esta experiencia si no es el premio?
- Busco exactamente lo que buscaba cuando llegué, antes de que nos hablaran de Bennett.
 - -¿Quieres decir que quieres ser una dama e ir a una fiesta de lujo?
- —Sí, sólo porque ahora también se puede conseguir un millón con Bennett no quiere decir que el premio original no esté ya disponible. Y yo quiero ganarlo.

- -Supongo que te darán unas joyas y vestidos de ensueño.
- —Lo que de verdad quiero es el reconocimiento, aunque no me dieran nada. Siempre he sido la rara del colegio. Siempre me miraban por encima del hombro, no era lo bastante bonita. Esto lo cambiaría todo —le dijo con sinceridad—. Aunque conseguir las joyas también estaría bien.
 - −Y eso sin pensar en ir de compras por Manhattan...
 - -¡Así es!

Las dos rieron y Tori pensó que Robin era la tercera mujer que conocía allí y que le gustaba de verdad. Siempre había pensado que no se llevaba bien con las mujeres, pero ahora se daba cuenta de lo contrario. Había crecido y vivido rodeada de hombres y eso la había hecho pensar así. Pensaba que las echaría mucho de menos cuando volviera a casa.

Le gustaba tener amigas. Y también le gustaba aprender, vestirse mejor y usar el cerebro en vez de sólo sus manos.

Esos pensamientos la llevaron de vuelta a lo que más le preocupaba. No sabía qué iba a hacer con su vida cuando saliera de allí la semana siguiente. Tampoco sabía qué quería hacer.

Antes de que pudiera pensar en ello, vio cómo Robin se levantaba y miraba hacia la puerta, a espaldas de Tori. Sin darse la vuelta, supo quién estaba allí, por la sonrisa en la boca de Robin y por su propia reacción física. Sintió un cosquilleo por todo su cuerpo.

- −Hola, profesor −le dijo Robin−. Estaba a punto de irme.
- Y, para alegría de Tori, hizo lo que decía.
- −Hola −la saludó él con suavidad sentándose en el mismo sitio donde Robin había estado segundos antes.
 - Buenos días contestó ella.

Casi no podía ni mirarlo a los ojos. Habían compartido tanta intimidad unas horas antes que era difícil estar así. No podía creerse que ese hombre fuera su amante y no podía recordar lo que le había hecho sin estremecerse. Le había dado más placer en tres horas que todo lo que ella había recibido en su vida.

Pero ahora no podía ni mirarlo.

Sabía que era por las cámaras. Tenía miedo de mirarlo porque sabía que sus sentimientos estarían tan a flor de piel, tan expuestos, que todo el país podría ver lo que sentía.

-Tori, ¿estás bien?

Ella asintió.

-Entonces, ¿qué pasa?

Ella se encogió de hombros.

−¿Me vas a decir que me calle, como la noche que nos conocimos en la biblioteca?

No pudo evitar sonreír.

- −No es eso. Es que me estoy cansando de tener que medir mis palabras por culpa de las cámaras.
 - -Estoy seguro de que editan el material antes de emitirlo.
- —Eso espero —repuso ella poniendo los ojos en blanco—. A no ser que el señor Mueller quiera pagar un montón de multas al gobierno por escándalo público. Después de cómo se ha estado comportando Ginny durante las últimas dos semanas, enseñando el pecho cada dos por tres...
 - −Gracias a Dios, me he perdido ese espectáculo −repuso él riendo.

Le encantaba estar con él.

- − A la mayoría de los hombres no les habría importado.
- ─Yo no soy como la mayoría, por si no te has dado cuenta.
- −No te preocupes, sí que me he dado cuenta −repuso ella levantando la vista hacia él.

Se miraron a los ojos durante un largo rato, callados pero diciéndoselo todo con la mirada. Mil preguntas y mil respuestas. Revivieron lo que había pasado la noche anterior, cada segundo. Todo desde un silencio cargado de significado que iba a complicar las cosas a los operadores de cámara.

La verdad era que parecía una tortura. Después de todo lo que habían compartido la noche anterior, ahora se veían expuestos a la audiencia de todo un país. Pero, por otro lado, le gustaba tener ese secreto con él, algo que sólo ellos dos sabían.

- −Dime, ¿has hecho algo interesante estos últimos días? −preguntó él con una mirada inocente que casi hizo reír a Tori.
 - −No, la verdad es que nada interesante −respondió ella siguiéndole el juego.

Él levantó una ceja.

- −¿No? ¿No pasa nada en tu vida que sea excitante o instructivo? No me lo creo.
 - -Todo es aburridísimo.
 - -¿Aburridísimo? preguntó ofendido.
- -Sí, me lo paso mejor cambiando ruedas y bujías que aquí -repuso ella bostezando.

También aprovechó para estirarse, elevando los brazos a pesar de que sabía que el movimiento hacía que el jersey se ajustara más a su cuerpo. Él se dio cuenta. Tori vio cómo tragaba saliva.

—Bueno, ya veo que te gusta trabajar con coches —repuso él—. Pero no es tan divertido como correr, ¿no? Porque seguro que te encanta estar en el asiento del piloto. Eso te da absoluto control. Y puedes manejar la palanca de cambios —añadió con una picara sonrisa.

No pudo evitar estremecerse al oír sus palabras y sintió calor entre sus piernas. Andrew era peor de lo que pensaba.

—Eso depende de la palanca. Algunas no están muy bien —repuso ella para hacerlo sudar—. Tiene que ser del tamaño perfecto, del tamaño justo para que me quepa en la... —añadió ella lamiéndose los labios—. En la palma de la mano.

Andrew se puso colorado. A Tori le quedaba muy claro lo que estaba imaginándose. Nunca se imaginó que pudiera llegar a gustarle tanto hacerle a un hombre lo que le había hecho a Andrew la noche anterior.

Él inspiró profundamente y sus manos se tensaron en un puño. Estaba claro que estaba consiguiendo excitarlo.

-Nunca había pensado en eso -siguió él desafiándola-. En que ha de caber en un puño. Yo pensaba que lo importante era que funcionara bien, que tuviera energía y fuerza. Y que fuera lo bastante larga...

Tori se mordió el labio inferior. No sabía si gemir o reír.

—Sí, la longitud y el grosor son importantes. Pero lo que de verdad es esencial es que se mueva con suavidad.

Él asintió.

-Eso parece razonable.

Tori pensó que ya habían dejado de torturarse mutuamente, pero estaba equivocada.

− Así que me imagino que tendrás que mantenerla bien lubricada − dijo él sin darle importancia − . Para asegurarte de que se mueva con suavidad.

A Ton le dio un ataque de tos al oírlo y se juró que después le haría pagar por hacerla sufrir así. Cerró los ojos un instante para recobrar la compostura.

—Sí. Así es. Cierto. La lubricación es esencial —dijo ella levantando una ceja—. Tan esencial como tener una conductora experta al volante.

Él apretó la mandíbula.

- −¿Me estás diciendo que eres una experta? Entonces tendrás mucha experiencia, con un montón de herramientas distintas, ¿no?
 - No tiene por qué ser un montón.
 - -; Cuántas?
 - -Las suficientes.
 - −¿Docenas de palancas?
 - -iNo!

−¿Diez?

Ella negó con la cabeza. Respiró profundamente y decidió ser piadosa con él y admitir la verdad.

− A lo mejor sólo se necesitan una o dos para conseguir la que te va bien.

Él la miró a los ojos y ella ni siquiera pestañeó, para dejarle saber que acababa de decirle la verdad. Él no había sido el primero, pero no tenía mucha experiencia antes que él.

Después de unos segundos, a Andrew se le suavizó la expresión.

- -Parece razonable.
- Me alegro de que me des tu aprobación. Aunque, claro, esto no te concierne.
- —Claro —admitió él—. Lo importante es que tú te des cuenta de que, como has encontrado el vehículo que más te gusta montar, no quieras volver a montar otro en tu vida.

Cuando alguien llamó a la puerta de su cuarto esa tarde. Andrew pensó inmediatamente en Tori. Quería estrangularla o saltar encima de ella después de la conversación que habían tenido esa mañana en la galería. Casi mandó a paseo a las cámaras y pensó en tocarla allí mismo, pero Ginny y Sukie llegaron y la atmósfera se rompió. Acababa de decirle a Tori, usando el símil del coche, que a lo mejor no había sido el primer hombre en su vida, pero que estaba decidido a ser el último, cuando las otras dos chicas habían entrado.

Andrew se había excusado rápidamente y había salido de allí, rezando para que ni las cámaras ni las chicas hubieran podido ver la erección que abultaba sus pantalones.

Abrió la puerta del cuarto sin preguntar quién era. Pero se encontró con el director delante y no con Tori, como esperaba.

−Quiero hablar contigo −le dijo Niles Monahan.

No le gustaba ese hombre. Le parecía un hombre tramposo y poco sincero. No confiaba en él y no quería que entrase en su habitación, donde no había cámaras.

- -Dime.
- —Creo que deberías saber que hemos hecho un cambio en los planes de esta noche. Andrew se tensó de inmediato. Sabía que si Tori no iba, él también se inventaría algo. Ella era la única razón que lo animaba a ir al club social esa noche. Le importaba poco lo que pasara con el programa. Desde anoche, su vida había dado un nuevo giro que requería toda su atención, sólo pensaba en ella y en el futuro que los dos pudieran tener juntos.

Después de su primera decepción con la prometida que lo abandonó, Andrew había dejado de pensar en sentar la cabeza y formar una familia. Nada de eso le parecía tan importante como su trabajo.

Pero ahora empezaba a ver las posibilidades de esa vida. Porque por fin había encontrado una persona con la que formar un hogar.

- $-\lambda$ qué te refieres? —le preguntó.
- —Estamos tan cerca del final, que creemos que ha llegado el momento de hacer que cada concursante pruebe lo que ha aprendido. Queremos ver cómo se desenvuelven solas en un entorno social.
 - -Buena idea repuso él sin pensar demasiado en lo que le estalla explicando.

Le importaba poco, su corazón no estaba en el programa y su mente tampoco.

Era increíble, pero él había ido allí para recaudar fondos para una fundación y para comprobar cómo funcionaban sus teorías en esas chicas. Lo que menos había esperado era que fuera a perder la cabeza por una de ellas y perder el control en el suelo del invernadero. Nunca pensó que pudiera llegar a enamorarse.

Pero sabía que había ocurrido. Estaba loco de amor y deseo por esa piloto de carreras graciosa y peleona. El programa le importaba poco, sólo quería que acabara ya y empezar una vida con ella. Porque, fuera como fuera, quería que formara parte de su vida.

—Me alegro de que estés de acuerdo —le dijo Niles—. Porque hemos pensado que una de las mejores maneras de probarlas sería que salieran en una especie de cita.

Esa palabra hizo que despertara. No podía creerse que ese hombre quisiera que Tori saliera con algún hombre por ahí. Lo haría por encima de su cadáver.

- —De eso nada —replicó—. No vas a encontrar a nadie por aquí con quien pueda, puedan salir. A no ser que quieras contratar a alguien. Y no creo que a la productora les guste que sus damas salgan con un gigoló que has encontrado en la guía telefónica.
 - Tienes razón. Y por eso hemos pensado hasta dar con la solución al problema.

Andrew esperó. Sabía que no lo iba a gustar lo que estaba a punto de oír.

— Eres un soltero educado y atractivo. Tú, mejor que nadie podrías puntuar su comportamiento. Sería en el mejor interés de todo el mundo.

Andrew negó con la cabeza antes incluso de que Niles terminara de hablar.

- −No, no. De eso nada.
- —¡Venga, hombre! No es una cita de verdad. Son como las salidas de siempre, pero de una en una. Piensa en que se trata de una clase privada. He oído que no te importa darlas.
 - −¿Estás insinuando algo? − preguntó él con los ojos entrecerrados.
- —Claro que no. Tus esfuerzos con las chicas están siendo admirables. Este programa está consiguiendo lo que te proponías —le dijo el director —. Tu primera salida será esta noche. Puedes ir al baile del club social, tal y como se había programado.

Andrew sacudió la cabeza de nuevo, pero Monahan siguió hablando.

−Con la señorita Lyons.

Y Andrew se dio cuenta de repente de que la idea no era tan mala como pensaba.

No era mala en absoluto.

Capítulo 9

Tal y como esperaba, no dejaron que Ton decidiera nada sobre su aspecto esa noche. Pero cuando se vio frente al espejo de su cuarto, no le importó.

–¿Esa soy yo? −murmuró.

No podía creer lo que veía. Siempre solía llevar vaqueros y camisas de franela, nunca se ponía tacones. No se reconocía a sí misma.

El vestido era dorado, simple y perfecto. Era liso y recto. Moldeaba con sensualidad su figura y se ataba en la parte superior con finos tirantes. Calzaba unas elegantes sandalias. Y hasta le habían pintado las uñas de los pies.

-Estás preciosa, Tori -le dijo Sukie orgullosa mientras miraba su reflejo en el espejo.

Nunca había ido a un baile del instituto, para entonces ya estaba corriendo en carreras. No pensaba que se hubiera perdido mucho, pero ahora creía que lo echaba de menos, igual que otras cosas que habían faltado en su vida.

- -Gracias. Sukie. Y gracias por ser tan comprensiva, pensé que Teresa y Tiffany me iban a arrancar el pelo cuando se enteraron.
- Sólo están celosas. Saben que no podrán nunca conseguir a Bennett. Pero tú sí.

Ella sabía que lo había conseguido, al menos llevarlo a la cama, pero no creía que pudiera enamorarse de ella.

- —Estás muy guapa —le dijo la señorita Evelyn comprobando el resultado con detenimiento—. Menos mal que hemos podido dominar tus salvajes cejas. Pero me habría gustado ponerte más sombra de ojos.
 - −No, gracias −repuso Tori.
- −No, está perfecta −opinó Sukie −. La sombra dorada que le has aplicado va genial con el vestido. Con esos ojos azules no necesita nada más.

Tori sonrió a Sukie con cariño.

Suzanne, otra de las expertas en protocolo, entró entonces en el cuarto.

- -Estás muy bien -le dijo-. ¿Recuerdas todo lo que hemos repasado? Tienes que esperar a que el aparca coches abra la puerta, deja que te ayude a salir...
 - −De acuerdo, creo que lo haré bien.

Tori oyó a alguien reírse a sus espaldas. Era Jacey, la operadora de cámara.

- -¿Qué tal estoy? le dijo.
- América dice que fenomenal.
- América me importa poco esta noche, sólo quiero pasármelo bien repuso
 Tori entusiasmada.

-Espero que no haya ninguna princesa de cuento en el baile, porque voy a romperles la nariz a codazos cuando empiece a bailar a lo vaquera.

Evelyn y Suzanne se miraron con horror.

−¡Era broma! −le dijo Tori.

Sukie y Jacey ya estaban riéndose.

- − Me encantaría estar allí para verlo − le confesó Jacey.
- Me sorprende que no lo estés.
- −Es mejor así.

Tanto Jacey como Andrew y Tori se habían dado cuenta de que ella había empezado a ser parcial y no se fiaba de sí misma. Necesitaban un operador de cámara implacable, que estuviera toda la noche encima de ellos sin dejarles a solas.

Tori le sonrió y Jacey asintió. Aunque era parte del equipo y no podía mostrar favoritismos, Tori sabía que Jacey apostaba por ellos dos. Y no sólo por la audiencia y tampoco por su reciente amistad. Estaba claro que Jacey tenía algo personal en todo aquello.

Como ya estaba lista, Tori salió de la habitación y se encaminó a la escalera para bajar al vestíbulo. Mientras descendía, vio que Andrew la esperaba ya abajo, mirándola sin pestañear.

Su corazón empezó a golpearle en el pecho. Estaba guapísimo. Llevaba un esmoquin negro, acababa de afeitarse y su pelo estaba aún algo húmedo después de la ducha. Parecía un modelo sacado de una revista.

Pero lo que más le gustó fue la expresión en su cara. La miraba con hambre. Tori pensó que no le importaría pasarse la vida viendo esa mirada.

- -Estás preciosa murmuró él cuando llegó abajo.
- -Gracias repuso ella . Parecías el mismísimo Rhett Butler mirándome como lo has hecho desde la escalera. Tu mirada y tu sonrisa eran de lo más pícaro que he visto en mi vida añadió ella en un susurro.
- —Hablando de picardía. Tuve que darme otra ducha fría después de salir esta mañana de la galería.
 - -Empezaste tú.
 - − Y tengo intención de terminarlo.
 - −¿Vas a sobornar al operador de cámara?
 - − A lo mejor podemos drogado.
 - −O echar a correr como locos.

Andrew comenzó a reír y eso captó la atención del cámara que se acercó de inmediato. Estaba claro que había notado que susurraban.

- Bueno, profesor, intentaré no volver a decir ninguna tontería como ésa cuando estemos en público. No quiero que se avergüence de mí — dijo Tori en voz alta.
 - −Tori, tú nunca podrías avergonzarme −repuso él con seriedad.

Sabía que sólo lo decía por la audiencia de televisión, pero, aun así, le gustó escucharlo.

Sabía que una noche así habría sido una tortura con cualquiera de las otras chicas, pero no con Tori. Con ella la noche fue perfecta. Desde que cubrió sus hombros con la capa antes de salir hasta ese instante, tres horas después, en la pista de baile, aprovechándose de la penumbra y de la música para seguir bailando y así poder seguir estando en brazos el uno del otro. Tori parecía estar más bella con cada instante que pasaba. Era la más bonita de la fiesta. En ese instante se dio cuenta de hasta qué punto había cambiado en las últimas dos semanas. Siempre había sido guapa, pero entonces tenía además seguridad y elegancia.

Se movía con desenvoltura, pero sin dejar de ser amable con cada persona que le presentaban.

Esa noche era la cita perfecta para dos personas como ellos, que se sentían tan atraídos.

Tori parecía encantada de notar en el ambiente que pronto sería Navidad. El club estaba adornado con plantas verdes y lazos rojos por todas partes. En medio de la pista había un inmenso árbol de Navidad, lleno de brillantes adornos, ninguno tan deslumbrante como el vestido de Tori.

Andrew no había pensado mucho en la cercanía de las fiestas, ya que la casa donde vivían no estaba decorada, seguramente porque no emitirían el programa hasta febrero.

La felicidad en los ojos de Tori hizo la velada aún más deliciosa. Sólo le faltaba dar saltitos mientras le contaba entusiasmada todas las tradiciones navideñas que le gustaban. Casi pudieron olvidarse del operador de cámara y de la gente que los rodeaba, conscientes de que estaban participando en un reality.

- -Me preguntó en qué estará pensando esa gente -le comentó Tori en un susurro.
- —Ni idea. A lo mejor creen que somos una pareja de la realeza, mezclándose con los demás mortales durante una noche.
 - − No, yo no soy ninguna princesa de cuento ni lo quiero ser.
 - −Pues pareces una −le dijo él mirándola con intensidad.
 - − A lo mejor la *Cenicienta*.
 - -Ella era mi favorita.
- —Y la mía —repuso ella, dejando que su cabeza se apoyara en el hombro de Andrew.

A Andrew no le gustaba mucho bailar. Nunca había ido a clases. De niño, había estado más preocupado por conseguir comida que por ir a clases de baile o hacer deportes.

Pero, por algún motivo, Tori y él consiguieron bailar toda la noche y lo hacían en perfecta armonía, como si lo hubieran ensayado. Era como hacer el amor con ella estando vestido.

- -Tenemos público.
- − Ya me he enterado − repuso él mirando al cámara.
- Me refiero a la gente de aquí.
- —Saben que somos parte de un programa que se está rodando. Seguramente creen que es uno de esos tan horrorosos en los que personas que no se conocen tratan de conseguir que otro se enamore de ellos sólo para conseguir un cuantioso premio económico. Esos programas son lo peor de la televisión.

Tori se estremeció un poco y Andrew vio que alguien había abierto la puerta que daba a un patio exterior.

−¿Estás bien?

Ella asintió y no dijo nada, simplemente se acurrucó más contra él. Andrew, sin poder controlarse y sin querer hacerlo, la besó en la sien.

−¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza.

- −¿En qué piensas?
- En bailar. Sabía que me iba a gustar cómo bailas en público.
- −¿Como bailo?
- −Sí, es todo muy decente y correcto. Pero también un poco travieso, como hacer el amor pero de pie y sin besos −le susurró ella.
- —Yo estaba pensando en lo mismo —admitió él—. No me importaría probar tus bailes tampoco.
- A lo mejor puedes venir a verme a Tennessee e iremos a bailar como los vaqueros.

Andrew se apartó un poco para mirarla a los ojos.

−¿Tennessee? ¿De verdad te ves volviendo allí?

Y su pregunta encerraba muchas otras.

- −No lo sé −repuso confusa −. Cada día estoy más confusa.
- Acabarás sabiéndolo. Y yo estaré a tu lado cuando descubras qué es lo que quieres hacer cuando termine el programa. Lo único que sé es que darás un paso adelante. Eres demasiado fuerte para volver atrás.
- −No me siento muy fuerte −le dijo ella bajando la vista −. Además, nosotros somos muy diferentes, venimos de dos mundos distintos. Creo que no deberíamos ni

pensar en dónde estaremos dentro de una semana. Antes de que pasen esos días, podría ocurrir cualquier cosa. ¿Quién sabe lo que pensaras de mí cuando todo esto termine y todo se sepa?

No la entendía, pero veía que estaba muy preocupada. Lo podía sentir en su tenso cuerpo.

- Eso es ridículo. Y nuestros mundos no son tan diferentes como crees. No soy quien crees que soy. Él aún no le había hablado de su dura infancia, pero ése no era el momento para hacerlo.
- -A lo mejor yo tampoco soy quien crees que soy -murmuró ella en voz bajísima.

Ella le levantó la cara tomándola de la barbilla, para conseguir que lo mirara.

−¿Qué quieres decir?

Tori abrió la boca, pero no pudo decir nada.

−¿Qué pasa? ¿En realidad eres un hombre?

Pero ella no se rió.

- Era broma, Tori. Cuéntame que pasa.

Ella dudó de nuevo. Pero luego respiró hondo. Estaba preparándose para hablar cuando Sam, el operador de cámara, se acercó tanto a ellos, que casi le dio a Andrew en el brazo.

Andrew lo fulminó con la mirada, pero vio que Sam miraba a Tori como si la estuviera amenazando y ella no dijo lo que iba a decir.

La noche había sido mágica para Tori. Toda ella, hasta que se pusieron a hablar del programa. Durante unas horas, bajo los adornos navideños, había podido bailar con él y olvidarse de cómo se conocieron y qué hacían juntos. Ni siquiera la presencia de Sam la había molestado, al menos no hasta el momento final, cuando había estado a punto de desvelarle a Andrew la verdad. Quería decirle que él era el objetivo y la víctima de uno de esos programas que tanto odiaba.

Sabía que no iba a reaccionar bien cuando supiera la verdad. Lo más seguro era que demandara a Burt Mueller, tal vez incluso quisiera pegarle. Y no quería ni pensar en lo que sentiría por ella.

Sam parecía haberse dado cuenta de lo que había estado a punto de hacer y su mirada amenazante la había parado en seco.

No quería que lo suyo terminara y temía qué ocurriría ciando Andrew se enterara de la verdad. A lo mejor no del todo, pero pensaba que dejaría de confiar en ella. Porque ya una vez le había hecho daño una mujer que lo había dejado por dinero.

Así que sólo quería disfrutar de esa noche, para poder después recordarlo, por si acaso no volvía a repetirse.

Más tarde, cuando la fiesta comenzó a degenerar un poco y volverse más estridente, Andrew fue al bar a por bebidas. Tori vio que le daba una propina al camarero.

- −¿Qué has hecho? −le preguntó cuando volvió con su copa de vino.
- -He pensado que a lo mejor Sam estaba sediento.
- −¿Estás intentando emborracharlo para que deje de seguirnos?
- −Es la cuarta copa que le mando.

Tori no pudo evitar reír.

- -iY adonde piensas ir cuando se desmaye o se distraiga?
- − Ya lo verás.

No tuvieron que esperar mucho. El cámara, que estaba pasando mucho calor en ese salón, se bebió de un trago la copa. Cinco minutos después, mientras Andrew y Tori saboreaban una deliciosa tarta, vieron cómo Sam dejaba la cámara en una mesa y se sentaba al lado.

- − Casi medianoche. Ha sido más rápido de lo que pensaba − confesó Andrew.
- -Eres muy malo.
- −Ven −le dijo tomándola del brazo.

Atravesaron la pista. Andrew miró atrás una vez para comprobar el estado del cámara.

Sigue medio dormido.

Cuando salieron de la sala, comenzaron a correr por el pasillo, parando un segundo al pasar al lado de otras personas. Fingían estar simplemente dando una vuelta por el edificio, rezando para que nadie se diera cuenta de la tensión sexual que los unía.

Tal era el deseo que tuvieron que parar un momento, donde no había nadie, y él la tomó entre sus brazos. Tori asió su cuello con fuerza y se fundieron en un apasionado beso. Ella no podía moverse, pensar ni respirar. Se quedó atrapada entre los brazos de Andrew, dejándose llevar.

−¡Dios mío! No sabes cuánto te deseo −le susurró ella con urgencia.

Esa vez fue ella la que lo tomó de la mano. Juntos fueron hacia el baño de señoras, que tenía una zona de estar con un cómodo sofá.

- −¿El cuarto de baño? − preguntó él.
- -Espera un momento.

Tori entró y comprobó que no había nadie. También se alegró al observar que la puerta tenía cerrojo. Abrió y se encontró con Andrew esperándola al otro lado de la puerta, vigilando que no se acercara nadie.

Ella lo agarró por las solapas y lo metió dentro. Él rió sorprendido.

Tori cerró la puerta y le quitó la pajarita con un rápido movimiento. Rápidamente, le desabrochó la camisa. Y después le libró del resto de su ropa. — Llevo toda la noche soñando contigo —le dijo él mientras la giraba para bajarle la cremallera.

A pesar del deseo que le nublaba la mente, ella no dejó de percatarse de la delicadeza con que la desnudaba, cuidando que no se estropeara el fino tejido de su vestido.

Era todo un caballero.

Pero, en ese instante, lo último que necesitaba era tener delante a una dama.

-¡Tómame, Andrew! -le susurró mientras su vestido caía a los pies de los dos.

Él se quedó contemplándola. Mirando su pelo, con el moño ya medio deshecho, su garganta, sus pechos desnudos, sus diminutas braguitas doradas y sus medias con liguero.

La cara de ese hombre hizo que le mereciera la pena haberse vestido así, aunque al poco de dejar la casa pensó que iba a congelarse.

Él se inclinó de nuevo sobre ella, esa vez besándola más lentamente, saboreando cada superficie, la suavidad de su lengua, la dureza de sus dientes. Ella gimió y lo acompañó en ese baile de lenguas, inclinando la cabeza hacia atrás para profundizar en el beso.

-Espera -le dijo ella mientras se separaba lo suficiente como para bajarse las braguitas y quitárselas.

Se dejó puestas las medias y las sandalias.

- Eres maravillosa - susurró él entre gruñidos - . Pagana y seductora como las diosas tribales.

A Tori le gustó esa imagen, le encantaba sentirse valorada y apreciada por él. Pero de repente, él pareció enfriarse. Echó la cabeza atrás y gimió fastidiado.

−¡Dios mío! No he traído protección −confesó.

Ella tardó un segundo en percatarse de lo que hablaba.

- —Supongo que éste no es el tipo de sitio donde tienen máquinas expendedoras de preservativos en los lavabos de hombres, ¿verdad?
 - −¿Quieres ir rápidamente a allí a ver si hay? − preguntó ella sonriendo.
 - −¿Cómo puede esto parecerte gracioso? −le dijo él enfadado.

Ella se entretuvo mordiéndole los pezones antes de contestarle.

− A lo mejor porque yo sí que he traído protección en mi bolso...

Él la miró esperanzado.

Se alegraba de que Sukie la hubiera convencido para llevar algunos preservativos con ella. No pensaba que fuera a necesitarlos, pero había llevado uno consigo por si acaso, para que no le pillara ese momento desprevenida.

Tenía que acordarse de darle las gracias a Sukie.

Apenas le dio tiempo de ir a por un preservativo a su bolso. Cuando se volvió, él la tomó entre sus brazos y la echó en el sofá.

La besó de nuevo, con dulzura y suavidad, mientras que con sus manos recorría el resto de su cuerpo.

El deseo iba creciendo entre ellos.

Parecía gustarle especialmente que se hubiera dejado las medias puestas, porque se distrajo largo rato acariciándole los muslos, por encima de las medias, hasta el elástico e incluso la piel que asomaba por encima. Arañándola con las uñas hasta llegar a los rizos de sus partes más íntimas. Ella no podía aguantar más, se moría de ganas de que él la poseyera.

- Más, por favor − suspiró ella − . Y más deprisa.
- —Bueno, aquí no tienes ninguna jardinera ni maceta cercanas para darme en la cabeza si no hago lo que quieres —bromeó él mientras tomaba un pecho entre sus labios.

Le pasó la lengua por el pezón y ella se arqueó hacia él, dándole más y mejor acceso a su suave piel.

Él siguió acariciando y lamiendo, hasta que un cúmulo de sensaciones le atravesaron el cuerpo de arriba abajo, aumentando también el placer que comenzaba a humedecer la zona entre sus piernas.

—Creo que esta noche no tengo por qué amenazarte —le dijo ella cuando la entrecortada respiración se lo permitía —. Pero tienes que saber que creo en la ley del ojo por ojo, diente por diente.

Le sonrió y empujó para rodar con él, quedando encima.

−Y una tortura se paga con otra tortura −añadió Tori.

Comenzó a besar y acariciar su cuerpo, disfrutando con el placer de sentir la suavidad de su piel y la firmeza de sus músculos bajo la palma de sus manos.

- − Me encanta hacerte esto − le dijo mientras besaba su torso de un lado a otro y saboreaba sus músculos con la lengua.
 - Bueno, no eres tú sola. A mí también me gusta.

Por fin, sin poder ni querer esperar más. Ella se apartó para abrir el preservativo. Andrew la observó con fuego en los ojos mientras Tori se lo colocaba. Creía que ella iba a querer estar en control de la situación, pero no era así. Esa vez, Tori quería que fuera él quien la montara y que lo hiciera con fuerza e ímpetu.

Se tumbo sobre el sofá y lo empujó hasta que quedó sobre ella, abriendo las piernas y susurrándole al oído.

-Hazme el amor.

Y él así lo hizo, deslizándose dentro de ella muy lentamente, con mucho cuidado y haciendo que el cúmulo de sensaciones y placer llegara tan lejos, que ella

no pudo sino jadear y gritar. Siguió enterrándose dentro de ella, muy poco a poco, y sin dejar de besarla con ternura ni un solo minuto.

Siguieron así. Dando y tomando. Con besos húmedos y caricias lánguidas y extremadamente lentas.

Tori no dejó de susurrarle cosas al oído. No dejó de decirle cuánto le gustaba lo que estaban haciendo y lo bien que la hacía sentir todo aquello. También le dijo que nunca quería que aquello se acabara.

El le susurró algo también. Pero, en la pasión del momento, apenas fue consciente de sus palabras, estaban a punto de llegar al climax juntos y, a pesar de la intensidad del instante, ella supo en su corazón qué era lo que Andrew le había dicho. Se quedó grabado en su subconsciente.

—Me he enamorado de ti, Tori. Su cuerpo remontó el vuelo, envuelta en una espiral de placer como nunca había sentido y con un montón de sentimientos agolpándose en su corazón, por lo que sentía por lo que creía que le había oído decir. Sabía lo que había dicho y creía que eso implicaba que había llegado el fin de su relación.

Sus palabras valían un millón de dólares. Pero también sabía que, a largo plazo, esas palabras iban a hacer que lo perdiera para siempre.

Capítulo 10

Tal y como Andrew podía haber adivinado fácilmente, Teresa y Tiffany fueron eliminadas del concurso el lunes por la mañana. Eso hacía que sólo fueran Tori. Sukie, Robin y Ginny las que quedaran en la casa. Las cuatro finalistas que iban a competir por el gran premio final del programa.

No tenía ninguna duda. Él estaba convencido de que Tori iba a ser quien ganara. Todo el mundo había estado muy impresionado la noche anterior con cómo había cambiado. Hasta Monahan se le había acercado el lunes por la noche para decirle que había visionado las cintas del baile y que le había impresionado lo bien que se desenvolvía la joven en sociedad. Le parecía que tenía una gran elegancia y belleza naturales. Parecía haber entusiasmado a toda la gente que conoció esa noche.

También le preguntó sobre su paradero durante los minutos en los que Sam los había perdido de vista. Andrew simplemente le contestó que Tori había necesitado un poco de aire fresco. No le importaba lo que el director pensara o si creía que le estaba mintiendo. Tampoco le importaba que se preguntara por qué Tori había vuelto a la fiesta con el pelo suelto y sobre los hombros. Y eso sin tener en cuenta que tenía todo el aspecto de una mujer que acababa de hacer el amor de manera apasionada.

La creciente curiosidad entre la plantilla y el resto de los técnicos del programa le traían sin cuidado. Pero a ella, en cambio, parecía molestarle. Había vuelto a evitarlo. No había acudido a su clase personal ni tampoco a la de noticias internacionales. Y, cuando se encontraban por los pasillos, ella bajaba la vista.

Andrew sentía que tenía que hacer algo, que tenía que convencerla de que no había razón para que estuviera avergonzada de nada. Era cierto, habían hecho el amor como dos locos en un cuarto de baño público. Tampoco era menos cierto que, cuando salieron por fin de allí, se encontraron con dos señoras atónitas esperando en el pasillo.

Pero nada de eso importaba. No era nada comparado con lo que habían compartido y lo que habían sentido.

Al menos, con lo que él había sentido. Porque, si no recordaba mal, él había sido el único que había expresado en voz alta sus sentimientos. Le había dicho que la quería. Por supuesto, había sido durante el punto álgido del acto sexual y algunos hombres habrían dicho cualquier cosa en ese instante. Andrew, en cambio, estaba preparado para admitir esos mismos sentimientos a la luz del día. Pero ella ni siquiera se lo había pedido. No lo había siquiera mencionado, ni después de hacer el amor, cuando se quedaron abrazados y desnudos sobre el sofá, ni mientras se vestían, ni durante el resto del baile o el viaje de vuelta a la mansión en limusina.

Lo más sorprendente había sido que, cuando él trató de hablar de nuevo del tema, para asegurarle que había hablado en serio y no había sido simplemente algo que hubiera soltado en el calor del momento, ella había cambiado de tema. Y no había sido muy sutil al hacerlo, todo lo contrario.

Era como si no quisiera saber lo que sentía por ella.

-Es ridículo -se dijo a sí mismo el manes por la mañana cuando bajó las escaleras de la casa dispuesto a empezar un nuevo día.

Estaba seguro de que ella quería saberlo, a lo mejor lo que le molestaba era que se lo hubiera dicho delante de las cámaras. Eso lo podía entender y estaba preparado para esperar hasta que salieran de allí para hacer que Tori se enfrentara a sus sentimientos, que sospechaba y esperaba que fueran los mismos que él tenía.

Ella había comentado brevemente que le preocupaban sus diferencias, los dos mundos tan distintos de los que ambos procedían. Eso lo podía comprender, después de todo, él no había tenido la oportunidad de hablarle de su pasado para que supiera cuánto tenían en común. Los dos habían perdido a uno de sus padres durante su infancia, habían sufrido inestabilidad y problemas económicos. Pero sabía que pronto podrían hablar de todo ello.

-Profesor, me temo que tenemos un problema -le dijo Niles Monahan esa mañana al ver a Andrew en las escaleras.

Andrew se tensó de inmediato. Ya empezaba a conocer a ese individuo y sabía que no le iba a gustar lo que tuviera que decirle.

- −¿Qué pasa?
- —Bueno, está nevando mucho. Se suponía que iba a tener hoy citas con las chicas... Quiero decir, salidas con las chicas —se corrigió rápidamente—. Pero como Sukie estuvo enferma anoche, ya vamos con retraso respecto al horario previsto. Habíamos pensado que comieras fuera con una de ellas y cenaras con otra. Pero, aun así, nos faltaría una salida con otra joven. Hemos hablado de que desayunaras mañana por la mañana con la cuarta joven, pero queríamos que se eliminaran otras dos chicas antes de que eso ocurriera. Porque queríamos que pasaras el último día de grabación sólo con las dos concursantes finalistas.

Le hablaba muy deprisa, como si estuviera nervioso, y Andrew se imaginaba por qué. Las llamara como las llamara el director, tenía claro que las excursiones planeadas eran más citas que otra cosa. Tenían toda la pinta de ser citas y lo eran a efectos prácticos. Ese hecho, añadido a lo que acababa de contarle, lo había puesto sobre aviso.

Miró por la ventana y vio con qué fuerza caía la nieve. Estaba claro que el director tenía un serio problema. Andrew sonrió, no le preocupaba que la mala meteorología fuera a dar al traste con todas las citas programadas, ya que había estado en contra desde el principio. Ya había salido con quien quería salir, con Tori, y eso era todo lo que le importaba.

−Vaya, lo siento mucho −le dijo−. La nieve está cayendo con tanta intensidad, que me temo que no podrán venir las máquinas quitanieves para despejar los caminos hasta dentro de unas cuantas horas.

Niles asintió.

-Se nos ha ocurrido una idea.

Andrew no pudo reprimir una mueca de desagrado.

—Si pudieras pasar una hora con cada una de las jóvenes hoy, eso nos daría la oportunidad de grabar momentos de cada una de ellas desenvolviéndose en compañía de un hombre. Tú puedes elegir la actividad que quieras. Puedes dar una clase con cada una, cenar o comer o dar una vuelta en trineo.

La idea no era tan desagradable como había temido, pero no quería que el director se saliera con la suya tan fácilmente.

−¿Crees que a las otras chicas no les importará, teniendo en cuenta que Tori sí que pudo ir a una fiesta conmigo? Ella ha sido la única que ha tenido la posibilidad de salir de la mansión y pasar una velada sin ninguna otra concursante cerca.

Monahan le dedicó una sonrisa.

- —Bueno, creo que todas entienden lo importante que esa velada fue para ella, sobre todo después de que Sukie y Robin tuvieran la oportunidad de ir al ballet. Pero, para resarcirnos de ello, creo que sería buena idea dejar que las chicas se arreglen especialmente esta noche y tener una cena de gala aquí mismo, en la casa. Para Andrew, sería como una pesadilla, no se imaginaba pasando la velada con cuatro mujeres vestidas con sus mejores galas y a cual más agresiva.
 - −De eso nada −repuso.
 - A Niles no le sorprendió la respuesta.
- —No estarás tú solo. Van a participar todos los profesores y será en el gran salón de fiestas. Será la gran prueba final para las chicas y los profesores tendrán la oportunidad de votar para elegir a las dos finalistas —replicó el director cruzándose de brazos—. Creo que de esta manera, el momento ganará en dramatismo. Será mucho mejor que tener a los profesores votando en secreto.

La descripción que hizo Niles Monahan de la velada no sonaba tan mal como el había temido. Al fin y al cabo, no estaría solo, a la fiesta acudiría un buen número de personas. Creía que podría hacerlo.

- -Muy bien, supongo que es buena idea.
- -Pero, también vas a pasar algo de tiempo, una hora más o menos, con cada una de ellas a solas durante el día, ¿verdad?

Andrew dudó un segundo antes de contestar.

-Está bien, una hora con cada una.

A Tori no le importó demasiado que Robín tuviera la posibilidad de desayunar a solas con Andrew, durante toda una hora, en la galería. Sobre todo porque, después, Robin le había confesado que sólo hablaron del tiempo, de la mansión y de algunas culturas antiguas de Sudamérica.

Tampoco se preocupó demasiado cuando supo que Sukie iba a pasar una hora con él en la biblioteca. Sukie se había dado cuenta de que Robin y Tori serían probablemente las elegidas como finalistas del concurso y aprovechó esa hora para dejar que Andrew le aconsejara. Quería saber lo que debería hacer con el dinero que había ganado al conseguir llegar a ser una de las últimas cuatro finalistas.

En cambio, Ginny...

−¿Quieres relajarte de una vez? −le pidió Sukie esa tarde desde su cama.

Estaba haciendo ejercicios con las piernas en alto. Estaba claro que estaba aburrida, porque Sukie siempre se ponía a hacer gimnasia cuando se aburría. Su principal problema era que ya no le quedaban chicles y la profesora de protocolo y estilismo, Evelyn, les había prohibido a todas que le dieran chicle a Sukie.

- -Están comiendo juntos repuso Tori.
- —Sólo es una comida. Eso es todo. No es como si estuvieran haciéndolo sobre la gran mesa del comedor.

Tori resopló.

- −¿Haciéndolo? Creo que ahora que somos damiselas bien educadas tenemos que llamarlo el acto sexual.
- Bueno, creo que cuando vuelva a casa con el dinero que he ganado todos van a querer practicar el «acto sexual» conmigo.

Tori se rió con ganas, era la primera vez que lo hacía ese día. Sukie estaba consiguiendo animarla un poco.

Pero no podía dejar de pensar en Andrew, que estaba comiendo con una chica que aspiraba a ser una de las conejitas de Playboy y que, para conseguir el millón de dólares prometido, estaría dispuesta a hacer casi todo.

Tori confiaba en Andrew totalmente. Era un tipo demasiado decente como para acostarse con ella el domingo y hacer algo con Ginny a los dos días. Aun así, Ginny debía de ser consciente de que se le estaban acabando las oportunidades y las mujeres desesperadas hacían cosas desesperadas...

- $-\lambda Y$ si se desnuda delante de él y le pone sus enormes melones en la cara?
- —Entonces, conseguirá ahogarlo —repuso Sukie—. Pero estoy segura de que no se las tocaría.

Eso hizo que se sintiera mejor, le dedicó una sonrisa a su compañera de habitación, que seguía practicando ejercicios de gimnasia.

Las dos miraban el reloj. Por alguna razón, Sukie se había dejado llevar por el nerviosismo de Tori y ahora estaba tan intrigada como ella por saber qué había pasado. Se imaginaba que Sukie sospechaba que algo había pasado entre Andrew y ella el otro día, cuando fueron juntos al baile. Tori no le había dicho nada sobre el asunto, pero no le hubiera extrañado saber que Sukie hubiera contado los preservativos que quedaban en la caja y sacado sus propias conclusiones. Desde esa noche. Sukie había estado entusiasmada y no dejaba de decirle que estaba segura de que iba a salir del concurso con un millón de dólares en el bolsillo.

Tori no había tenido ánimos suficientes para llevarle la contraria. Pero lo cierto era que lo último que quería hacer era salir de allí un millón de pavos más rica. Por

supuesto, estaría bien tener ese dinero. De hecho, sería fabuloso, pero ahora más que nunca se daba cuenta de que era cierto lo que decía el viejo refrán. El dinero no podía comprar la felicidad. Ese dinero no le serviría para comprar a Andrew, todo lo contrario. Y ella estaba segura de que él era la llave de su felicidad.

Le recordaba a la historia que habían estado leyendo en clase de lengua y gramática con el señor Halloway. Trataba sobre una dama y un tigre. Ella no tenía que elegir una puerta, como hacía la protagonista de la historia, pero sí un camino que la llevara a su futuro. Y tomara el camino que tomara, sabía que estaba corriendo un grave peligro. Así era como se sentía en esos momentos de espera.

-¡Aquí viene! -susurró Sukie.

Oyeron a alguien andar dando fuertes zancadas por el pasillo.

Sukie saltó de la cama y se acercó a la puerta, abriéndola un poco para poder ver lo que estaba pasando.

−Sí, es Ginny. Y parece que está muy enfadada. Está a punto de dar un...

Pero no tuvo que terminar la frase. Ton pudo oír un fuerte portazo procedente de la otra habitación.

−¡Guau! −exclamó Tori.

Estaba claro que las cosas no habían salido como esperaba Ginny.

– Ahora es tu turno −le dijo Sukie – . ¿Estás lista?

Tori asintió y se miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones de pana gruesos, un jersey de lana y un abrigo negro y largo que le había dado Evelyn.

- —Nunca he estado en un trineo. Bueno, la verdad es que antes de venir aquí apenas había visto la nieve —le confesó ella.
- —Te encantará. El único problema es que no puedes desnudarte y hacerlo en mitad de la nieve o se te congelarán algunas partes.

El humor de Sukie no había cambiado en absoluto desde el día de su llegada a la casa y a Tori le encantaba que así fuera. Aunque nunca había abrazado a otra mujer que no fuera de su familia, no pudo evitar alargar las manos y abrazar a Sukie. Ella le devolvió con cariño el gesto dándole unas palmadas en la espalda.

- −Pásatelo bien −le dijo.
- Lo intentaré.
- —¡Espera! exclamó Sukie antes de que saliera Tori—. Toma, me dijiste que no tenías añadió dándole un par de guantes.
- —Eres un verdadero cielo −susurró Tori−. Te voy a echar mucho de menos cuando se termine el programa.
 - −¿Tienen aeropuertos en Tennessee?

Tori asintió.

- Entonces, claro que me verás.

Se despidió de su nueva amiga y salió de la habitación. Bajó las escaleras, en el vestíbulo la esperaba ya Andrew, listo para su paseo en trineo. La miraba desde allí, como el día del baile, pero no se parecía esa vez a Rhett Butler, el héroe de *Lo que el viento se llevó*, sino más bien al abominable hombre de las nieves.

−¿Estás ahí? −le preguntó Tori.

Andrew estaba tan bien equipado que sólo le veía la mitad de la cara debajo del gorro y la bufanda.

- −No sabes el frío que hace ahí fuera... Es infernal −le dijo él ofreciéndole el brazo.
 - −He oído que el infierno es caliente, no frío.
 - Muy bien. Entonces es frío como...
 - −Como el trasero de un albañil en pleno invierno −repuso ella.
 - −Sí, eso lo expresa bastante bien.

Andrew la tomó de la mano y la llevó afuera. Frente a la casa, los esperaba un gran trineo que imitaba a los antiguos. Tori nunca había visto uno así, sólo en las películas. No pudo evitar sonreír, pensando en lo perfecto que era para esa época del año. El día de Navidad era ese próximo sábado y ella estaba dejando ya que ese espíritu la inundara, como ocurría cada año por esas fechas.

- -Me siento como uno de los ayudantes de Papá Noel -le confesó ella.
- −Sí, pero este trineo lo empujan caballos en vez de renos.
- −Y el conductor es humano, no un elfo −agregó ella al ver que el hombre se bajaba del trineo para ayudarla a subir.

En cuanto subió, se echó a un lado para dejar sitio a Andrew. Los asientos estaban cubiertos de terciopelo rojo. Se acercó más a él para que le diera calor.

El conductor cubrió sus piernas con una manta.

- —Ha dejado de nevar con tanta fuerza. Creo que será un paseo muy agradable. Me llamo Anthony y llevo tapones en los oídos —les dijo con una sonrisa—. Pero claro, esta pequeña cámara no está sorda —añadió señalando al pequeño aparato instalado en el frontal del trineo y cubierto con plástico protector.
 - -Estamos acostumbrados le dijo Tori mirando a la odiada cámara.
- Bueno, ten cuidado de no darle una patada comentó él hombre guiñándole un ojo y poniéndose a las riendas del trineo.

Comenzaron a moverse. Ir por encima de la nieve recién caída con uno de esos trineos era casi como volar. Tori no podía pensar en otra cosa. No iban muy deprisa, pero lo suficiente como para traquetear un poco y disfrutar de las vistas. Se sentía libre de verdad. El ambiente era completamente limpio y fresco. Podía ver su propio aliento y algunos copos de nieve caían despacio sobre su pelo y pestañas. No podía dejar de reír.

−Me encanta −le dijo ella con una sonrisa feliz.

Andrew tomó su mano por debajo de la manta.

- Me alegro.
- -Creo que voy a echar mucho de menos la nieve cuando vuelva a Tennessee. Allí no nieva nunca.

Él se giró un poco en su asiento y sus ojos se encontraron.

- −¿De verdad estás en pensando en volver?
- Bueno, claro. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Él se quedó mirándola fijamente con sus profundos ojos marrones, diciéndole un millón de cosas que no podía decir en voz alta, no cuando tenían una cámara grabándolo todo frente a ellos.

−No puedes volver a casa. Bueno, entiendo que quieras pasar las navidades con tu familia, claro −le dijo él.

Lo que no podía decirle ella era que sabía como quería pasar las navidades. Ésas y todas las que vinieran después.

Con él.

− Pero después, no puedes seguir con tu vida de antes, como si nunca hubieras salido de allí. Lo sabes, ¿verdad?

Ella no dijo nada.

−Lo que quiero decir es que no eres la misma chica que entró aquí hace dos semanas. No puedes volver a una vida sin libros ni educación.

Ella bajó la mirada. Pasara lo que pasara, se quedara o no, sabía que Andrew se merecía saber que ella ya había pensado en hacer algo más con su vida, en cambiar el rumbo de su futuro.

- − Hay una universidad local a una media hora de casa − admitió ella.
- —Eso es un comienzo —le dijo él apretándole la mano—. Pero hay montones de universidades locales por todas partes, también en el norte.

No podía creerse lo que estaba oyendo, estaba diciendo tanto sin decir nada en concreto... Estaba pidiéndole que se quedara, pero sin hacerlo con palabras, sin que medio país pudiera interpretar lo que decía dos meses más tarde, cuando lo vieran por televisión. Todo era demasiado difícil y complicado. Sentía la presencia de la cámara más que nunca, metiéndose en su vida. Pero ella había sido la que había decidido quedarse en el programa y abrir su vida privada a una audiencia televisiva.

Lo que nunca pensó era que iba a tener que abrir también su corazón. Y menos aún en ese instante, cuando lo tenía casi roto, al saber que nunca iba a conseguir el final feliz que quería. Sabía a ciencia cierta que, cuando Andrew supiera que había estado mintiéndole, todo se terminaría entre ellos. No pensaría en nada más que no fuera el dinero y la competición. Y nunca se lo perdonaría.

Podía quedarse y ver cómo la condenaba con sólo una mirada y luchar para que consiguiera entenderla. O podía marcharse y rezar para que algún día llegara a perdonarla y fuera a Tennessee a buscarla.

En ese instante, no tenía claro qué elegir.

- −Yo no he dicho que quiera ir a la universidad −le dijo ella después de un rato −. Puede que lo piense, pero la verdad es que me gusta lo que hago.
 - -¿Conducir y ser mecánica de coches?

Su voz reflejaba la incredulidad que sentía. No le extrañaba que no la creyera, ni ella misma lo hacía.

−¿Nunca has pensado que a lo mejor me gusta mi mundo? Es verdad, quería aprender. Puedo hacer eso sin tener que cambiar nada de quien soy. Me gusta mi familia, me gusta pilotar coches y me gusta Sheets Creek −le dijo.

Tragó saliva y se dispuso a contarle la más grande de las mentiras.

-Estoy lista par volver a mi mundo. No estoy segura de que quiera ser parte de éste.

Él la miró sin decir nada. El viento silbaba a su alrededor. Todo era tranquilidad y silencio a su alrededor, Tori sólo podía oír el acelerado latido de su propio corazón. Sentía la sangre correrle por las venas y alguien le decía en su cabeza que estaba cometiendo el mayor error de su vida al apartarlo de su lado.

−Tori −le dijo él finalmente −. No quiero que te vayas.

Todo era muy injusto. Quería que ese momento fuera privado y especial, íntimo.

- −No... −repuso ella mirando a la cámara.
- —Al infierno con ellos. Mi vida privada no es asunto de nadie. Pueden quitar esta parte, porque este programa no es sobre mí, ni sobre nosotros. ¿Me oyes, Mueller? —le preguntó a la cámara —. Acepté dar clases aquí, pero no convertirme en un mono de este circo. Tori, hablo en serio. Sé que te importo. No quieres irte. Sólo hablas así porque tienes miedo.
 - −¿Me estás llamando cobarde?
- —¿Te quedarías para llevarme la contraria si te llamo «cobarde»? —le dijo apretándole más la mano—. Sé que no eres una cobarde, pero tienes que enfrentarte a una importante decisión. Entiendo cómo te sientes. Pero no puedes dejar que el miedo hable por ti —le dijo mientras se acercaba para besarle en la sien—. No quiero que te alejes de mí. Te qui...
- −¡Mira! ¡Un ciervo! −gritó Tori para cambiar de tema y evitar que dijera las palabras malditas.

No podía dejar que él se lo dijera. Sabía que la cámara lo recogería todo con su poderoso micrófono.

No podía creerse que pensara que ese programa no tenía nada que ver con él. Se sentía muy mal por Andrew, que ignoraba por completo que todo el programa giraba sobre él. Se sentía tan mal consigo misma, que casi no podía hablar.

- —Tori...
- −Te lo juro, vi un ciervo −repuso ella apartándose todo lo que pudo de él para sentarse al otro extremo del banco.

No quería volver la cabeza, no quería mirarlo. Sabía que no iba a poder hacerlo sin echarse a llorar o sin decirle la verdad.

Y, aunque le dijera entonces la verdad, pensaba que no iba a servir de nada, que el daño ya estaba hecho. Había minutos y minutos de grabaciones en los que las mujeres de la casa lo perseguían a todas horas. La productora iba a tener de todas formas el programa que buscaban y él iba a ser el protagonista lo quisiera o no.

Tenía que conseguir convencer a Andrew de que él le importaba más que un millón de dólares.

Tenía que hacerle saber de verdad que ella también se había enamorado de él. Y que lo había hecho por todas las razones del corazón y no para conseguir llevarse una importante suma de dinero.

Pensó que, quizás, si conseguía probarlo más allá de toda duda razonable, podría perdonarla.

Y Tori no podía pensar en otra manera de probárselo que hacer lo que estaba haciendo. Además, tenía un plan y lo llevaría a cabo esa noche.

En cuanto volvieron a la casa, Tori desapareció. Seguía sin querer hablar con él.

Tampoco quería escucharlo ni mirarlo a los ojos.

Hasta que no estuviera dispuesta a enfrentarse por fin a sus inseguridades, él no iba a poder ayudarla.

Él no paró de dar vueltas todo el día. Estaba tan nervioso y alterado, que ni siquiera bajó a cenar. Lo único que quería hacer era ir a la habitación de Tori, tomarla de la mano y sacarla de la casa. Pensaba que quizás, lejos de las cámaras y de los ojos curiosos de los demás, podría conseguir que ella le hablara con sinceridad. Necesitaba saber que ella también lo quería.

A las ocho de esa noche, cuando se suponía que empezaba la fiesta organizada por la productora, sus ánimos estaban peor que nunca. No había esperado que ella se echara a sus brazos y le dijera que iba a mandar a paseo a su padre y hermanos. Pero al menos le habría gustado que hubiera aceptado su confesión, en vez de haberse apartado de él antes de que siquiera pudiera terminar de decirle que la quería.

Se puso traje y corbata, se suponía que todos los asistentes debían arreglarse oportunamente para el evento. Cuando estuvo listo, bajó al gran salón. Parecía que a los propietarios de la casa les gustaba tener fiestas a menudo, porque allí también tenían montada una barra de bar, más grande y completa que la de la biblioteca.

Había cómodos sofás y mesas que formaban distintos ambientes alrededor de un gran espacio central, la pista de baile.

− Nada de baile − susurró él mientras entraba en el salón.

Ya estaba allí todo el mundo y había ruido y muchas conversaciones simultáneas. Estaban todos los profesores, incluso el serio señor Halloway.

Ginny, vestida con un escotado vestido negro, estaba charlando con uno de los cámaras. Estaba claro que ella no sería la ganadora del concurso.

Sukie y Robin hablaban con el director mientras Jacey y Sam trabajaban alrededor de la sala, grabando imágenes de todo el mundo. La única persona que faltaba en el grupo era Tori.

- −¿Dónde está? −le preguntó a Jacey cuando la cámara se le acercó.
- -¿Quién?

Él no contestó, simplemente la miró. Jacey se encogió de hombros.

Aún no la he visto bajar.

Esperaba que no se quedara en la habitación. Porque si decidía no bajar, iba a subir y sacarla a la fuerza. Porque sabía que si no bajaba era por no verlo a él.

A las ocho y media, cuando estaba ya pensando en subir a por ella, oyó a alguien hablando en la escalera.

-¡Hola a todos!

Ese grito llamó su atención.

—Siento llegar tarde. ¡Córcholis! No sabéis lo que me ha costado encontrar mis leotardos de lana. Alguien debió de escondérmela. Pero hace un frío insoportable para ir por ahí sin ella. Esta tarde casi se me congela el culo en el paseo en trineo.

Andrew cerró los ojos. No tenía ni siquiera que mirar para saber lo que estaba pasando. Su tono estridente y su acento sureño le probaban lo que se temía. Todos estaban en silencio.

−¿Me habéis guardado buena comida? No he comido nada decente desde hace días. Espero que no nos haya traído más caracoles, señor director, porque son asquerosos como mocos.

Por fin, con los ojos aún cerrados, se giró. Esperaba habérselo imaginado todo. Abrió los ojos y allí estaba Tori, pero no la que había llegado a ser después de mucho esfuerzo, sino la que entró en la casa dos semanas antes.

Llevaba vaqueros gastados, una camisa de franela y botas de trabajo. La camisa la llevaba por fuera del pantalón y estaba algo sucia y mal abotonada. No llevaba maquillaje y el pelo lo tenía recogido en una coleta.

Su expresión era maliciosa.

«Tori, ¿qué estás haciendo?», le dijo en silencio.

Creía que sabía la respuesta, estaba tirando la toalla y dejando que otra ganara el concurso.

Había escuchado lo que él le había dicho esa tarde, había reflexionado sobre su futuro y tomado una decisión. El miedo o falta de seguridad le habían indicado que lo mejor que podía hacer era volver a casa.

Nunca había pensado que fuera una mujer cobarde, así que no pudo evitar sentirse decepcionado. Tanto como si le hubiera ciado un puñetazo en el estómago. Comenzó a sentir un fuerte dolor de cabeza. La miró a los ojos sin importarle el resto de los presentes y no se molestó en esconder su enfado y su fuerte decepción.

Ella no se inmutó. Lo miró también y le elijo con la mirada que ya había tomado una decisión sobre su futuro.

Que así fuera. Si ella había decidió dar la vuelta y regresar a su vida anterior, él no iba a interponerse. Por eso, al final de la velada, cuando votó como el resto de los profesores para decidir quién tenía que irse de la casa, eligió a Ginny, por supuesto.

Y también a Tori Lyons.

Capítulo 11

Durante toda la noche, mientras Tori hacía todo lo posible por acabar con todas las posibilidades que tenía de ganar el concurso *Transfórmame*, no había dejado de pensar ni un segundo en Andrew. No tenía otra cosa en mente que no fueran los sentimientos que él tenía por ella y ella por él. Y en su futuro, porque si no pensaba en eso, no iba a poder seguir haciendo lo que estaba haciendo. Sólo quería echarse en el suelo y llorar.

Lo más duro había sido soportar la furia que había visto en sus ojos y su cara de decepción. Eso casi hizo que se hundiera, pero había sido fuerte y proseguido con su plan.

No dejó de recordarse que él lo entendería todo al día siguiente. Creía que él lo iba a entender y que a lo mejor tendría la generosidad necesaria para perdonarla por no haber sido sincera con él desde el principio. Con esa esperanza había sobrevivido durante toda la fiesta, mientras gritaba, eructaba y vertía toda clase de líquidos sin parar.

Sukie había llorado. Robin se quedó perpleja. La única que parecía entenderla había sido Jacey. La operadora de cámara se había quedado mirándola durante largo rato, sin decir ni una palabra, para después asentir con la cabeza.

Ese gesto había sido como un bote salvavidas para Tori, algo que le recordaba que estaba haciendo lo que debía.

Nadie más parecía pensar como ellas. El señor Monahan parecía querer estrangularla de un momento a otro, después de todo, le había fastidiado el circo. Sabía que la audiencia no estaría satisfecha si no les ofrecían un romance con final feliz. Pero a ella ya no le importaba. La única manera que tenía de conseguir su final feliz en la vida real era destrozando el televisivo.

Pero no se sintió muy cerca de su soñado final feliz cuando Ginny y ella compartieron el viaje en limusina desde la mansión, de donde habían sido expulsadas, al hotel del pueblo donde iban a pasar la noche. Menos mal que había dejado de nevar esa tarde y las carreteras estaban limpias, porque no quería ni pensar en lo que hubiera sido tener que quedarse en la casa y enfrentarse a él después ele lo que había hecho.

−¿Estás bien? −le preguntó Ginny, dándole una palmadita en la rodilla.

Tori asintió mientras intentaba que no fluyeran las lágrimas que habían amenazado con caer desde que entrara en el coche.

- Lo hiciste a propósito, ¿verdad?
- −¿Cómo lo has adivinado? −le preguntó Tori con sarcasmo.

Ginny no entendió su cinismo.

-Bueno, esta noche no has estado actuando como el resto de la semana. Al principio pensé que estabas simplemente asustada por la final. Pero cuando vi que

Sukie y Robin estaban llorando, lo entendí todo. Te has enamorado del profesor de verdad y sabes que él va a sentirse muy mal cuando descubra de qué ha ido todo este juego, ¿no?

-Eso es -admitió Tori.

Pero no quería hablar de ello.

Ginny suspiró.

—Lo he visto en las películas y había leído sobre ello en libros, pero nunca, ni en mis mejores sueños, había creído que alguien pudiera renunciar a un millón de dólares por un nombre.

Tori miró por la ventana la oscuridad del exterior. Hablaba tanto para Ginny como para ella misma.

− Merece la pena − confesó con sinceridad.

Ginny se quedó callada durante bastante tiempo. Después volvió a darle una palmadita a Tori en la pierna.

- -Sólo espero que algún día se dé cuenta de que tú también.
- -Bueno, profesor, ¿estás contento con las dos finalistas que han quedado en el concurso?

Andrew, que estaba sirviéndose una copa en el bar de la biblioteca, se detuvo al oír la pregunta. Necesitaba tomar algo fuerte después de la noche que acababa de tener. Tener que votar a Tori para que saliera del programa había sido una de las cosas más duras que había tenido que hacer en su vida.

Pero eso era lo que quería, lo que casi le había rogado con sus actos.

−La verdad, Jacey −le dijo a la operadora de cámara mientras tomaba un sorbo de la copa −. Quien gane me importa muy poco.

Jacey cerró las puertas tras ella y entró sin prisa en la habitación.

−¿Me sirves una?

Andrew tomó otra copa y le sirvió un *gintonic*. Se lo deslizó por la barra a Jacey, que estaba sentada observándolo al otro extremo de la barra. Lo miraba casi como si lo estuviera juzgando.

-¿Qué?

Ella se encogió de hombros y probó la bebida.

−¿Tienes algo que decirme? −le preguntó de nuevo.

Jacey dejó la copa sobre la barra y levantó la vista.

−¿Por qué has dejado que se fuera?

Andrew entornó los ojos.

—¿Por qué has votado contra la mujer que tenía más derecho que nadie a ganar este concurso? Es la única que de verdad se ha transformado frente a los ojos de todos nosotros, convirtiéndose en una mujer increíble.

Andrew salió de detrás de la barra y fue a sentarse en uno de los taburetes.

- Era ella la que quería irse. Fue su decisión.
- −¿Te lo dijo ella?
- −¡Por Dios, Jacey! ¿Es que no viste su actuación de esta noche? Jacey se sentó frente a él en el sofá.
 - -Eso es, una actuación.
 - Bueno, claro que estaba actuando, pero porque quería salir de aquí.

Jacey siguió mirándolo.

−¿Y por qué crees que quería salir de aquí?

Andrew se echó hacia atrás en el taburete. Se sentía agotado, exhausto, como si acabara de correr una maratón dándolo todo para darse cuenta, al llegar a la meta, de que había llegado sólo medio segundo después que el ganador.

Se sentía derrotado.

—Creo que tenía miedo —admitió por fin—. Se ha dado cuenta de que su vida entera iba a tener que cambiar y, al final, no ha tenido el valor de enfrentarse a esos cambios.

Jacey resopló indignada y comenzó a sacudir la cabeza.

- −¡Estás loco! Esa chica tiene más valor que nadie.
- -Bueno, ¿qué otra explicación puede haber? ¿Por qué si no iba a hacer algo como lo que hizo?

Jacey dejó la copa sobre la mesa de centro y se echó hacia delante, apoyando los codos en los muslos.

- −¿Puedo hacerte una pregunta personal?
- − Depende de la pregunta − repuso él algo temeroso.
- –¿Le has dicho que la quieres?

Pero elevó enseguida la mano para detenerlo, recordando que había una cámara instalada en una esquina de la habitación.

− No, espera. No me contestes.

Él no había pensado hacerlo.

- −¿Te importa Tori?
- −¿Por qué piensas que eso es asunto tuyo?

Jacey suspiró, se pasó la mano por el pelo y estuvo reflexionando unos segundos. Después, como si acabara de tomar una decisión difícil, miró a la cámara y pronunció dos palabras que no tuvieron ningún sentido para él.

- − Lo siento.
- −¿Qué? Jacey, si sabes algo sobre Tori, te pido que me lo digas ahora mismo.

Jacey lo miró de nuevo y le dijo algo que era lo último que esperaba oír.

—Lo ha hecho por ti. Porque te quiere más de lo que desea obtener el millón de dólares que podría ganar si se hubiera quedado el tiempo suficiente como para oírte decir, frente a una cámara, que la quieres.

Andrew se quedó con la boca abierta. Tardó unos segundos en entender completamente todo lo que acababa de decirle.

Jacey no le dio más detalles, pero tampoco necesitó hacerlo. De repente lo entendió todo. Las mujeres. Su agresividad. Las citas. El romance.

No podía creérselo, le habían tendido una trampa. Ese programa no era más que una variación de los otros que tanto odiaba. El único cambio era que, en su caso, no le habían dicho que era la víctima de toda la trama. Los cambios en las chicas, las clases, nada de eso importaba. Lo único que les importaba a los productores era meterlo en una casa llena de mujeres e intentar que acabara enamorándose de una de ellas.

Apretó con tanta fuerza el cristal de la copa que temió romperla. La lanzó contra las llamas de la chimenea, viendo cómo el alcohol inflamaba aún más el fuego durante unos segundos.

- Voy a matar al productor − guiñó él.
- −No, no lo harás −repuso ella sin inmutarse−. Porque es mi padre y me debes una por contarte la verdad.
- Él ni siquiera se detuvo a analizar la golosa información que acababa de suministrarle. Sólo podía pensar en Tori.
 - -¿Ella sabía todo esto? ¿Desde el principio? ¿Desde que nos conocimos?
 Jacey negó con la cabeza.
- -No, ninguna de las mujeres lo supo hasta ese primer domingo, durante el desayuno.

Andrew pensó en ese primer domingo. Fue entonces la mañana después de que se conocieran. Después de la primera vez que se encontraron en el invernadero, cuando él le pidió que se quedara y ella finalmente le dijo que sí. Esa circunstancia, al menos, le proporcionó algo de consuelo.

Jacey continuó hablando.

—Todas las mujeres pensaban que iban a ser parte de un programa de transformación y aún lo son. Tú no eres más que un beneficio añadido.

Andrew la fulminó con los ojos. Algunas mujeres se habrían echado atrás después de una mirada como ésa. Jacey tragó saliva, se levantó y acercó a él.

−Se supone que eres un chico listo, profesor.

No podía relajarse. Estaba furioso.

−¿Y qué quieres decir con eso?

- —Que dejes de estar furioso para pensar durante un segundo en lo que ha pasado —le dijo con suavidad —. Piensa de verdad en todo esto. Piensa en por qué se fue Tori y por qué se fue cuando lo hizo.
- —Lo más seguro es que se fuera para no tener que mirarme a los ojos cuando yo descubriera que me habían engañado como a un tonto, ella y todas las otras personas en esta casa llena de mentira.
- —Pero entonces habría sido un millón de dólares más rica de lo que es ahora. ¿O es que vas a negarme que esta tarde, durante el paseo en trineo, estuviste a punto de decirle algo muy importante?

Eso hizo que se detuviera a reflexionar. Un millón de dólares. Por una declaración de amor. Que no sólo había estado a punto de hacerle esa tarde, sino también el domingo por la noche. Había sido fuera de cámara, pero lo había dicho al fin y al cabo. Así que, después de todo, Tori había ganado el premio, sólo tenía que probarlo consiguiendo que él se lo dijera de nuevo y que entonces quedara grabado en una cinta.

Pero ella había evitado que lo hiciera en el trineo. Había renunciado a esa oportunidad.

No tenía sentido. Si se hubiera quedado allí sólo por el dinero, no entendía por qué había tirado la toalla, por qué había renunciado a ganar el premio cuando ya lo podía rozar con los dedos.

- −¿Sois todos los hombres estúpidos o sólo los listos que lo analizáis todo demasiado? −le preguntó Jacey con impaciencia.
 - −¡Dios mío! −susurró al darse cuenta de la verdad.

Se sentía cómo si alguien hubiera dado unas cuantas vueltas frenéticas a su vida durante las dos últimas semanas. Ya ni siquiera se conocía. Él también se había transformado. En algo asombroso.

Era un hombre enamorado. Y un hombre al que también amaban.

Ella había renunciado a la oportunidad de ganar un millón de dólares, una enorme suma de dinero que hubiera podido ayudarla mucho a su familia y a ella. Y lo había hecho porque sabía que, si se quedaba, si ganaba el dinero, él nunca sabría la verdad.

Que ella lo amaba.

Creía que tenía razón, al menos eso esperaba. Pero sólo había una manera de estar seguro. Sólo una persona podía decírselo.

−¿Dónde está? −le preguntó, yendo ya hacia la puerta.

Jacev corrió tras él.

—Está en un hotel del pueblo. Pero hace una hora que ha empezado a nevar con fuerza. Acaban de decirme que las carreteras han sido cerradas, las máquinas quitanieves no pueden entrar.

Andrew sintió de nuevo cómo su cuerpo se llenaba de frustración.

- Tiene que haber otra manera...

De repente, pensó en una. Se detuvo sólo un momento antes de salir de la biblioteca.

—Voy a buscarla. Tendría que agradecerte que me lo hayas dicho, pero aún no te perdono por lo que ha pasado aquí.

Ella asintió. Sus ojos estaban brillantes. Ese detalle hizo que se detuviera, llenándolo de curiosidad.

−¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me lo has dicho esta noche cuando has arruinado un gran momento televisivo?

Jacey se encogió de hombros.

— A lo mejor porque he estado donde ella ha estado. Y porque quiero creer que la hermanastra fea o la chica de barrio a veces consiguen ser felices y comer perdices.

Andrew sabía que había más, podía ver la emoción en la cara de Jacey. Ella también estaba sufriendo, por alguna razón que desconocía y le pareció que debía de tener sus propias batallas sentimentales.

Pero eso era algo que Jacey tenía que resolver por sí misma. Así que salió de allí, tomó su abrigo y fue hasta la puerta principal. Fue directamente hacia los establos, donde sabía que estaba el trineo.

Cuando él se fue, Jacey se quedó mirando la puerta durante largo rato, hasta que oyó a alguien corriendo hacia ella. Se giró y vio que era Niles Monahan, jadeando y casi sin aliento.

- Acabo de verte hablando con Andrew y después ha salido de aquí corriendo. ¿Adonde ha ido?
 - −A por su damisela −respondió ella con una sonrisa.

Tori no podía dormirse. Se quedó mirando por la ventana cómo caían los copos de nieve. Se estaban acumulando en el alféizar y la nieve alcanzó tal altura que tuvo que ponerse de pie, porque ya no veía el paisaje desde la silla donde había estado.

La nieve estaba consiguiendo tranquilizarla, calmarla en esa noche silenciosa. Todo parecía muy navideño. Al fin y al cabo, sólo quedaban unos días para que llegara la Navidad. Había vivido alguna Navidad blanca, cuando habían visitado a unos familiares que tenían en las montañas, pero hacía ya mucho que no veía la nieve.

Le habría gustado poder disfrutar allí de esos días. Le habría gustado quedarse allí más que nada en el mundo y poder hacerlo en compañía ele Andrew. No necesitarían regalos especiales, no cuando podían tenerse el uno al otro. Cuando podían entregarse los regalos del amor y la pasión.

Y el sexo.

Sí, eso también. No creía que fuera a poder hacer el amor con nadie en su vida, no después de lo perfecto que había sido todo con él. Andrew había estado bromeando entonces, pero había tenido razón cuando le había dicho en la galería la otra mañana que no quería que deseara montar a nadie más en su vida.

No pudo evitar emocionarse al recordar aquella conversación. Aquella y todas las otras que había tenido durante las últimas dos semanas. Iba a echarlo muchísimo de menos.

—Por favor. Andrew —susurró—. Por favor, date cuenta de por qué lo he hecho y ven a buscarme. Pronto —añadió juntando las manos sobre el pecho—. Por favor. Señor, si puedes hacer que se dé cuenta antes de Navidad, sería perfecto.

En ese instante, el sonido de unas campanillas interrumpió su oración. Si hubiera sido la víspera de Navidad, habría pensado que algún padre o madre estaban gastándole una broma a algún niño, haciendo que sonaran las campanas mientras el trineo de Papá Noel descendía sobre el tejado.

El sonido se hizo más fuerte en medio de la silenciosa noche. No creía que fuera lo suficiente fuerte como para despertar a nadie, pero ella, que estaba despierta, no podía oír otra cosa.

Con curiosidad, limpió el vaho de la ventana y miró afuera. En ese instante, llegaba un trineo como el que los había llevado de paseo esa tarde. Cuando llegó cerca de la farola, se dio cuenta de que conocía al cochero.

−¡Es Anthony! −exclamó.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Aguantando la respiración, siguió mirando, quería saber si el trineo llevaba algún pasajero. Sobre todo uno en concreto.

Entonces el trineo se movió y vio que sí había un pasajero.

-¡Gracias, Señor! ¡Creo que ha sido la oración que más rápidamente ha sido escuchada! - murmuró mientras tomaba su abrigo y se lo ponía encima del pijama.

También se puso las botas, pero no se paró a atarse los cordones. Después, salió deprisa de la habitación y fue hasta el balcón del segundo piso.

−¡Andrew! − gritó desde allí, intentando no hacer mucho ruido.

Él miró hacia arriba de inmediato. Se cruzaron sus miradas durante largo rato, a Tori le pareció una eternidad.

Y entonces vio cómo él sonreía y pudo respirar de nuevo. Todo estaba bien.

Tori fue hacia las escaleras, saltando de dos en dos, mientras él se acercaba a ellas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Tori saltó hasta quedar entre sus brazos, que la rodearon al instante, atrayéndola hacia sí y cubriendo su boca con un hambriento y amoroso beso.

Cuando se separaron, ella lo miró, quería hacerle mil preguntas y no sabía por dónde empezar.

Él le contestó la más importante.

−Sé lo del programa.

Ella lo miró temerosa.

- —Sé que todas teníais que conseguir que me enamorara de vosotras.
- −¿Te lo dijo Sukie?
- -No, Jacey.

Se quedó sorprendida, pero luego lo entendió todo.

−¿Y estás bien? −le preguntó preocupada.

Pero no esperó a que le contestara.

−Claro que no estás bien. Es horrible, humillante y siento mucho haber tenido algo que ver con todo eso.

Cuando terminó de hablar, él lo hizo.

Podrías haber ganado.

Ella asintió.

Pero te fuiste.

Tori asintió de nuevo, no podía hablar.

-Porque me quieres.

No se lo estaba preguntando, lo afirmaba. Se sintió aliviada y sonrió. Quería dar saltos de alegría y gritar alto hasta conseguir despertar a todos los huéspedes del hotel.

Él lo entendía todo y, a juzgar por su mirada, también la creía.

- —Sí —dijo finalmente Tori—. Te quiero tanto... Y no quiero que nunca creas que estuve allí por dinero. Ni por un dólar —añadió con la voz cargada por la emoción.
 - -Ni por un millón de dólares -resaltó él.
 - −No me lo recuerdes −repuso ella con un gruñido.

Después, tomó la cara de Andrew entre las manos y él las cubrió. Estaban heladas.

-Tú lo vales. Andrew. No arriesgaría perderte por todo el oro del mundo. Te quiero con todo mi corazón.

Él inclinó de nuevo la cabeza y la besó con pasión y hambre, como si quisiera saborear las palabras que acababa de decirle. Cuando por fin se separaron, él le susurró al oído lo que tanto había deseado escuchar.

— Yo también te quiero. Tori Lyons. Descarada piloto de carreras y dama entre todas las damas, te quiero por todo lo que eres.

Ella sonrió mientras las lágrimas se asomaban a los ojos.

- − Este es el mejor regalo de Navidad que nunca he tenido.
- Pero aún no es Navidad.
- Lo será pronto.

−¿La pasarás conmigo?

Ella asintió.

- −¿Tienes algo especial en mente? − preguntó Tori.
- −Pues sí, algo muy especial. En Nueva York.

Ella sospechó que sabía a qué se refería. Quería ir al baile de gala de Nochevieja con ella del brazo. Quería que el productor, el director y el resto de los técnicos supieran, igual que todos los que los observaran, que lo que habían encontrado y lo que habían aprendido valía más que nada en el mundo.

Ese programa no podría degradar nunca más su relación.

Tori no podía pensar en nada más maravilloso y perfecto que pasar esa noche con las amigas que había hecho y con el amor de su vida. Estaba segura de que Jacey, Robin y Sukie estarían allí. Las cuatro últimas concursantes habían sido invitadas a asistir, para ver la coronación de la ganadora. El resto del mundo podía pensar lo que quisiera. Los que la conocían de verdad sabían que ella también iba a ir con su premio, Andrew.

- −Creo que será la manera ideal de pasar la Navidad −le confesó ella.
- −Y, ¿pasarás todas las demás también conmigo?
- −¿Qué es eso? ¿Una propuesta de matrimonio?
- —Una muy mala —contestó él mientras temblaba de frío—. Pero si me pongo de rodillas creo que me congelaré y nunca seré capaz de levantarme.

Ella rió, pensando que, aunque las emociones ardían en su pecho, hacía muchísimo frío.

—Te lo pediré de verdad cuando estés lista. Cuando descubras qué es lo que quieres hacer y adonde quieres ir.

Ella lo agarró por el abrigo para atraerlo más cerca.

—Con tal de que no dejes de hacerme el amor mientras tanto... —le dijo besándolo en la nariz —. Y mi futuro está contigo.

Incapaz de controlar su entusiasmo, comenzó a charlar sobre todos sus planes y todos los sueños que tenía. Había estado pensando mucho durante los últimos días.

- —Quiero ir a la universidad y vivir contigo. Quiero tener niños contigo y ser una ingeniera mecánica. Y quiero enseñarle a nuestros hijos a leer. Quiero viajar contigo al Amazonas y ver todos los museos y las galerías de arte de Washington. También quiero aprender francés y...
 - −¿Todo al mismo tiempo? −le preguntó él sin parar de reír.
 - -En el orden que prefieras.

Tori se estremeció, pero no por el frío, sino por el sinfín de posibilidades que se desplegaban frente a sus ojos.

Él la vio tiritar y la miró de arriba abajo. No podía creer que sólo llevara el pijama bajo su abrigo.

- -iDios mío, Tori! Vas a morir congelada antes de que puedas aprender francés o tener niños -le dijo abotonando su abrigo.
 - Entonces, sube conmigo y mantenme caliente.
 - Creo que todo mi cuerpo se ha congelado ya.
- -Estoy segura de que puedo conseguir descongelar algunas partes bastante deprisa -le prometió ella con una sonrisa picara.
- Eso espero −replicó él con los ojos brillantes −. Pero como mis piernas se han congelado en el trineo, tendrás que conducir tú −le dijo sugerentemente.
 - —Soy buena conductora.
 - −Eso he oído.

Ella comenzó a subir deprisa las escaleras. El entusiasmo estaba consiguiendo calentarla tanto como la idea de poder hacer el amor con él esa noche. Y en una cama. Una cama de verdad.

- −Tori −le dijo él cuando estaban ya a punto de abrir la puerta de su habitación.
 - -iSi?
 - −¿Podrías hacerme un favor?
 - -Lo que quieras.

Él le tomó la mano y se la llevó a la boca, besándola con ternura. De repente, Tori se sintió como una dama de verdad.

− No cambies nunca − le dijo él con el amor resplandeciendo en sus ojos.

Capítulo 12

Hacía semanas que Jacey no iba por Nueva York. Así que cuando llamó a Digg para decirle que iba a estar allí durante Nochevieja, no sabía qué esperar de él. No sabía si estaría contento de verla o si estaría aún enfadado por haberse ido. Fuera lo que fuera, estaba decidida a enfrentarse a él y a empezar a intentar solucionar los problemas que tenían en su relación. Lo quería y sabía que le merecía la pena hacer algunas concesiones para que todo llegara a buen puerto.

Tori Lyons acababa de renunciar a un millón ele dólares para conseguir al hombre al que amaba. Así que creía que ella tenía que ser capaz de soportar una existencia con una futura suegra que no era de su agrado. Pero estaba nerviosa, porque se había ido de repente y no lo veía desde entonces.

El baile de gala iba a tener lugar en un hotel de lujo de Manhattan. No era uno de esos hoteles fabulosos de toda la vida, esos eran demasiado elitistas para permitir que se grabara allí un programa de televisión.

Su padre había volado desde Los Ángeles para asistir al baile, no podía creérselo. No sabía si iba a querer hablar con ella de nuevo después de lo que había hecho en el concurso. Se había comunicado con el director por teléfono después de que se terminara de grabar el programa. Niles Monahan se había puesto más que furioso. Pero su padre no parecía estar tan afectado como se esperaba. Cuando se lo encontró la noche del baile en el vestíbulo del hotel, se dio cuenta de por qué.

- —Tengo una idea fabulosa para un nuevo programa —le dijo él a modo de saludo mientras le daba un beso en la mejilla—. Puede que el último no tuviera todo el amor y la pasión que esperábamos, pero hemos conseguido elegir a toda una dama. Conseguiremos que haya amor la próxima vez. He contratado a una actriz medio retirada para que haga de damisela y vamos a tener a concursantes masculinos compitiendo en pruebas físicas para conseguir su favor.
 - -Suena bastante ridículo le contestó Jacey poniendo los ojos en blanco.

Pero lo cierto era que se alegraba de que su padre tuviera una nueva ilusión y de que no estuviera enfadado con ella.

No había tenido la fuerza para decirle que había existido una verdadera historia de amor en el plato de *Transfórmame*. Le parecía que no era el momento oportuno. Además, no sabía nada de Ton ni de Andrew desde que éste saliera corriendo de la mansión en medio de la tormenta de nieve.

−No sé. A mí me parece buena idea −dijo alguien tras ellos−. A algunas mujeres hay que convencerlas de que se las quiere.

Digg. ¡Dios mío! Era Digg. Jacey habría reconocido su acento suave y dulce en cualquier parte.

Se giró y se encontró con su cara, estaba más guapo que nunca, con la misma sonrisa que había cautivado a la mitad de la audiencia femenina durante el último otoño.

Era él. Estaba como siempre. A diferencia del elegante esmoquin que llevaba y que contrastaba con su imagen habitual.

Jacey respiró con dificultad y se lanzó a sus brazos.

—Perdona por irme como lo hice. Tenemos mucho de lo que hablar. He aprendido mucho durante este tiempo. No puedo culparte por lo que falla en nuestra relación si ni siquiera te cuento lo que está pasando.

Él la besó con ternura, tomando su cara entre las manos y separándose un instante para mirarla.

— Bienvenida. Sí, tenemos cosas de las que hablar, pero no vas a volver a salir sin despedirte de mi vida, ¿verdad?

Burt, que había estado observando toda la escena con una sonrisa en la cara, se acercó a la pareja.

− Bueno, la verdad es que cuento con mi hija para algunos proyectos que tengo en mente − le dijo.

Por primera vez, Jacey se dio cuenta de que su padre parecía preocupado, pero no tenía tiempo para pensar en por qué estaba así, tenía que presentarle al hombre de su vida. Cuando lo hizo, los dos hombres se dieron la mano.

−No sé si puedo aguantar estar separado de su hija durante tanto tiempo. Creo que deberíamos hacer algo al respecto −murmuró Digg.

Jacey estaba distraída al ver llegar a algunas de las concursantes del programa y no tuvo ocasión de reflexionar sobre el brillo que había en los ojos de Digg ni sobre la misteriosa mirada que su padre y él se dirigieron.

Encendió su cámara y comenzó a grabar a Sukie y a Ginny, que habían llegado juntas y acompañadas por dos apuestos jóvenes que Burt había contratado para esa noche.

−¿Ha llegado ya la dama elegida? − preguntó Mueller en un susurro.

Jacey negó con la cabeza, grabando a las chicas mientras entraban en el salón y se quedaban impresionadas por la fulgurante decoración del lugar. Ya había bastantes personas allí.

Sukie parecía estar contenta, como si no le importase no haber ganado. Jacey se imaginó que estaría más que nada sorprendida de haber llegado a ser una de las dos finalistas.

Al final, la elegida había sido Robin, que ganó por cinco votos a favor y uno en contra. El único que no la había votado había sido el señor Halloway, que parecía no confiar enteramente en Robin, por alguna razón desconocida.

—¡Ah!¡Aquí está! — exclamó Burt Mueller al ver cómo llegaba Robin del brazo de otro modelo contratado para ese baile.

Estaba bellísima, y muy elegante con su vestido azul de gala. Estaba hecho a medida para enfatizar sus anchos hombros y una cintura estrecha y delgada. Parecía estar muy feliz. Tanto, que a Jacey le entraron ganas de aplaudirla.

Creía que ese programa había sido bastante estúpido en su conjunto, pero que había tenido sus momentos buenos. Se daba cuenta de que ese baile era uno de esos instantes.

A lo largo de la fiesta, Robin habló con alguno de los medios de comunicación que habían sido invitados a la celebración. Hizo algunas entrevistas allí mismo y accedió a participar en algún programa televisivo. Más tarde, cerca ya de la medianoche, Burt subió al escenario para hablar y hacer el anuncio final del triunfo de Robin.

Los guionistas le habían escrito el discurso, así que funcionó a la perfección, incluida la elegante reverencia final.

 Y ahora, por favor, demos la bienvenida a la dama de todas las damas, la señorita Robin.

Calvin.

Robin se había sonrojado y las lágrimas le rodaban por la cara mientras subía al escenario que habían montando en la pista de baile. No dejaba de llorar y su maquillaje estaba dejando huellas borrosas sobre su cara.

−Por favor, acepte esto como una prueba de nuestro cariño y respeto −le dijo Burt entregándole una caja de terciopelo.

Jacey sabía que contenía un valioso collar de zafiros.

Robin lo aceptó, besó a Burt en la mejilla y se giró hacia el público presente, que le aplaudía con fervor.

Era como un concurso de belleza, aunque esa vez la ganadora no había sido entrenada desde pequeña a sonreír siempre como una muñeca ni a decir cuando le preguntaran que lo que más deseaba era la paz del mundo. Ella era una mujer de verdad. Una chica americana, normal y corriente, y auténtica de los pies a la cabeza. Había trabajado muy duro para llegar a ese momento.

- − Esto está bastante bien − le comentó Jacey a Digg.
- −Sí, lo habéis hecho muy bien. Felicidades.

Burt había bajado ya del escenario, a tiempo para escuchar el comentario de Digg.

-Gracias -repuso el productor -. No es tan excitante como un compromiso, pero no está mal.

Jacey sonrió, pensando que a lo mejor Andrew y Tori estaban en algún sitio celebrando su compromiso, eso esperaba.

- —Señores y señoras, no puedo explicarles con palabras lo que esto significa para mí—dijo Robin en el micrófono—. Desde que era una adolescente, he soñado con vestirme así, con trajes de lentejuelas y preciosas joyas frente a una multitud elegante como ésta. Sintiendo por fin que pertenezco a algún sitio.
 - -Sensiblero, pero bueno -comentó Burt.

Jacey lo ignoró y siguió grabando.

—Esta noche es especialmente feliz por una razón. Porque no sólo puedo celebrar esto por mí, sino por todas las personas que, como yo, son lo bastante desgraciadas como para nacer en un cuerpo que no les pertenece.

Jacey se tensó, sin saber si estaba comprendiendo lo que Robin estaba explicando. Casi soltó un grito, como hizo el resto de la audiencia, cuando Robin se agarró el flequillo y se quitó el pelo.

Era una peluca.

−¡Ostras! −susurró Digg atónito.

Jacey sólo pudo asentir, pero no se movió, tenía que grabar cada momento de lo que estaba ocurriendo en el escenario.

Ahora empezaba a entenderlo todo.

—Señores y señoras, muchas gracias por todo pero, por favor, permítanme que acepte su premio con mi verdadero nombre. Me llamo Rob, Rob Calvin. Y considero que esta noche es un triunfo para todos los travestís como yo de esta gran nación — dijo ella, o él, empezando a llorar de nuevo—. ¡Esto es por vosotras, hermanas! Celebrad vuestra individualidad. Expresaos libremente. Sed las damas que tenéis dentro de vosotras y el mundo estará a vuestros pies.

Toda la gente se quedó callada durante unos instantes. No podían creer lo que estaban viendo.

La dama ele todas las damas, la ganadora, era un hombre.

Pero después todo el mundo empezó a hablar a la vez. Comentaban, charlaban, le preguntaban cosas a Robin.

Jacey no pudo evitarlo. Se echó a reír. Y rió tanto, que comenzó a llorar. No podía ver nada a través de la lente de la cámara.

- −¡Dios mío! −exclamó cuando por fin pudo hablar.
- −La dama es un hombre −repuso Digg−. ¡Qué original e inesperado!

Finalmente, Jacey tuvo la valentía suficiente como para mirar a su padre. Estaba mirando, con los ojos muy abiertos, todo lo que sucedía en el escenario. Estaba completamente rojo y tenía la boca abierta, pero no podía hablar.

- Arruinado, estoy arruinado susurró después de unos segundos.
- − No seas dramático. Es un giro inesperado.
- —Pero nunca se verá. La cadena de televisión no va a permitir que salga en antena. Todo ese trabajo para nada —le dijo sacudiendo la cabeza incrédulo—. Ni mujer transformada en dama, ni romance, ni final feliz, ni millonada. Es un fracaso, un fracaso total.

Jacey estaba a punto de intentar consolar a su padre, pero se detuvo. A lo mejor tenía razón y la cadena decidía no emitirlo. Siempre evitaban cualquier tema que pudiera resultar controvertido.

Pero entonces Digg se acercó a ella para preguntarle algo al oído.

−¿Quién es ésa?

Vio que miraba hacia la pista de baile, pero la multitud le impedía ver nacía. Todos estaban cerca del escenario, donde una temblorosa Robin, o Rob, tenía a Sukie y Ginny a cada lado, para mostrarle su apoyo.

Pero entonces todo el mundo se movió y pudo verlos. Estaban bailando en medio de la pista, completamente ajenos a lo que pasaba a su alrededor. Estaban en su mundo.

La orquesta del hotel estaba tocando el vals de Navidad y, bajo los focos, Andrew Bennett y Tori Lyons bailaban muy despacio al son de la música. Era obvio que estaban enamorados, no había más que verlos. Formaban una bella pareja que dejaba hipnotizado a quien los observara. Tori llevaba un precioso vestido granate, con la parte superior de terciopelo y la inferior llena de encajes. Parecía una princesa de cuento o un ángel de Navidad, bailando con su príncipe azul.

No se quitaban la vista de encima, se sonreían continuamente, con intimidad, y se susurraban secretos al oído de vez en cuando. No veían a nadie más, ni oían la multitud a su alrededor.

Se imaginó que podrían seguir bailando toda la noche.

– Papá − murmuró Jacey − . Mira.

Su padre estaba a punto de salir deprimido del salón cuando se detuvo, primero sorprendido de que su hija lo llamara «papá» y después atónito al ver a quiénes señalaba.

- -¿Son esos...?
- −Sí, son ellos. Creo que vamos a tener un final feliz después de todo.

No podía evitarlo, era su profesión. Jacey se llevó de nuevo la cámara al hombro y comenzó a grabarlos, quería capturar el momento.

Pero desde lejos, no demasiado cerca. No quería ni pensar en entrometerse en su intimidad. Sólo quería que el mundo viera lo que era un final feliz de cuento de hadas. Uno real como la vida misma.

Despacio, con la mano de Digg en su hombro, y su padre sonriendo al lado, Jacey rezó para que esa pareja, que bailaba ajena a todo, tuviera muchas navidades de felicidad en su futuro.

Y después, apagó la cámara.

